

**J. JEFFERSON  
FARJEON**

**MISTERIO EN BLANCO**



**Lectulandia**

En la velada del día de Nochebuena, una gran nevada obliga al tren de las 11:37 procedente de la estación londinense de St. Pancras a detenerse en las proximidades de Hemmersby. Decididos a no pasar la noche en el vagón, un ecléctico grupo de seis pasajeros decide desafiar las inclemencias del tiempo e intentar llegar al cercano pueblo. A mitad de camino, se ven obligados a refugiarse en una solitaria casa de campo que, a pesar del fuego encendido en la chimenea, el té para tres dispuesto sobre la mesa y el agua de la tetera todavía hirviendo, parece estar desierta. Atrapados por las circunstancias en ese reducido espacio, los viajeros intentarán desentrañar el enigma de la vivienda deshabitada y, cuando la tormenta finalmente amaine, de las cuatro personas que han sido asesinadas...

**Lectulandia**

Joseph Jefferson Farjeon

# **Misterio en blanco**

**Una novela negra navideña**

ePub r1.0

Titivillus 21.04.17

Título original: *Mystery in White: A Christmas Crime Story*  
Joseph Jefferson Farjeon, 1937  
Traducción: Alejandro Palomas  
Diseño de cubierta: Ejemplar de la revista *Ideal Home*

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

## El tren aislado por la nieve

La gran nevada dio comienzo la tarde del 19 de diciembre. Aquellos que habían salido de compras sonreían mientras regresaban presurosos a sus casas, especulando sobre las posibilidades de disfrutar de una blanca Navidad. Sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas cuando al encender la radio escucharon la voz suave e impersonal del locutor de la BBC anunciando que un anticiclón se acercaba despiadado desde el noroeste de Irlanda, y el día 20 llegó el calor, convirtiendo la nieve en granizo y tiñendo la delgada capa blanca de un marrón fangoso.

—¡Este año no! —suspiraron los desilusionados sentimentales al tiempo que se deslizaban por la nieve medio derretida.

Pero el día 21 la nieve volvió a caer, y esta vez de verdad. El marrón se tornó nuevamente blanco, el runrún del tráfico quedó amortiguado también las huellas de las ruedas, así como las pisadas de los paseantes, todas las huellas, se borraban en cuanto aparecían. Los sentimentales no cabían en sí de gozo.

Negó durante todo el día y toda la noche. El día 22 seguía nevando. Volaron las bolas de nieve y aparecieron también los muñecos. Los niños más escépticos volvieron a creer en el país de las hadas y los adultos más resentidos se sintieron como Papá Noel, comprando más regalos de lo que en un principio tenían previsto. Por la tarde, viajando por el infinito éter blanco, la voz del locutor informó, a los millones de oyentes que se anunciaba más nieve. El anticiclón del noroeste de Irlanda se había perdido en ella.

Y así fue: cayó más nieve, que descendió flotando desde su ilimitada fuente como un inmenso extintor. Los barrenderos, impacientes por hacerse con su cosecha, esperaban en vano a que dejara de nevar. La gente empezó a preguntarse si dejaría de hacerlo en algún momento.

La cuestión sobrepasó los límites del interés local. El día 23 se había convertido en noticia. El 24, en molestia. Los más prácticos maldecían. Hasta los sentimentales se preguntaban cómo iban a cumplir con sus agendas. El tráfico estaba desbaratado. Los coches y los autobuses no se dejaban gobernar. Las brigadas de mantenimiento del ferrocarril combatían contra los montículos de nieve acumulados por el viento. La posibilidad de deshielo, con su tremenda labor de transformación, se volvió cada vez más alarmante.

Sin embargo, el viejo pelmazo que viajaba junto a otros cinco pasajeros en un vagón de tercera clase de un tren que había salido a las 11:37 horas de Euston, se

negaba a ser presa de la alarma. De hecho, aunque el tren había sufrido un parón no oficial y todo apuntaba a que se prolongaría, desestimó ostensiblemente la situación como si se tratara de una minucia, con la superioridad de un hombre viajado.

—Si de verdad quieren saber lo que es la nieve deberían conocer el Yukon —le comentó a la joven que viajaba sentada a su lado.

—¿Ah, sí? —murmuró ella obediente.

Era corista y su conocimiento del mundo se limitaba a las pertinentes visitas a algunas ciudades de provincias. El destino que la esperaba era Manchester, que, visto el estado del tiempo, se presentaba como algo bastante remoto.

—Recuerdo que una vez, en Dawson City, nevó durante un mes entero —prosiguió el viejo pelmazo, mientras el joven que ocupaba el asiento de la esquina opuesta a la de la corista pensaba: «Santo cielo, ¿va a volver a la carga?»—. Fue en 1899. No, en 1898. En fin, uno de los dos. Yo era un chiquillo en aquel entonces. ¡Terminamos hartos!

—Pues yo ya estoy harta de esta maldita nieve —replicó la corista, girando la cabeza hacia la ventanilla. Lo único que pudo ver fue una cortina de copos blancos—. ¿Alguien sabe cuánto tiempo más vamos a tener que esperar aquí? Llevamos una hora parados.

—Treinta y cuatro minutos —la corrigió el joven alto y pálido del asiento central de enfrente tras echar una mirada a su reloj. Aunque no tenía marcas en la piel, por su aspecto bien podría haberlas tenido. Su rostro pálido era en parte consecuencia del ambiente que reinaba en la oficina del sótano donde trabajaba y de una fiebre cada vez más alta. Tendría que haber estado en cama.

—Gracias —dijo la corista con una sonrisa—. ¡Ya veo que con usted hay que andarse con cuidado!

El oficinista esbozó una leve sonrisa. Estaba impresionado por la belleza de la mujer, una rubia platino de los pies a la cabeza y una persona maravillosa a la que llevar a cenar, siempre que uno tuviera el valor necesario para hacer esa clase de cosas. El oficinista decidió que el pelmazo habría tenido ese valor, pues había reparado en las miraditas disimuladas y fugaces que el hombre iba lanzando entre sus vanidosas aseveraciones. Hasta le pareció incluso que quizá la corista aceptaría una invitación. Había en ella una vulnerabilidad que intentaba ocultar bajo todo ese aplomo que mostraba. Pero el oficinista estaba todavía más impresionado por la otra joven del compartimento, la que iba sentada al otro lado del pelmazo. Sacarla a cenar sin duda le proporcionaría algo más que una mera excitación momentánea, desbaratando por completo su trabajo. La joven era morena y tenía una figura alta y ágil (la corista era más bien baja). El oficinista tuvo la certeza de que tenía que ser buena jugando al tenis y de que seguramente se le daba bien nadar y montar a caballo. La visualizó al galope por los páramos y saltando vallas de cinco barras, mientras su hermano intentaba en vano atraparla. El hermano de la joven iba sentado en el rincón, enfrente de ella. No había más que escuchar la conversación que ambos

mantenían para saber que era su hermano, aunque también era fácil adivinarlo por el parecido entre los dos. Se llamaban entre sí «David» y «Lydia».

Lydia fue la siguiente en hablar.

—¡Esto está sobrepasando todos los límites! —exclamó. Su voz tenía un tono grave y profundo—. ¿Y si volvemos a preguntar al revisor si hay alguna esperanza de salir de aquí antes de junio?

—Se lo he preguntado hace diez minutos —dijo el pelmazo—. ¡Y no repetiré lo que me ha dicho!

—No será necesario —intervino David medio bostezando—. Tenemos imaginación.

—¡Sí, y todo parece indicar que vamos a necesitarla esta noche! —trinó la corista—. ¡Tendré que imaginarme que estoy en Manchester!

—¿No me diga? Nosotros tendremos que imaginarnos que estamos en una cena de Navidad y que dormimos en camas mullidas —respondió Lydia sonriente—. Por cierto, si esto va a alargarse toda la noche, ¡espero que por lo menos la compañía ferroviaria nos dé bolsas de agua caliente! —De pronto, su mirada se cruzó con la del oficinista. Le sorprendió la admiración que advirtió en sus ojos y fue amable con él—. ¿Qué tendría que imaginar usted? —preguntó.

La catástrofe de la tormenta de nieve y la camaradería de la Navidad estaban empezando a soltar la lengua de los pasajeros. El pelmazo era el único que no había necesitado que le animaran a ello.

El oficinista se sonrojó, aunque ya tenía ya las mejillas encendidas a causa de la fiebre.

—¿Eh? ¡Ah! Una tía —balbuceó.

—¡Si es como la mía, mejor dejarla al poder de la imaginación! —Lydia se rio—. Aunque seguramente no lo sea.

La tía del oficinista no era como la de Lydia. Era aún más difícil. A pesar de eso, su solícito sobrino le hacía visitas periódicas, en parte por el bien de su futuro económico y en parte porque no podía evitar una secreta debilidad por las personas que se sentían solas.

En el grupo se hizo de pronto un breve silencio. La única que le dio importancia fue la corista. Una desazón nerviosa se adueñó de su alma, y más tarde declaró que estaba segura de haber sido la primera en adentrarse inconscientemente en la sombra de los acontecimientos venideros. «Porque, santo cielo, estaba con el alma en vilo —dijo—, y en realidad sin motivo. Me refiero a que todavía no había ocurrido nada y hasta ese momento el anciano no había abierto la boca. Creo que ni siquiera había abierto los ojos, así que bien podía estar muerto. Y además, ¡no olviden que estaba sentado justo delante de mí! Y dicen que soy vidente».

Sin embargo, sus vagas premoniciones no se centraban solo en el anciano del rincón. También se había percatado de las fugaces miradas de soslayo que le lanzaba el viejo pelmazo, que, como muy bien sabía, no era tan viejo como para no pensar en

ella de un modo muy particular. También reparó en los ojos del oficinista sobre su pierna y en cómo evitaba de forma estudiada cualquier muestra de esa clase de interés por parte del otro joven. Pero si bien era cierto que Jessie Noyes era consciente de la atracción física que provocaba, defendía que esa era su obligación. Estaba perfectamente al corriente de su poder y de las limitaciones de este y, mientras que el poder, a pesar de los pequeños arrebatos de excitación, le infundía un temor secreto, los límites de ese poder eran para ella una fuente de aflicción también secreta. ¡Qué fantástico sería tener poder para conquistar a un hombre completa y eternamente, en vez de ser solo un efímero capricho! En cualquier caso, el asunto no le preocupaba. Se sentía inquieta, nerviosa y acalorada. Así era la vida...

Dejándose llevar por la agitación, e incapaz de soportar el peso del silencio, lo interrumpió exclamando de pronto:

—¡Bien, sigamos! ¡Somos solo cuatro! ¿Y usted? ¿Qué debería imaginar?

La pregunta iba dirigida, no con demasiado acierto, al pelmazo.

—¿Imaginar? ¿Yo? —respondió él—. No creo tener la costumbre de imaginar. Mi lema es tomarme las cosas como vienen, ya sean buenas, malas o indiferentes. Eso se aprende cuando la vida te ha curtido como lo ha hecho conmigo.

—Quizá yo pueda ser más interesante —dijo el anciano que estaba sentado en el rincón, abriendo de pronto los ojos.

No, no estaba dormido ni muerto. De hecho, había oído todo lo que se había dicho en el compartimento desde que el tren había partido a las 11:37 de Euston envuelto en una nube de vapor, lo que provocó que más de una de las cinco personas que en ese momento se volvieron a mirarle se sintiera un poco incómoda. Y no es que el anciano hubiera oído nada que no debiera, pero un hombre que escucha con los ojos cerrados y cuya mirada se muestra tan peculiarmente vivaz cuando los abre —eran como un par de pequeñas lámparas que iluminaban cosas invisibles para los demás— no es el mejor tónico para unos nervios crispados.

—Adelante, señor, por favor —respondió David tras una breve pausa—. Invente para nosotros una historia realmente buena. Sin duda las nuestras han sido aburridas.

—Ah, la mía es interesante sin tener que recurrir a la invención —respondió el anciano—. Y por cierto, es muy apropiada para la estación. Voy a entrevistarme con el rey Carlos I.

—¿En serio? ¿Con o sin cabeza? —preguntó David en tono educado.

—Espero que con ella —respondió el anciano—. Me han informado de que está completo. Tenemos que reunirnos en una vieja casa de Naseby. A decir verdad, no estoy seguro de que la entrevista vaya a tener lugar. Puede que Carlos I sea tímido, o quizá resulte ser un caballero de lo más corriente que intenta ocultarse de Cromwell y de Fairfax. Después de trescientos años, la identidad se vuelve un poco confusa. —Sonrió con un toque de cinismo—. O puede que el rey... *non est* y solo sea fruto de la imaginación de ciertas personas nerviosas que creen haberlo visto merodear por la zona. Aunque, como es lógico —añadió arrugando sus delgados labios—, existe la



posibilidad de que realmente esté. Sí, sí. Si ese monarca sobradamente maligno y sobradamente glorificado visitó la casa el día de su derrota y si las paredes de la casa han conservado algunos incidentes emocionales que yo pueda liberar, quizá podremos sumar una página interesante a nuestra historia.

—No quisiera ser grosera —exclamó Lydia—, pero ¿usted cree en esa clase de cosas?

—¿A qué se refiere exactamente con «esa clase de cosas»? —preguntó el anciano. Su tono era de desaprobación. El pelmazo decidió intervenir.

—¡Fantasmas y supercherías! —gruñó—. ¡Bah! ¡Bobadas y estupideces! Yo he visto el número de la cuerda india. Sí, ¡y descubrí su truco! En Rangún. En 1923.

—Fantasmas y supercherías —repitió el anciano, cuya desaprobación se desvió hacia el pelmazo. La voz del revisor resonó en el pasillo a lo lejos. Aunque débil, la fuente de la que provenía esa voz fue suficientemente sólida—. Hum... son términos engañosos. El verdadero lenguaje carece de palabras, lo cual explica, señor, por qué algunas personas que abusan de ellas no son en absoluto comprensivas.

—¿Eh?

—Si con la expresión «fantasmas y supercherías» se refiere usted a emanaciones conscientes, secuelas de una existencia física capaces de funcionar de manera independiente de un personaje parcialmente terrenal, entonces debo decir que no creo en esa clase de cosas. Hay otros, por supuesto, cuyas opiniones respeto, que están en desacuerdo conmigo. Consideran que usted, señor, está condenado a existir a perpetuidad en una u otra forma. Quizá sea una idea deprimente. Pero si por «fantasmas y supercherías» se refiere usted a las emanaciones recreadas por una aguda sensibilidad vital o por la inteligencia resultante de los inagotables depósitos del pasado, en ese caso debo decirle que creo en esa clase de cosas. Inevitablemente.

El pelmazo se quedó desarmado unos instantes. Y lo mismo le ocurrió a la corista. Pero los dos hermanos, deseosos de estar *au fait* de cada una de las fases del pensamiento progresivo, aunque solo fuera para poder descartarlo, y dotados de la suficiente fortaleza como para enfrentarse a las conmociones que este pudiera provocar en ellos, estaban intrigados.

—Resumiéndolo en palabras de no más de tres sílabas —dijo David—: ¿quiere usted decir que puede conjurar el pasado?

—«Conjurar» no es el término adecuado —respondió el anciano—. Implica el uso de la magia, y no hay nada de mágico en el proceso. Podemos revelar (exponer) el pasado. Nada ni nadie puede erradicarlo.

—¡Bobadas! —exclamó el pelmazo.

No le gustaba que le tocaran al hablar, pero el anciano que acababa de hacerlo se inclinó hacia delante y repitió el gesto.

—¿Qué es la simple grabación de un gramófono sino una grabación del pasado? —preguntó, dándole al pelmazo una palmadita en la rodilla—. Aunque Caruso esté muerto, hoy podemos oír su voz. Y eso no es obra de la invención sino del

descubrimiento, y si este hubiera ocurrido hace trescientos años yo no habría tenido que viajar hoy a Naseby para oír la voz de Carlos I. Eso, claro está, si es que consigo oírla. Pero la naturaleza no espera a nuestros descubrimientos. Eso es algo que muchos ignorantes olvidan. Sus ondas sonoras, sus ondas lumínicas, sus ondas de pensamiento y sus ondas emocionales, por mencionar algunas de las que componen el limitado rango de nuestros sentidos y percepciones particulares, viajan incesantemente, algunas sin interrupción, otras hallando prisiones temporales en las obstrucciones en las que se incrustan. Estas pueden menguar hasta devenir nimias influencias, o (atención) pueden volver a liberarse. Las ondas capturadas, por supuesto, son solo un fragmento de la fuente original. En potencia, todo lo que ha existido, todo lo que han creado los sentidos, puede recuperarse con ellos. Por fortuna, señor, no habrá ninguna grabación para gramófono de su improperio. Aun así, además de la débil marca que ha dejado en la memoria, su «Bobadas» perdurará en el tiempo.

Sorprendentemente, el pelmazo decidió plantar batalla, aunque su reacción fue más bien como una agonía.

—Pues aquí tiene otro para acompañar al anterior: ¡bobadas! —replicó.

—Así no deberá usted temer por la soledad de sus palabras —respondió el anciano.

—¿Y qué me dice de las suyas?

—También ellas prevalecerán, aunque no es probable que ninguna generación venidera recupere nuestra conversación actual. A pesar del evidente desagrado que sentimos el uno hacia el otro, nuestras emociones no son lo bastante viriles. No tardarán en borrarse incluso de nuestra memoria. Pero suponga... sí, suponga, señor, que de pronto se vuelven explosivas. Suponga que se abalanza usted sobre mí con un cuchillo, clavándolo en el corazón del señor Edward Maltby, de la Real Sociedad de Psicología. En ese caso, es indudable que alguna persona que en el futuro ocupe este asiento quizá se sienta incómoda al percibir una emoción muy desagradable.

Volvió a cerrar los ojos, pero sus cinco compañeros de viaje tuvieron la impresión de que seguía viéndolos a través de los párpados. El fornido revisor, que en ese momento se acercó por el pasillo, fue consultado con alivio, aunque el hombre no pudo ofrecer consuelo alguno.

—Me temo que no puedo decir nada. —Era su respuesta a todas las preguntas, repitiendo una fórmula de la que estaba ya cansado—. Hacemos todo lo que podemos, pero con la vía bloqueada por delante y por detrás... En fin, qué puedo decir.

—¡Es una desgracia! —murmuró el pelmazo—. ¿Dónde está la maldita brigada quitanieves o como diantre se llame?

—Estamos intentando encontrar ayuda. No podemos hacer más —replicó el revisor.

—¿Cuánto tiempo cree que seguiremos aquí?

—Ya me gustaría a mí saberlo, señor.

—¿Toda la noche? —preguntó Lydia.

—Es posible, señorita.

—¿Se puede caminar por la vía?

—Solo un pequeño tramo. Más adelante la situación es aún peor.

—¡Oh, cielos! —murmuró la corista—. ¡Tengo que llegar a Manchester!

—Lo pregunto porque quizá haya otra línea u otra estación cerca de aquí —dijo Lydia.

—Bueno, está Hemmersby —respondió el revisor—. Es un ramal que se une a esta línea en Swayton, pero yo no lo intentaría, no con este tiempo.

—Es este tiempo lo que nos incentiva —apuntó David—. ¿A qué distancia está Hemmersby?

—No sabría decirlo. A unos ocho o diez kilómetros, quizá.

—¿En qué dirección?

El revisor señaló al exterior desde la ventanilla del pasillo.

—¡Sí, pero no podremos cargar con nuestros baúles! —exclamó Lydia—. ¿Qué será de ellos?

El revisor se encogió levemente de hombros. La locura no era asunto suyo, y desde luego se enfrentaba a ella con mucha asiduidad.

—El equipaje permanecerá en el tren hasta llegar a su destino —respondió—, pero no sabría decir cuándo será eso.

—Según usted, aparecerá antes que nosotros —intervino David con una sonrisa.

—Usted lo ha dicho —respondió el revisor antes de proseguir su camino, harto de la conversación.

Siguió un breve silencio. Lydia dejó de mirar al pasillo y al volverse clavó la vista en la ventanilla del compartimento.

—Ya casi ha dejado de nevar —anunció—. Y bien, ¿qué proponen?

—«Casi» no es del todo —respondió con cautela su hermano.

Siguió un nuevo y breve silencio. Jessie Noyes se miró la punta de los zapatos, temerosa de comprometerse. El oficinista de las mejillas encendidas parecía estar en la misma tesitura. La expresión del pelmazo, por otro lado, era decididamente desfavorable.

—Eso es buscarse problemas —declaró al ver que nadie más hablaba—. Quizá ninguno de ustedes se ha perdido en una tormenta de nieve, pero yo sí.

—Ah, pero eso fue en Dawson City —murmuró David—, donde cuando nieva, nieva.

Entonces ocurrió algo sorprendente. El anciano abrió de pronto los ojos y se irguió en el asiento. Miró fijamente al frente, pero Jessie, que estaba en su línea de visión, habría jurado que no la veía. Un instante después, el hombre se volvió hacia el pasillo. Al otro lado de la ventanilla del pasillo algo se movió: una borrosa mancha blanca que se fundió en el inmenso manto de nieve mientras todos la miraban.

—La otra línea... sí, sí, es una muy buena idea —dijo el anciano—. ¡Feliz Navidad a todos!

Cogió su bolsa de viaje del portaequipajes, cruzó de un salto al pasillo, salió del tren y en cuestión de segundos también él había desaparecido.

—¡Ahí va un pirado donde los haya! —comentó el pelmazo.

## II

### La huella invisible

—¿Y bien? ¿Cómo se supone que tenemos que interpretar eso? —preguntó David después de una pausa.

—Yo ya les he dado mi opinión —intervino el pelmazo, y lo repitió dándose unos golpecitos en la sien.

—Sí, pero me temo que no puedo mostrarme de acuerdo con su opinión en caso de que los demás imiten el ejemplo del supuesto pirado —respondió David—. Como bien recordará, estábamos hablando de hacer lo que él acaba de hacer.

—Sí, pero nosotros no lo haríamos de un modo tan apresurado —objetó Lydia—. ¡Por un momento casi he creído que había visto a Carlos I!

A pesar de su tono despreocupado, estaba muy pendiente de cómo encajaban los demás su comentario.

—¡Carlos el Pamplinas! —masculló el pelmazo.

—¿No fue Nerón quien tocó el violín<sup>[1]</sup> mientras veía arder Roma? —dijo David—. En fin, antes de que el anciano saltara a la vía ahí fuera había alguien, de modo que aunque no sea una empresa fácil, no es imposible. —Se volvió hacia Jessie Noyes—. ¿Usted qué opina?

Jessie miró por la ventanilla. La nieve había dejado de caer y la inmóvil escena blanca era como una película que se hubiera detenido de pronto.

—No sé —respondió—. No... no quiero ni imaginar lo que ocurrirá si no llego a Manchester.

—Es importante, ¿verdad?

—¡Oh, sí!

David miró a su hermana y ella asintió.

—Si usted va, nosotros también —dijo.

—¡Pero no quiero que lo hagan por mí! —exclamó Jessie.

—Lo haríamos por usted solo en parte —aclaró Lydia—. Creo sinceramente que la estaríamos usando como excusa. Verá, ¡queremos disfrutar de esas mullidas camas! Y además hay otra cosa —añadió, no sin cierta vacilación—. Al menos... a mí se me ha pasado por la cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó David.

—Supongo que es una ridiculez —respondió ella—, pero hasta cierto punto no puedo evitar estar un poco preocupada por el señor... ¿cómo era? ¿Maltby?

—Edward Maltby, de la Real Sociedad de Psicología —asintió David.

—¡Es un hombre tan mayor...! ¿Cómo nos sentiríamos si mañana leyéramos en los periódicos que lo han encontrado enterrado bajo la nieve?

—Mañana es Navidad y no hay prensa —comentó su hermano.

—Eso no hace que disminuyan sus posibilidades de morir sepultado bajo la nieve, querido —replicó Lydia.

Jessie trino entonces, casi creyéndose su propia excusa:

—Sí, es como si tuvieras la necesidad de ir tras él, ¿verdad?

—Pues este que les habla no la tiene —respondió el pelmazo, sumando sin saberlo un punto a favor de la partida.

La verdadera excusa de Jessie era que en Manchester había un representante teatral que al día siguiente se habría marchado, dando así al traste con la posibilidad de firmar un contrato con él, y esa posibilidad quedó recalcada por la voz del revisor cuando este regresó por el pasillo respondiendo a las preguntas que los pasajeros le hacían al pasar: «Lo siento, señor. De momento nada». «Sí, señor, quizá dure toda la noche».

—¡Oh, vamos! —exclamó Lydia.

—Yo... iré con ustedes, si me lo permiten —añadió el oficinista con dubitativo arrojo—. Podemos formar un grupo.

La oleada de espíritu aventurero rápidamente tomó cuerpo. Lydia ya estaba en pie y cogía en ese momento su pequeña maleta del portaequipaje. De haber sabido cuál era el destino de esta, tal vez la habría dejado. Solo el viejo pelmazo fruncía el ceño.

—No pensará ir, ¿verdad? —preguntó a la corista.

—¿Por qué no, si ellos van? —respondió ella.

—Hágame caso y quédese... conmigo.

Cegado por su propia vanidad, el hombre no cayó ni por un segundo en la cuenta de que su comentario había decidido la cuestión.

Celebrando haberse librado de su compañía y pertrechados con su pequeño equipaje, los cuatro aventureros bajaron a la gruesa capa de nieve. David levantó la mano y cerró con fuerza la puerta del vagón, cuyo pasillo había empezado a llenarse de viajeros curiosos, y fue entonces cuando dio comienzo el viaje por ese extraño país de las hadas.

Empezó con una facilidad pasmosa. Si las dificultades se hubieran presentado de inmediato, probablemente habrían vuelto sobre sus pasos, aunque el orgullo se habría rebelado contra la retirada en tan temprana fase de la aventura, y la visión de la expresión triunfal del pelmazo fue otro factor determinante a la hora de no retroceder. Siguiendo las profundas huellas que el señor Maltby había dejado tras de sí durante unos metros a lo largo de la vía, llegaron a un camino que se separaba de la línea del ferrocarril y se perdía en la blanca distancia. El trazado del camino estaba casi borrado, pero lograron identificarlo gracias a una valla y un letrero que decía: «Camino a Hemmersby». Aquel era sin duda un punto por el que, en circunstancias normales, los peatones cruzaban la vía.

La valla no tardó en desaparecer. El límite que identificaba el camino desapareció, aunque parecía que este continuaba en diagonal cruzando un campo. Las huellas de Maltby y algo parecido a una carretera al otro lado de un seto lejano mantuvieron vivas las esperanzas del grupo, pero cuando llegaron allí y descubrieron que nada tenía que ver con lo que habían imaginado, la esperanza decayó un poco.

—Supongo que... que vamos en la dirección correcta, ¿verdad? —preguntó Jessie.

—Seguro que sí —respondió alegremente David—. ¡Sigamos las huellas!

—Puede que no sean las correctas —dijo el oficinista.

—¡Qué lógica más deprimente! —exclamó David—. Por cierto, supongo que se habrán dado cuenta de que estamos siguiendo más de un par de ellas.

—Sí, así que el otro hombre no puede haber sido Carlos I —añadió Lydia—, porque los fantasmas no dejan huellas. ¡Vamos! ¡Quiero llegar a alguna parte!

Siguieron en su incierto avance. Mientras cruzaban un segundo campo empezó a nevar de nuevo. Cada uno de los cuatro a punto estuvo de sugerir regresar al tren y a todos les faltó el valor moral para expresar en palabras sus vacilaciones.

El segundo campo descendía hasta un pequeño valle. De pronto, David soltó un grito. Se había adelantado un poco al resto.

—¡La carretera, chicos, la carretera! —gritó.

Los demás le dieron alcance y lo encontraron mirando desconsolado una larga y estrecha zanja. Camuflada por la nieve, esta no hizo sino prolongar la decepción que se había adueñado ya del grupo.

—Cuando estemos solos, David, te diré lo que pienso de ti —dijo Lydia.

—Y ahora ¿hacia dónde? —preguntó Jessie, intentando no dejarse llevar por el pánico.

Miraron en derredor. La nieve, cada vez más densa, casi había borrado las huellas de sus predecesores. Justo al otro lado de la zanja, estaban desapareciendo con rapidez.

—¿Y si volvemos? —propuso David, por fin dando voz a la sensatez.

Miraron hacia atrás. La ladera por la que habían bajado quedaba apenas visible tras la cortina de blancos remolinos y, mientras seguían allí dubitativos, sus propias huellas desaparecieron bajo la nueva capa de nieve.

—¡Sí, regresemos! —gritó Sylvia—. ¡El pelmazo tenía razón!

Echó a correr. Una voz la detuvo en seco.

—¡Por allí no! —gritó David.

Se enzarzaron en una discusión sobre la dirección a seguir mientras los copos cada vez más gruesos lo borraban todo excepto a ellos.

Al final decidieron que era tan insensato intentar regresar como seguir adelante. Sortearon la zanja, avanzaron dando tumbos por una zona boscosa cruzaron otro campo, bajaron a otro valle y tropezaron con otra zanja. Tres jadeantes figuras lograron llegar al otro lado de esta sin necesidad de ayuda. A la cuarta, Jessie,

tuvieron que sacarla entre los demás.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó David, visiblemente angustiado.

—No, estoy bien —respondió Jessie, balanceándose.

David agarró su cuerpo inconsciente justo antes de que cayera al suelo, y si la situación hasta entonces había sido mala, de pronto pasó a ser muy complicada. Lydia corrió a su lado.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

—La pobre se ha desmayado —respondió David—. ¡Ahora sí que tenemos que encontrar un refugio, Lydia!

—¿Puedes cargar con ella en brazos?

—Pesa poco.

—Pues vamos. Quedarnos aquí no servirá de nada. ¿Dónde está el otro hombre?

Oyeron su voz al tiempo que ella hablaba. El oficinista había desaparecido, pero en ese momento desde el otro lado de la blanca cortina se oyó su voz apagada.

—¡Menos mal! ¡Una verja!

Tras cargar en brazos con la figura inconsciente y decirle a su hermana que cogiera la maleta que la corista había soltado al caer, David se apresuró hacia la voz. Buscó en vano a su dueño.

—¡¿Adónde ha ido?! —vociferó—. ¡Vuelva a gritar!

Un instante después, el oficinista apareció delante de él y a punto estuvieron de colisionar.

—¡Santo cielo! —jadeó el oficinista contemplando la carga de David—. ¿Está grave?

—Espero que no. Solo se ha desmayado —respondió David—. ¿Dónde está esa verja?

—Justo detrás de mí. Creo que lleva a alguna parte.

En otro momento, David habría comentado que las verjas suelen llevar a algún sitio, pero no estaba de humor para el sarcasmo.

—Ábrala —dijo.

—No se abre —respondió el oficinista—. La nieve ha cubierto el suelo hasta media altura.

—¡Maldita sea! Tendremos que pasar por encima. Salte usted primero, si es tan amable, y se la pasaré. ¿Cree que podrá?

—Sí, claro.

—Salta tú también, Lydia, y ayúdale.

De un modo u otro, por fin lo lograron. Al otro lado de la verja, David volvió a tomar en brazos a la corista, con la nieve cubriéndole casi hasta las rodillas. La nieve subía como la marea y cada metro resultaba más difícil que el anterior.

—A mi juicio —murmuró Lydia, sacando a rastras de un pequeño charco blanco una pierna empapada—, ¡me parece que la señorita inconsciente se está llevando la mejor parte!



—No lo haré cuando vuelva en sí —respondió David.

—Siempre dispuesto a instruirme —sonrió Lydia.

—¿Se ha caído? —preguntó el oficinista.

—Todos nos hemos caído —le recordó David—, pero parece que su caída ha sido más aparatosa.

Al doblar una curva —el camino estaba lleno de ellas— ocurrió un incidente que provocó a un tiempo la alarma y también la esperanza. Una masa de nieve casi los envolvió. Fue como una avalancha en miniatura que cayó sobre ellos de la nada. Advertidos por el susurro previo, David y Lydia lograron zafarse, pero el oficinista no tuvo tanta suerte. Desapareció durante un segundo y emergió al poco, seguido de un montículo de nieve sucia, farfullando.

—¿De dónde ha caído eso? —gritó David.

—Creo que de un tejado —respondió Lydia.

—¡Esperemos que así sea! —dijo David con gesto devoto—. Daos la vuelta y mirad. Diría que el caballo de carga no tiene tanta movilidad. Pero *prenez garde!*

Se quedó donde estaba, y pegó contra su cuerpo la carga que sostenía en brazos para darle calor mientras ellos investigaban. Momentos más tarde informaron de la existencia de un granero.

—¡Espléndido! —exclamó David—. ¡Una noticia fantástica! ¡Los graneros no aparecen solos! Antes de que nos demos cuenta, encontraremos una casa.

—¡Una casa! —repitió Lydia, presa de un éxtasis casi delirante—. ¡Había olvidado que esas cosas existían! Una casa... con chimenea... ¡y baño! ¡Ah, un baño!

—Suenan genial —apuntó el oficinista, cuyos dientes no dejaban de castañetear.

Con renovadas esperanzas reemprendieron el dificultoso camino. Doblaron otra curva. A ambos lados se elevaban unos magníficos árboles blancos y el follaje se incrementó. Luego el camino pareció descender, lo cual no fue bueno porque aumentaba el espesor de la nieve y también la sensación de estar encerrados en ella. Imposible ya volver atrás, avanzaban adentrándose en una prisión blanca.

El ambiente se volvió momentáneamente asfixiante. Luego, de pronto, el oficinista soltó un grito.

—¿Qué? ¿Dónde? —chilló David.

—¡Aquí! ¡La casa! —jadeó el oficinista.

Casi cegado por los copos de nieve que no cesaban de arremolinarse a su alrededor, el hombre había bajado la cabeza. Y cuando el edificio apareció abruptamente en su camino, logró evitar por muy poco darse de bruces con la puerta principal.

### III

## El extraño santuario

Nadie acudió a abrir. La respuesta fue igualmente infructuosa cuando golpearon la puerta. Durante un breve intervalo todo pareció indicar que estaban abocados a sufrir una nueva decepción, aunque David había decidido que rompería las ventanas si era necesario. Entonces Lydia cogió el toro por los cuernos y probó con la manilla. La hizo girar y abrió la puerta con un pequeño empujón, dejando escapar un suspiro de alivio. Un techo, incluso aunque nadie los hubiera invitado a refugiarse allí, se había convertido en una necesidad apremiante.

Se encontraron en un *hall* espacioso y confortable. Era primera hora de la tarde y la luz no había empezado todavía a menguar. Aun así, el *hall* refulgía envuelto en una extraña penumbra blanca, reflejo de la nieve que, al otro lado de las ventanas, cercaba la casa. Refulgía también a la luz de algo más benigno: el gran fuego que ardía en la chimenea. Los leños colocados junto al hogar tenían el agradable aspecto propio de la estación y la silenciosa calma que impregnaba el *hall* proponía un reconfortante contraste con el salvaje y blanco carrusel del que acababan de escapar. Lo único que faltaba para completar la bienvenida era su anfitrión.

Pero en su ausencia, un gran cuadro que colgaba de la pared encima de la chimenea parecía hacer los honores. Se trataba de un retrato al óleo con un pesado marco dorado de un anciano muy tieso, cuyos ojos parecían observarles con una luz desafiante y cínica. Aquellos ojos y su figura erguida no eran los únicos rasgos del anciano que llamaban la atención. A pesar de su edad, el hombre poseía un busto extraordinariamente distinguido cubierto de pelo negro.

Aunque había más pinturas en las paredes y en la escalera en curva, los huéspedes no invitados solo repararon en el cuadro del anciano debido a la presencia dominante del sujeto del retrato.

Tras echar una primera mirada apresurada, David se acercó rápido a un sofá situado junto al fuego y depositó en él su carga con suavidad. Jessie empezaba apenas a volver en sí, pero la comodidad del sofá y el calor del fuego parecieron retrasar la recuperación de la consciencia. David la miró durante un instante o dos mientras los demás seguían sin moverse, presas de la incertidumbre.

—Supongo que no estaremos haciendo nada malo —dijo el oficinista, rompiendo el silencio.

—Seguro que no —respondió Lydia—. Voy a mirar en las habitaciones.

—Sí, tiene que haber alguien —apuntó David, mirando al fuego—. Asómate a la

cocina. Quizá sean duros de oído.

Lydia desapareció hacia el fondo del *hall* y regresó un minuto más tarde, visiblemente desconcertada.

—No hay nadie —informó—. Pero el agua burbujea en el hervidor.

—Eso significa que hay alguien en la casa —respondió David.

—Sin duda, pero ¿dónde? Hay una tetera en la mesa de la cocina a la espera de que la sirvan y un chisme lleno de té al lado. Y la despensa está llena de provisiones.

—¡No has perdido el tiempo!

—¡Y voy a seguir aprovechándolo!

Llamó a una puerta que estaba a la derecha del *hall*. Al no recibir respuesta, la abrió con cautela y asomó la cabeza.

—Un agradable comedor —dijo—. Vigas de roble. Y otra chimenea encendida.

Cuando cerró la puerta, el oficinista, que luchaba contra su complejo de inferioridad, decidió ser de alguna utilidad. Se acercó como una exhalación a otra puerta que estaba en el lado contrario del vestíbulo y tal fue el ímpetu de su movimiento que la abrió sin llamar. Por fortuna para él, la habitación también estaba vacía, pero se llevó una sorpresa.

—¡Diantre, es un salón! —exclamó—. ¡Y el té está servido!

De pronto fue muy consciente de que la cabeza de Lydia asomaba por encima de su hombro, casi tocándolo. Acostumbrado a una vida gris y tediosa, le costaba Dios y ayuda mantener la calma ante tantas emociones, que eran muchas y variadas e incluían el miedo a la enfermedad, la ansiedad por haber invadido una propiedad ajena y un frío terrible que bien podía deberse a la enfermedad que tanto temía o a un motivo menos definido... Aquella casa, con todas sus chimeneas, provocaba escalofríos... Pero la emoción que en ese instante se impuso sobre las demás llegó provocada por la cabeza que casi le rozaba el hombro.

—¡Qué curioso! —exclamó la propietaria de la cabeza—. ¡El té a punto y sin tener adónde ir! Dime, David, ¿qué opinas?

David se volvió a mirarla desde el sofá.

—Todavía queda el piso de arriba —respondió—. Si te quedas aquí, subiré a ver.

—¡Espera un momento! —exclamó Lydia.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sí, sí que lo sé. Lo que he querido decir es «ten cuidado».

—Eso no explica nada.

—¡Nada explica nada! Si hiciera buen tiempo sería muy normal salir de casa durante unos minutos mientras el agua hierve, pero con esta nevada... ¿puedes explicarlo? ¿Adónde han ido? ¡Ni a echar una carta al buzón ni a cortar una lechuga! ¿Por qué no vuelven? No te he dicho que el agua no burbujeaba de un modo reposado y respetable, sino que se había desbordado del hervidor. Ah, y había un cuchillo del pan en el suelo.

David lanzó una dura mirada a su hermana.

—¿Estás intentando ser macabra? —preguntó.

—No, querido —replicó ella—. ¡Solo estoy inmensamente interesada!

David subió entonces al primer piso. Mientras los demás lo oían moverse sobre sus cabezas, Lydia fue hasta el sofá y tuvo un arrebató práctico.

—Deberíamos hacer algo con ella —dijo.

—¿Qué tal si le echamos agua fría en la cara? —sugirió el oficinista—. Creo que es lo que se hace normalmente.

—Mejor sería acercarle un puñado de sales a la nariz —respondió Lydia—. Tengo en mi bolsa de viaje. ¿Dónde está? ¡Ah, aquí! —Cuando se volvió hacia la bolsa, preguntó—: Por cierto, ¿cuál es su apellido? El nuestro es Carrington.

—El mío, Thomson —respondió el oficinista—. Sin «P».

Siempre lo mencionaba, convencido de que eso lo ennoblecía.

—Bien, señor Thomson sin «P»... Por cierto, ¡usted tampoco parece andar muy sobrado de salud!... ¿Le importaría ir a la cocina y traerme un vaso de agua fría y una toalla? Quizá probemos su método antes que el mío. Pero no se lo echaremos en cara. Nos limitaremos a... ¡No, caramba! ¡Espere un segundo!

Cuando se inclinó sobre ella, la inconsciente figura se agitó y de pronto Jessie abrió los ojos.

—Despacio —dijo Lydia, poniéndole con delicadeza la mano en el hombro e impidiendo que se incorporara—. No se preocupe, no hay prisa.

Jessie la miró a su vez, confundida, cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—¿Me he desmayado? —murmuró.

—Del todo —respondió Lydia—. Y después encontramos esta casa.

—Pero ¿cómo...?

—Mi hermano la ha llevado en brazos. Yo me quedé muda durante un rato.

—No, fue el pie...

—¿El pie? —Lydia se agachó y lo examinó. Luego se volvió hacia Thomson—. Sí. Traiga un poco de agua, por favor, pero caliente, no fría. O no, mejor fría y caliente. Hay agua caliente en el hervidor, ¡y al infierno el té!

Mientras ella hablaba, David bajó por la escalera. Negó con la cabeza en respuesta a la fugaz e interrogante mirada de su hermana.

—¿Nadie?

—Ni un alma —respondió él.

Lydia volvió a mirarlo al tiempo que leía algo en su tono de voz. «Está más preocupado ahora que antes de subir», decidió. Pero la expresión de David se iluminó al ver a Jessie.

—¡Ah, espléndido! —exclamó—. ¿Cómo se encuentra?

Jessie giró la cabeza lánguidamente, con una pequeña sonrisa.

—Un poco rara, pero bien —respondió.

—Bueno, la otra vez también me dijo que se encontraba bien —respondió David, devolviéndole la sonrisa—. Espero que esta vez sea cierto.

—Pues no, esta vez tampoco —intervino Lydia—. Se ha torcido el tobillo. Dese prisa, señor Thomson. Y, escuche, no estropee el té. ¡Vamos, hágalo!

Con la ridícula sensación de ser un héroe, Thomson consiguió llegar a la cocina. Debía admitir que hasta ese momento no había hecho demasiado. No había sugerido la expedición ni la había liderado. Cuando la atractiva rubia se cayó en la zanja, no había sido él quien la había sacado de allí ni quien había cargado con ella en brazos hasta la casa. Ciertamente había sido el primero en llegar hasta allí. De hecho, a punto estuvo de darse de bruces con ella. Pero una vez dentro se había limitado a quedarse mirando y a abrir una puerta.

De pronto su imaginación cobró vida, animándole a traducirla a la realidad. A menudo se encontraba en sus fantasías con una aviadora que había sufrido un accidente y, tras cogerla en brazos en el lugar del siniestro, la llevaba a una pequeña casa en el campo, le preparaba el té y se casaba con ella. Fue precisamente el detalle del té lo que lo devolvió a su pedestal. No era la clase de hombre cuya vanidad le empujaba a ser el centro de atención como, quizá, era el caso del hermano de Lydia Carrington... El hermano era un buen tipo, aunque puede que estuviera demasiado enamorado de su propia voz... No, Robert Thomson era uno de esos tipos modestos, dependientes y silenciosos que poco a poco, y gracias a sus admirables cualidades, dejaban su impronta en quien estaba a su lado, por ejemplo, en una joven como Lydia Carrington. Los David Carrington buscaban en los pisos superiores a personas que sabían que no encontrarían, pero los Robert Thomson iban a la cocina y preparaban la querida taza de té... y recogían del suelo el cuchillo del pan.

Al menos... ¿o quizá no?

Cuando estaba a punto de cogerlo, Thomson se detuvo de pronto. Por sorpresa, y con la ayuda de su fiebre cada vez más alta, acababa de asaltarle osadamente un nuevo aspecto de sí mismo. Ya no era el tipo discreto y dependiente que podía preparar una taza de té y mantener a flote el barco mientras los demás corrían de un lado a otro. ¡Detrás de su actitud humilde acechaba la mente del detective que trabaja en silencio y sin levantar sospechas!

El cuchillo del pan, por ejemplo. ¿Un simple cuchillo en el suelo, eh? ¡Quizá! ¡O, por otro lado, quizá no! La casa estaba vacía, pero alguien había estado hacía poco en aquella cocina. Saltaba a la vista, a juzgar por el agua que burbujeaba en el hervidor. Y si ese alguien no regresaba, y hasta el momento no lo había hecho, habría un motivo que lo justificara. Quizá una razón oscura y amenazadora explicara su presencia. Quizá un motivo oscuro y amenazador que constituía no solo una inmediata amenaza para las personas que estaban entre aquellas paredes, sino una cuestión de interés más amplio para el fiscal.

Por eso Thomson decidió que había que evitar borrar cualquier huella del cuchillo del pan. Si recogía del suelo aquel objeto, debía hacerse con un pañuelo, y antes había que marcar su posición exacta, la dirección a la que apuntaba, el lado en el que estaba el filo y si había algo en él...

De pronto se percató de que había alguien más en la cocina detrás de él. Se volvió bruscamente.

—Dese prisa, amigo —dijo David—. Todavía esperamos esa agua.

—¿Eh? ¡Sí! Estaba en ello —exclamó Thomson, derribado momentáneamente de su pedestal—. Estaba... estaba echándole una mirada al cuchillo.

David miró a Thomson sin ocultar su curiosidad y volvió la vista hacia el cuchillo.

—¿Qué pasa con él? —preguntó.

—Nada —respondió Thomson.

David cruzó hasta el hervidor del agua, encontró una cacerola y echó en ella un poco de líquido.

—Llevaré esto al salón —dijo—, y usted puede seguir preparando el té.

La humillación revivió al oficinista.

—También quieren un poco de agua fría —murmuró antes de acercarse presurosamente al grifo.

Mientras Thomson llenaba un cubo, David encontró un trapo y una esponja y los sumó a su cacerola. Luego le cogió el cubo a Thomson y se dispuso a volver. Ya en la puerta, sin embargo, se detuvo.

—Yo no tocaría ese cuchillo —dijo.

—No pensaba hacerlo —replicó Thomson.

—¿Por qué no? —preguntó David—. ¿Ha encontrado algo?

—No. ¿A qué se refiere?

—Entiendo. Es solo precaución. La verdad es que tiene usted razón. He encontrado algo arriba mientras registraba la casa.

—¿Qué?

—Una puerta cerrada con llave. Por supuesto, puede que no signifique nada, pero cuando he llamado no ha habido respuesta.

—A menudo la gente cierra las puertas con llave cuando se marcha —respondió Thomson.

—Sí, pero no dejan a otras personas detrás de las puertas —replicó David. A punto estuvo de echarse a reír al ver la expresión de sorpresa del oficinista—. No se preocupe, el ruido que he oído ha podido ser el de un ratón. Por cierto, cuando lleve el té no mencione a nuestro ratón. Deje que la infusión haga su efecto.

Cuando David regresó con el agua, Lydia le había quitado la media a Jessie.

—¿Habéis estado jugando al *bridge*? —preguntó—. ¡Creía que ya no venías!

—Lo siento —se disculpó David—. ¡Diantre, qué hinchado tiene el pie!

—Está inflamado —fue la réplica que recibió—. Apuesto a que pasamos aquí la Navidad.

—¡Ah, pero me pondré bien! —exclamó Jessie—. Además, ¡no hace falta que se queden por mí!

—No creerá que vamos a marcharnos y dejarla sola aquí, ¿verdad? —preguntó

Lydia—. Aunque no pensaba solo en eso. ¡Miren por la ventana!

La nieve seguía cayendo con la misma intensidad.

—Bueno, puestos en lo peor, tampoco es una situación tan terrible —dijo David—. Y la despensa está llena. El que más me preocupa es el viejo señor Comosellame. Espero que haya podido llegar a algún sitio.

Se volvió hacia la escalera.

—¿Adónde vas? —preguntó Lydia.

—Si no me necesitas para la operación, creo que subiré a echar otro vistazo. A fin de cuentas, no estaría mal que pudiéramos encontrar a alguien que nos invitara a tomar el té.

—Adelante. No te necesitamos. ¡Pero el té lo tomamos, tanto si nos invitan como si no!

Un estornudo estalló en la cocina.

—El cocinero se está resfriando —murmuró Lydia—. Ya me parecía que estaba un poco pálido.

David subió la escalera por segunda vez. Cuando inició el ascenso, miró el cuadro que estaba encima de la chimenea y los ojos brillantes y cínicos del retrato parecieron seguirle.

La casa era una construcción baja y alargada y constaba tan solo de dos plantas principales, aunque una estrecha escalera subía hasta lo que parecía ser una buhardilla. Era la puerta de esta la que estaba cerrada con llave. Los sonidos que David había oído en el interior durante su primera visita debían de haber sido provocados por un roedor, tal y como él había sugerido, aunque no había quedado del todo satisfecho con la explicación.

La escalera superior no estaba alfombrada. Varios escalones crujieron bajo sus pies. El penúltimo estaba suelto y David lo saltó con cuidado. En cuanto llegó al pequeño descansillo cuadrado, llamó a su única puerta.

Como ya había ocurrido la primera vez, no hubo respuesta. Sin embargo, en la primera ocasión los sonidos se habían producido inmediatamente después de su llamada. Esta vez no hubo ninguno.

«Esta habitación es un engorro», pensó. «Y estoy a punto de convertirme en un engorro yo también».

Agarró el pomo de la puerta, lo hizo girar y lo sacudió. Para su sorpresa, la puerta ya no estaba cerrada con llave. Tras abrirla de un empujón, su mirada se encontró con una habitación vacía.

## IV

### Té para seis

Cuando David bajó al *hall* se encontró con otra sorpresa. El señor Edward Maltby, de la Real Sociedad de Psicología, estaba plantado en la puerta como un venerable muñeco de nieve y tras él había un segundo muñeco cuyo aspecto era menos venerable. Este era considerablemente más corpulento que el primero y, aunque David poco podía otear de su rostro desde el lugar que ocupaba al pie de la escalera, lo que vio no dejó en él una impresión favorable. Tuvo la desconcertante sensación de que una velada agradable estaba siendo malograda.

El señor Maltby, por su parte, parecía ajeno a cualquier otra presencia más allá de la suya. No apartaba la vista del cuadro que colgaba encima de la chimenea y su interés, absolutamente irrazonable en ese momento concreto, parecía magnificar la extraña relevancia del retrato. Se hizo el silencio durante los segundos siguientes a la aparición de David. Luego el anciano bajó la vista y sonrió.

—¿Así que también ustedes lo han intentado, eh? —dijo—. Espero que su anfitrión tenga espacio para dos más.

—No hay ningún anfitrión —replicó Lydia—. Al menos, no hemos dado con él.

—¿En serio? —El señor Maltby pareció dudar—. Entonces, ¿cómo han entrado?

—Como lo ha hecho usted. La puerta principal no estaba cerrada.

—Entiendo. —Se volvió hacia el hombre que estaba detrás de él—. Bien, ¿seguimos su ejemplo?

—No lo sé. Quizá deberíamos continuar.

—La sugerencia es excelente pero, como ocurre con muchas sugerencias excelentes, también es imposible —replicó el señor Maltby. Entró al *hall* mientras hablaba. El hombre a su espalda vaciló antes de seguirle. El señor Maltby retrocedió y cerró la puerta—. Lamento ver que ha sufrido un accidente —le dijo a Jessie—. Espero que no sea nada grave.

—No, solo el pie. Me he caído —respondió Jessie—. Es una situación peculiar. No sé lo que contarán los demás cuando vuelvan a casa.

—Quizá no vuelvan —apuntó el anciano.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Lydia.

—¿He dicho acaso que lo pensaba? Aunque con este tiempo, si han estado aquí todo el día, se puede llegar a esa conclusión.

—Ya le hemos dicho que la puerta no estaba cerrada —le recordó David.

—Cierto —asintió el señor Maltby, volviéndose hacia la puerta—. Una pena que



no sea una cerradura Yale.

—¿Por qué una pena? —preguntó Lydia—. Si lo hubiera sido, no podríamos haber entrado.

—Querrá decir que no habríamos entrado —la corrigió el señor Maltby—. Estoy de acuerdo en que habría sido una pena. Y es también una pena dejar que la nieve fundida gotee sobre una alfombra ajena. —Se quitó el abrigo y lo colocó con sumo cuidado en el respaldo de una silla—. Pero con una ganzúa se puede forzar y abrir una cerradura Yale. Y quizá eso es lo que ha ocurrido con esta, en cuyo caso dispondríamos de una evidencia mayor de que quienquiera que sea ha dejado deliberadamente la puerta como la hemos encontrado. Aun así, a veces, por descuido o despiste, pasamos por alto esas cosas, o incluso olvidamos echar la llave con una como esta que tenemos aquí.

—¿Sugiere usted que la familia se marchó hace tiempo y olvidó cerrar la puerta y llevarse la llave? —intervino David.

—Aunque tenemos una chimenea encendida que contradice esa teoría —musitó el anciano.

—Tenemos más que eso, señor. Tenemos el hervidor de agua puesto y el té servido en el salón...

—¡Y un cuchillo del pan en el suelo! —añadió Thomson, como si algo le hubiera picado.

El anciano miró fijamente a Thomson durante un par de segundos y el oficinista lamentó, sin saber muy bien por qué, haber abierto la boca. Luego el señor Maltby miró a los demás por turno, incluido su inmenso y anodino compañero, cuya ordinariéz había quedado manifiesta en el único aporte que había hecho hasta el momento a la conversación, y terminó su recorrido visual en el retrato que colgaba encima de la repisa de la chimenea.

—Todo esto es muy interesante —comentó—. Sí, realmente interesante. Incluido ese cuadro. Un anciano extraordinario. Aunque tampoco tan mayor, ¿eh? ¿Qué edad debe de tener? ¿Sesenta años? Los sesenta es una edad agradable. La mía.

David reprimió una sensación de fastidio. A pesar de haber llegado el último, el señor Maltby había asumido con sutileza el mando de la situación y, a juicio de David, no había motivo alguno, aparte de la cuestión de sus sesenta años, para que así fuera. No solo había alterado el agradable ambiente familiar haciendo hincapié en lo siniestro del lugar, un ambiente que David había esperado mejorar, sino que estaba imponiendo su propio tono y también su propio tempo. «¿Por qué estamos tan pendientes de sus palabras?», se preocupó David. «Aunque intuyo que es un tipo decente, ¡no me gusta el modo en que parece quitarnos protagonismo a los demás! ¡Y tampoco me gusta el tipo que lo acompaña!».

—¿Le molesta algo? —preguntó el señor Maltby.

David se sobresaltó.

—Muchas cosas —replicó, disimulando el motivo real de ese momento—. Creo

que estamos todos molestos. Dejando a un lado la extraña situación en la que nos encontramos, todos tenemos un destino que queremos alcanzar. ¿Y cómo vamos a llegar hasta allí? ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Por mi experiencia de los últimos diez minutos —respondió el señor Maltby—, estoy convencido de que durante un rato no habrá modo alguno de salir de aquí. Así pues, demos las gracias al Destino por habernos brindado al menos un techo bajo el que cobijarnos. Y además uno bajo el que por lo que se ve hay muchas comodidades: una chimenea encendida...

—Varias —le interrumpió Lydia.

—¿Ah, sí? La extraña situación resulta cada vez más intrigante. Varias chimeneas encendidas. Y también el té está servido. Si nadie regresa, pongamos por caso, durante los próximos tres meses, quizá...

—¡Quizá para entonces ya no estemos aquí! —sonrió Lydia—. ¡El té está servido y estábamos a punto de sentarnos a tomarlo!

—De modo que no estaban demasiado preocupados... —observó el anciano volviéndose de nuevo a mirar a David.

—¿A qué se refiere? —preguntó David a su vez.

—Era mi pregunta. ¿Al cuchillo del pan? Por cierto, no lo veo en el suelo.

—Estaba en el suelo de la cocina.

—¿Estaba?

—Sigue aún allí —intervino Thomson de nuevo, en un arranque de audacia para imponer su débil personalidad al resto del grupo—. No lo hemos tocado. Lo hemos dejado donde estaba.

—Una decisión sorprendentemente sensata. ¿Entiendo que lo han hecho para no destruir las huellas dactilares del asesino?

Jessie soltó un pequeño jadeo. El acompañante hizo su segundo aporte a la conversación.

—¿De qué va todo esto? —preguntó, ceñudo.

—¡Vamos, hombre! ¡Un cuchillo en el suelo! —exclamó el señor Maltby, insistiendo en hacer uso de su cinismo—. ¿No es ese un motivo para condenar a alguien?

—No, a menos que se encuentre el cadáver —respondió Thomson, haciendo un esfuerzo por estar a la altura de la conversación.

—No me decepcione. ¿No irá a decirme que no puede encontrar el cadáver? Un cuchillo del pan en el suelo, un hervidor de agua puesto, el té servido, la puerta de la entrada abierta... ¡Y no hay ningún cadáver! Bueno, bueno... supongo que debemos darnos por satisfechos, así que demos gracias y tomemos el té. Estoy convencido de que todos lo necesitamos, y si nuestro anfitrión ausente logra abrirse camino de regreso a través de la nieve y nos encuentra disponiendo libremente de su despensa y de su vajilla, yo hablaré con él. Si no vuelve, podemos dejar al irnos el importe de lo consumido junto con una nota de agradecimiento, ¿eh? En cuanto a mí, aunque quizá

ustedes no se den cuenta, estoy tiritando.

—¡Oh, no me extraña! —exclamó Jessie—. ¡Acérquese al fuego! Sí, es una idea espléndida. Dejaremos una nota y pagaremos lo que hayamos consumido. Supongo que es una buena opción. Me refiero a que, si la situación fuera a la inversa y esta fuera nuestra casa, ¿no nos lo parecería?

—Estoy seguro de que sí —respondió Lydia, levantándose de un brinco—. Vamos, traigámoslo aquí. Este lugar es más acogedor que el salón.

La tensión que impregnaba el ambiente se relajó de pronto. Encontraron una mesita en un rincón del *hall* y la colocaron delante del fuego, trasladaron las cosas del té desde el salón y, bajo la influencia del líquido caliente y reconfortante y del pan con mantequilla —había pan ya cortado y cortaron más, aunque no con el cuchillo del suelo—, el ánimo del grupo adquirió nuevos bríos. Lydia, que no le quitaba ojo a Jessie, la cual se recuperaba valerosamente más deprisa de lo que la naturaleza tenía planeado, había decidido que no se hablara más de cadáveres ni de huellas dactilares y mantuvo animada la conversación con un relato subido de tono referente al periplo que habían hecho por la nieve.

—Obviamente, hemos sido una panda de auténticos idiotas —concluyó al tiempo que se servía su segunda taza de té— y estamos metidos en un buen lío, pero en mi opinión somos más afortunados de lo que nos merecemos, y eso le incluye a usted, señor Maltby —añadió en tono admonitorio—. Así que voto por que lo aprovechemos al máximo.

—¿Acaso no es eso lo que estamos haciendo? —preguntó Jessie.

—Sin duda —asintió Lydia—, ¡y seguiremos tal como empezamos! ¡No pienso dejar que nadie me estropee la Navidad!

—¡Eso, eso! —murmuró Thomson.

Mirando de reojo a las dos atractivas mujeres y comparándolas con la compañía que frecuentaba durante sus comidas —y con la que le esperaba al final de su viaje—, no tenía queja alguna. De hecho, siempre que su sistema nervioso pudiera soportarlo —y de eso no estaba seguro, pues le dolía terriblemente la cabeza, aunque el té y el calor de la chimenea le aportaban cierto optimismo—, se le ocurrió que quizá celebraría el eventual descubrimiento de un cadáver para así ver impresas nuevas emociones en los rostros de aquel par de Venus. «En cualquier caso, pensaré en ellas esta noche», decidió con el deliberado arrojo que le conferían sus febriles cavilaciones. Sí, tendría que ser un aeroplano más grande el que se estrellaba en sus fantasías nocturnas. Un aeroplano para dos. Y una casa de campo un poco mayor. ¿Y por qué no una casa barco en los Broads? El aeroplano podía estrellarse cerca de la casa barco, donde él pasaba unas solitarias vacaciones estudiando las aves, por ejemplo, y llevaría a las jóvenes a la casa, les daría su habitación y haría guardia fuera durante toda la noche... ¡Achís!

—¡Ya decía yo que se estaba resfriando! —exclamó Lydia—. ¿Y si ponemos otro leño y sumamos así dos peniques a la cuenta?

David se sentó en un taburete que estaba junto al sofá y, con cuidado, evitó el pie vendado de Jessie cuando se inclinó hacia delante y echó un leño al fuego. Tenía el pie a escasos centímetros de la nariz. Con el fastidio propio de una naturaleza independiente, intentó denodadamente no reparar en él.

—¿Y qué nos cuenta usted? —le preguntó al señor Maltby—. No le hemos oído aún. ¿Cómo ha dado con este lugar?

—Eso, usted bajó del tren antes que nosotros, ¿verdad? —dijo Jessie—. ¡Cuéntenos lo que ocurrió! Intentamos alcanzarle, pero la nieve cubrió sus huellas. ¡Hemos estado muy preocupados por usted!

—¡Oh, no irán a decirme que han salido a buscarme y que soy yo el culpable de que hayan terminado aquí! —exclamó el anciano.

—¡Oh, no! Nos habríamos ido de todos modos, ¿no? —preguntó a los demás—. ¿No se acuerda? Estábamos hablando de marcharnos. Creo que fui yo quien lo mencionó, o quizá no. Ya no lo recuerdo. Y de pronto usted se levantó como si acabara de ver a alguien y también a nosotros nos pareció haber visto a alguien durante un instante. ¡Y dijimos que a lo mejor era Carlos I! ¡Oh! —Se volvió hacia el acompañante—. ¿Era usted?

—¿Yo? ¡No! —exclamó este—. ¡Yo no iba en ese tren!

Lo dijo con una sorprendente vehemencia. El señor Maltby puso fin a un breve silencio al comentar:

—Me encontré con nuestro amigo... ¿con el señor...?

Hizo una pausa, invitándole a hablar.

—¿Eh? —balbuceó el hombre.

—Algunos de nosotros nos hemos presentado —dijo el anciano—. Mi nombre es Maltby. ¿Podemos saber cuál es el suyo?

—¿Por qué no? Smith.

—Gracias. Ahora sabremos por fin qué escribir en nuestras postales de Navidad. Me he topado con el señor Smith ahí fuera. De hecho, casi hemos caído uno en brazos del otro. Al principio pensé que quizá era la persona a la que he visto bajar del tren, pero al parecer me he equivocado. ¿Cómo se ha visto sorprendido por este clima tan espantoso, señor Smith?

—Bah, nada especialmente interesante.

—Pues a nosotros nos interesa saberlo —insistió el anciano.

—Había salido a dar un paseo —dijo Smith.

—Vaya.

—Por ahí, y se ha puesto a nevar y me ha pillado la tormenta, como a ustedes.

—¿Adónde iba?

—¿Cómo?

—Nosotros intentábamos encontrar otra estación —intervino Jessie.

—Eso es. Yo también —respondió Smith.

—¿Otra? —murmuró el señor Maltby.

—¿A qué se refiere? —preguntó Smith—. A ver si no puedo salir a buscar otra estación sin pedir permiso...

—Disculpe —le interrumpió el señor Maltby—. Simplemente me ha extrañado que, como no iba en nuestro tren, buscara otra estación...

—¡Yo no he dicho «otra»! ¡Ha sido ella! —replicó el tipo, señalando a Jessie con un movimiento de la cabeza.

—Vuelvo a disculparme. ¿Y qué estación buscaba?

—¿Cómo?

—Quizá fuera la misma que buscábamos nosotros.

—¿Cuál era la suya?

—Hammersby —dijo Jessie.

—Eso es. Ammersby —asintió Smith.

El anciano frunció levemente el ceño.

—De hecho, es Hemmersby —murmuró.

El ambiente había vuelto a tensarse. De repente, Smith se giró hacia el señor Maltby y exclamó:

—Bueno, y ahora que ya sabe lo mío, ¿qué pasa con usted? Ya le he dicho que no tengo nada interesante que decir, pero a lo mejor usted sí.

—Sí, de hecho así es —respondió el señor Maltby—. Muy interesante. Cuando bajé del tren... —Se interrumpió. Luego paseó la mirada de Smith a Jessie y de esta a Lydia—. Por cierto, no me he tomado aún mi segunda taza de té.

—No me ha devuelto la taza —respondió Lydia—. Gracias. Pero ¿cuando bajó del tren?

—He cambiado de parecer —respondió—. No es momento de contar historias de fantasmas.

—¿Y cuándo lo es?

—Quizá esta noche, si aún seguimos aquí y si estamos de humor para ello.

Smith se levantó de un brinco.

—Yo no seguiré aquí y tampoco estoy de humor —exclamó—. Hasta luego. Y gracias por el té, señorita.

Se dirigió hacia la puerta principal.

—Un momento —le gritó el señor Maltby—, se le ha caído el billete. —Smith se detuvo al tiempo que Maltby le tendía el billete de tren—. De Euston a Manchester.

—No es mío —gruñó el hombre.

Completó la distancia hasta la puerta y la abrió de un tirón. La nieve caía delante de él desde el asfixiado crepúsculo. Pero hubo algo más aparte de la nieve: el eco de un grito ahogado.

—¡Hola! ¡Ayuda!

El hombre salió como una exhalación y David corrió tras él.

## V

### Noticias del tren

Lo primero que hizo David al salir por la puerta principal fue toparse contra un montón de nieve. Durante un instante a punto estuvo de ahogarse mientras un sinnúmero de pequeñas bolas heladas le invadían la espalda como si le bombardearan desde el cielo en silenciosas ráfagas. Luego salió como pudo al exterior y aguzó el oído, a la espera de que el grito se repitiese. Ya había perdido la orientación, pues lo único que alcanzaba a ver era una confusa serie de primeros planos de copos de nieve que prácticamente le cegaban.

Durante los cuarenta y cinco minutos que había estado en la casa, el tiempo había empeorado sobremanera. La nieve le golpeaba desde todas partes, cubriéndolo de blanco. Habría retrocedido de inmediato de no haber sabido que en algún lugar de aquel torbellino había un hombre cuya situación era aún peor que la suya. Aunque la posibilidad de encontrarlo si su grito desesperado no llegaba a repetirse se le antojó cruelmente imposible.

—¡Ayúdenme! ¡Que alguien me ayude! ¡Dios mío!

Pese a que la voz sonaba lejos, estaba cerca. Se dirigió dando tumbos hacia su origen y de pronto cayó de bruces. El montón de nieve sobre el que se había caído se movió. Dos figuras se levantaron allí donde solo una acababa de caer.

La segunda figura era el viejo pelmazo.

Llevaba la cabeza descubierta y estaba azul y con signos de congelación. Intentó hablar, pero fracasó en su empresa. En la nieve fundida alrededor de sus ojos de mirada fija había algo sospechosamente parecido a las lágrimas. El mismo hombre que había despreciado la nieve inglesa había recibido su justo merecido.

—¡Vamos! —gritó David, rodeándolo con el brazo.

Agarrados grotescamente el uno al otro, dieron la vuelta e iniciaron el regreso tambaleándose. El pelmazo se cayó en dos ocasiones y en la segunda se llevó a su rescatador con él. Cuando por fin estuvieron de nuevo en pie, se dieron de bruces con una forma femenina que estaba plantada delante de ellos.

—¡Vuelva, idiota! —graznó David—. ¿Hacia dónde?

—¡Desde luego no hacia donde van, pedazo de estúpido! —replicó Lydia.

Los condujo de regreso a la casa. Ya en el *hall*, se desplomaron los dos entre jadeos.

—¿Y bien? ¿Qué tal si vamos ahora a Dawson City? —jadeó David.

El pelmazo no respondió. Incluso en el caso de que hubiera sido físicamente

capaz de hablar, su desconcertado cerebro no habría podido dar ninguna orden a su lengua. Siguió desplomado en la gran butaca donde lo habían depositado, con los ojos clavados en el techo y la cara convertida en un caos de nieve que iba fundiéndose con el calor. El hombre, que en su mejor versión distaba muy mucho de ser atractivo, mostraba en ese momento un aspecto repugnante y estaba por el momento demasiado afligido como para que eso le importara.

—¡Esta casa se está convirtiendo en un hospital! —le susurró Lydia al señor Maltby.

El anciano no la oyó. Miraba a la puerta cerrada de la entrada. El viento arreció, envolviendo la casa con una música triste y golpeteando periódicamente contra las ventanas, como intentando entrar. De pronto, incapaz de seguir soportándolo, Lydia cruzó la semioscuridad hacia una lámpara y la encendió. La iluminación dejó al descubierto una extraña escena: un hombre enfermo; dos hombres exhaustos, cuya recuperación progresaba a ritmos distintos, aunque no todo lo rápido que era de esperar; Jessie Noyes, con el pie vendado y debatiéndose contra un nuevo arrebato de miedo; la propia Lydia, ceñuda y tensa, y por último el anciano, que seguía sin apartar la vista de la puerta cerrada.

—¿Qué ocurre? ¿Oye algo? —preguntó Lydia.

—Oigo muchas cosas —respondió el señor Maltby—. Pero al que no oigo es a nuestro amigo Smith.

—No. Se ha marchado. Y mejor así —dijo David.

—De buena nos hemos librado, si efectivamente se ha ido —replicó el señor Maltby—. Debemos suponer que ha logrado su objetivo allí donde los demás fracasaríamos. —Se encogió levemente de hombros y se volvió hacia la adición más reciente, que seguía instalada en la butaca—. Cuando haya recobrado el aliento, nos gustaría que nos contara su historia, señor. Mientras tanto, y a fin de ahorrarnos sus inevitables preguntas, aquí va la nuestra. Nos hemos perdido. Hemos llegado a esta casa por casualidad. La necesidad nos ha empujado a entrar y es también la necesidad la que nos retiene aquí. Y al parecer no hay en la casa nadie aparte de nosotros.

—Entonces ¿cómo demonios han entrado? —logró por fin balbucear el pelmazo.

—La puerta no estaba cerrada con llave.

El pelmazo miró en derredor y empezó a reparar en el espacio en el que se encontraban.

—Vaya, ya veo que se han puesto cómodos, ¿eh? —preguntó.

—Del todo —respondió el anciano—. ¿Le apetece una taza de té?

—¡Santo cielo! ¿Puedo? —Lydia le sirvió una taza y el pelmazo se la bebió demasiado rápido y se atragantó—. Supongo que nadie podría traerme una toalla.

Esta vez fue Thomson quien se encargó y fue a buscar una a la cocina.

—¿Y a qué hora quiere que le lleve el agua para el afeitado por la mañana? —preguntó Lydia.

Mientras se limpiaba la cara, el pelmazo se detuvo y la miró con recelo.

—Me alegra que se lo tome usted a broma —masculló.

—La ocurrencia es sin duda una clara muestra de autodefensa —intervino David—. Como recordará, Tommy contaba chistes en las trincheras. O... ejem... ¿no lo recuerda?

—Diría que me acuerdo mejor que usted, joven —replicó el pelmazo, dando muestra de incuestionables signos de recuperación entre el té y la toalla. No mencionó que su especialidad durante la guerra había sido el reconocimiento de munición por su sonido—. Aunque me temo que mi sentido del humor no esté en su mejor momento. He pasado por un auténtico infierno.

Miró a Jessie, como si la joven fuera su única fuente de compasión. Una auténtica belleza, la rubia... una alegría poder llegar a conocerla...

—Sí, ¿puede hablarnos de la hora? —preguntó el señor Maltby—. Sentimos curiosidad por saber el motivo por el que finalmente ha abandonado el tren.

—Fueron ustedes los que se marcharon, no yo —respondió el pelmazo.

—Y no nos felicitó por ello —apuntó David—. Creo recordar haber recibido de usted una observación ofensiva.

—¿Pretende iniciar una discusión, jovencito?

—Si sigue llamándome «jovencito», sin duda iniciaré una discusión. Le ruego que recuerde que también nosotros hemos pasado por una pesadilla, además de haber vivido el mal trago de haberlo rescatado de un ventisquero.

—De acuerdo, de acuerdo, disculpen —gruñó el pelmazo—. Todos hemos pasado un mal rato. Y, si quieren que les diga la verdad, bajé del tren para escapar de otra pesadilla.

—¿Por qué? ¿Acaso el tren se incendió?

—No.

—¿Qué ocurrió?

—Quizá podría contárselo si no me interrumpieran cada vez que hablo.

—Disculpe.

—No se preocupe. —Se volvió hacia el señor Maltby—. ¿Por casualidad llegó a asomarse al compartimento contiguo al nuestro?

—¿A cuál se refiere? —inquirió el señor Maltby—. Había dos. ¿El que estaba detrás de usted?

—¡Sí! ¿Cómo lo ha sabido?

—No lo entendería aunque se lo dijera. No, no me asomé a mirar.

—¿Alguno de ustedes lo hizo?

Negaron todos con la cabeza.

—¡Ah! Bien, eso que se han ahorrado. Al menos... aunque claro, depende de... de la hora en que...

Se interrumpió y volvió a mirar a Jessie, cuyos grandes ojos azules lo observaban con aprensión.

—No sé si debo continuar —masculló el pelmazo.



—Creo que sí —respondió el anciano—. Si bromear es una actitud de autodefensa, también lo es acostumbrarse a las conmociones. Es muy probable que la que usted está a punto de provocarnos no sea la última.

—Ah, ¿de modo que sabe que voy a provocarles una conmoción?

—No hay nada de misterioso en mi percepción de ello.

—¡Quizá incluso sepa cuál es esa conmoción! —exclamó el pelmazo, envarándose repentinamente.

—Mi querido señor —protestó el señor Maltby—, no me mire como si tuviera delante a un asesino, haga el favor. No fui yo quien mató a la persona que viajaba en el compartimento contiguo.

El pelmazo volvió a relajar el cuerpo al tiempo que Jessie contenía un pequeño chillido. El hombre se reclinó bruscamente en la butaca y volvió a secarse la cara con la toalla.

—¿Quién... quién le ha dicho... que han matado a alguien? —jadeó.

—Usted —respondió amablemente el señor Maltby—. Con frecuencia, las emociones muy acusadas convierten en innecesarias las palabras. Se mueven por un camino cada vez más estrecho hasta que, al llegar a su punto álgido, dejan de ser algo personal y adquieren una dimensión universal. Los ocupantes de esta habitación parecemos distintos los unos de los otros cuando lidiamos con pequeñas preocupaciones, pero cuando nos sentimos afectados en lo fundamental, ya sea por el horror, el amor, un dolor demasiado intenso, una felicidad excesiva, somos iguales.

—¿De qué demonios está hablando? —masculló el pelmazo.

—De un homicidio —respondió el señor Maltby—. ¿Quién es la persona a la que han asesinado?

—Ah, no creo que vaya usted a saberlo.

—Si lo supiera no lo preguntaría.

—Bueno, yo tampoco lo sé. Supongo que un tipo cualquiera. Lo encontró el revisor. De hecho, yo estaba en el pasillo cuando vino (me refiero al revisor) y le hice una pregunta, pero no me respondió. Cuando la repetí, él seguía sin responder y de repente vi que miraba fijamente al interior del compartimento, así que lo imité y allí estaba aquel hombre, tendido en el suelo... muerto.

—Escuche, ¿no será mejor que nos cuente luego el resto? —lo interrumpió Lydia, mirando a Jessie, cuyos ojos habían empezado a dilatarse.

Pero fue la propia Jessie quien protestó contra un aplazamiento.

—¿Por qué cree todo el mundo que soy incapaz de aguantar nada? —preguntó—. ¡Lo único que me ocurre es que tengo pinchazos en el pie! ¡Siga, se lo ruego!

—No creo que haya mucho más que decir —respondió el pelmazo—. El hombre estaba muerto y no se puede resucitar a un cadáver.

—¿Llegó a saber cómo lo habían matado? —preguntó el señor Maltby.

—No.

—¿Tiene alguna teoría al respecto?

—¿Es esto un interrogatorio?

—¿Había indicios de forcejeo?

—¡No lo sé! ¡No soy detective!

—Los detectives no son los únicos que tienen opiniones. ¿Qué le pareció al revisor? ¿O qué hizo? Supongo que no se quedarían allí plantados jugando al «Buzz».

—¡Escuche, yo lo único que quiero es olvidarlo! —replicó el pelmazo—. ¿Es que no ve que estoy casi muerto? ¿Cómo voy a saber lo que opinaba el revisor? Lo único que sé es que enseguida tuvimos a una multitud alrededor y que... y que mientras ellos seguían allí, mirando, boquiabiertos, fue a mí a quien se le ocurrió que necesitábamos a un policía.

Su tono se volvió ligeramente triunfal, como si de pronto se hubiera justificado ante un grupo de personas que dudaban de él.

—Entiendo —asintió el anciano—. Y por eso bajó del tren.

—Eso es.

—Mientras nosotros buscábamos una estación de ferrocarril, usted buscaba una comisaría.

—No podría haberlo expresado mejor.

—Aunque mencionó usted la palabra «escapar».

—¿Eh?

—«Bajé del tren para escapar de otra pesadilla». Esa ha sido su frase.

—¿Qué insinúa? —exclamó el pelmazo.

—No sé si estoy «insinuando» algo —respondió ácidamente el señor Maltby—. Lo que sugiero es que cuando contamos una historia de cierta importancia, elegimos las palabras con un poco más de cuidado. Tanto si abandonó el tren para ayudar en la situación como si lo hizo para escapar de ella, eso marca solo una diferencia espiritual, puesto que podemos entender que el resultado material habría sido el mismo en ambos casos, pero cuando se trata de juzgar a un hombre, su punto de vista es más importante que su forma de actuar. Su forma de actuar, señor, a menos, claro está, que el revisor le pidiera que fuera a buscar a la policía, o a menos que exista algún factor vital del que no hemos sido informados, parece haber sido decididamente estúpida.

El pelmazo lo fulminó con la mirada.

—Si se refiere a que ha sido una estupidez enfrentarme a este maldito tiempo... —empezó.

—No, no me refería a eso —lo interrumpió el señor Maltby—. Me refería a que encuentran muerto a un hombre en el compartimento contiguo al suyo y usted abandona corriendo el tren.

—A decir verdad, todos abandonamos el tren —dijo David.

—Gracias —masculló el pelmazo—. ¡Así que todos tuvimos algo que ver en ello y punto final! —Se levantó impetuosamente de un brinco y volvió a sentarse—. Oigan, estoy mareado. ¡He estado a punto de morir sepultado! ¡Como que me llamo

Hopkins que debo de haber pillado una neumonía!

Thomson estornudó.

—Vaya, ¿alguien más enfermo? —inquirió Hopkins.

—Creo que todos terminaremos con neumonía —añadió Lydia—. ¿No es eso acaso lo que ocurre inevitablemente cuando la ropa mojada se seca sobre un cuerpo entumecido? ¡Me siento como si fuera hielo ardiendo!

—¡Yo también! —murmuró Jessie.

—Seguro que sí. ¿Crees que podrías volver a cargarla en brazos, David? Esta vez para llevarla arriba. Y quizá podría encargarse de nuestro equipaje, señor Thomson sin «p». Me trae sin cuidado lo que digan: encontraremos una habitación caldeada y agradable, y ¡nos frotaremos el cuerpo a conciencia hasta que estemos secos!

## VI

### Al son de los estornudos

Minutos más tarde, David bajó la escalera y se encontró al señor Edward Maltby solo en el salón.

La sugerencia que Lydia había hecho sobre ocupar un dormitorio fue rápidamente secundada por el señor Hopkins, que declaró que si las señoras iban a secarse, no había razón alguna para que él no lo hiciera y las siguió hasta el piso de arriba. Acto seguido había sumado un tanto adicional a la impopularidad de su gesto cuando se quedó esperando para ver a qué habitación llevaba David a Jessie y ocupar el dormitorio contiguo. Mientras tanto, Thomson, ansioso por anotarse un buen punto, estornudaba y fregaba los platos en la cocina.

—¿No le tiene miedo a la neumonía, señor? —le preguntó David al señor Maltby.

—Tengo cosas más importantes en las que pensar —respondió el anciano.

—La neumonía puede ser muy importante.

—Sí, sí, aunque menos a mi edad que a la suya. Hay quien cree que ya he vivido demasiado. El señor Hopkins, por ejemplo. Por fortuna, usted y su hermana parecen aguantar estupendamente.

—Oh, estamos bien.

—Es una suerte. Nuestro peculiar grupo necesita que algunos de sus miembros estén en buen estado para que cuiden del resto. Nuestro amigo, el señor Thomson, va a perder la cabeza como siga estornudando así, aunque tampoco es que la ausencia de su cabeza fuera a suponer una gran pérdida en lo que a su utilidad se refiere...

—¡Oh, vamos, señor, está fregando los platos! —intervino David con una sonrisa—. De hecho, creo que debería ir a ayudarlo.

—Le decepcionará si lo hace —replicó el señor Maltby—. El sensible señor Thomson es uno de esos jóvenes necesitados de tanta ayuda que se empeñan en no aceptar ninguna. Está, como usted dice, fregando los platos, y a juzgar por el surtido de ruidos que he oído entre estornudo y estornudo, también los está haciendo trizas. Supongo que deberíamos incluir dos tazas y un plato de postre en nuestra cuenta de gastos. Supongo también que, antes de medianoche, nuestro señor Thomson tendrá una fiebre altísima. Es él quien debería estar en la cama.

—Desde luego, tiene la mirada un poco vidriosa —asintió David.

—Le ocurre lo mismo a la señora que acaba de llevar arriba. ¿Cómo se llama?

—Jessie Noyes.

—Es probable que también ella tenga fiebre. No estoy tan seguro en el caso de la

última víctima, el señor Hopkins. A mi juicio, ese individuo tendrá fiebre si así lo desea, y solo así. No hay duda, tengo fiebre. Joven... Disculpe, ya sé que no le gusta que le llamen «joven».

—No si quien lo hace es el señor Hopkins —apuntó David.

—Gracias. —El señor Maltby sonrió—. Personalmente, me gustaría que cualquiera me llamara «joven». Aun así, evitaré la expresión por si se venga usted de mí llamándome «viejo».

—Mi nombre es David Carrington.

—Bien, señor Carrington, nos hemos conocido en una situación extraordinaria y es justo eso lo que me lleva a no prestar atención a mi fiebre. Lamento haberme perdido a Carlos I, pero ¿sabe una cosa? Me parece igual de interesante el anciano de la pared. De hecho, toda esta casa me parece interesante, aunque hasta el momento apenas haya podido verla... allá va otro estornudo, y otra taza... sí, y estoy del todo dispuesto a contraer una neumonía o cualquier otra enfermedad para descubrir su secreto.

—¿Secreto? —repitió David.

—¿No está de acuerdo conmigo en que tiene uno? —preguntó el señor Maltby.

—¿Se refiere a lo de que no hubiera nadie y todas las chimeneas estuvieran encendidas?

—¿Es eso todo?

—No. El cuchillo del pan en el suelo.

—¡Muy importante! Aunque, claro, puede que sea... ¿Y eso es todo?

David frunció el ceño.

—Creo que nos entenderíamos mejor si fuera usted un poco más explícito, señor —dijo.

—Opino lo mismo, señor Carrington —respondió el señor Maltby—, pero solo puedo ser explícito con una condición.

—¿Cuál?

—Que no comente lo que le diga sin mi permiso.

David vaciló.

—No me gusta prometer a ciegas —dijo.

—Ni a mí exigirlo —respondió el señor Maltby—. No está usted en la obligación de hacerlo.

—¿Eso quiere decir que no sabré lo que tiene que decirme si no lo hago? —El anciano negó con la cabeza—. De acuerdo, lo prometo. No, espere un momento. ¿Por qué tengo yo este privilegio?

—Porque quizá necesite ayuda antes de que nos vayamos de este lugar. Puede que necesite a alguien con quien hablar... con quien pensar en voz alta. Usted me parece la mejor opción.

—Gracias. De acuerdo, trato hecho.

El señor Maltby recorrió despacio el *hall*. En el curso de su pequeño *tour* abrió

puertas, miró escalera arriba y regresó a la chimenea. Luego dijo:

—Acaba usted de enterarse de que ha ocurrido una tragedia en el tren.

—Todos lo acabamos de saber —respondió David.

—Fea tragedia. Que nos afectará incómodamente. Pero la tragedia del tren no es la única. Oh, no. —Giró la cabeza y miró al cuadro que colgaba encima de la repisa de la chimenea. La figura retratada parecía estar escuchando a la figura de carne y hueso—. Hay otra tragedia, y puede que esa vaya a afectarnos de un modo aún más incómodo. Verá: estoy convencido de que el horror del tren, por muy grande que pueda llegar a ser, puesto que hasta el momento poco es lo que conozco al respecto, no será comparable al que anida aquí, en esta casa. Dígame, señor Carrington, ¿le estoy agobiando con mi dramático parloteo o siente usted el horror que habita en esta casa?

—Yo... no estoy seguro —respondió David sin demasiada convicción.

—¿Debo aceptar su respuesta?

—No.

—Inténtelo de nuevo.

—Sí, lo siento.

—Lo sabía —respondió el señor Maltby—. Todos lo sentimos, aunque no con la misma intensidad ni del mismo modo. Quizá haya en este momento una excepción. El señor Hopkins. Hasta ahora apenas ha sentido nada más allá de su propia desgracia. Pero también él lo sentirá a su debido tiempo, a pesar de todas sus muestras de desprecio. No me extrañaría que fuera el primero en derrumbarse. En cambio usted... Su mente se está rebelando contra todo esto —le desafió de pronto el anciano—. En este momento se está diciendo: «¡Bah, bobadas! ¡Son solo los nervios! Me estoy dejando influenciar por este viejo estúpido y metemiedo del señor Maltby». Examinemos pues esa teoría para desestimarla. ¿Empezó a percibir algo extraño en esta casa después de mi llegada o antes?

—Antes —reconoció David.

—En ese caso, no puedo ser yo el responsable.

—Eso parece.

—¿Cuándo lo percibió por primera vez?

—Supongo que en cuanto entré.

—¿Fue una sensación general o hubo algo en particular que le llamó la atención?  
Excluiremos objetos como el cuchillo del pan.

—Sí, hubo algo.

—¿Qué?

—No creo que vaya a servir de nada decírselo, puesto que al parecer lo sabe usted todo de antemano.

—De todo lo que hay que saber, es poco lo que sé de antemano. ¿Qué fue lo que le llamó la atención?

—El cuadro que está encima de la repisa de la chimenea.

—¿En qué sentido le atrajo?

—No lo sé. Lamento que mi respuesta no sea satisfactoria.

—¿Me permite una sugerencia?

—Por favor, adelante.

—¿Le llamó la atención que el tipo del cuadro le estuviera observando?  
¿Escuchándole?

—¡Pero eso es ridículo!

—Una absoluta estupidez. Bien, ¿qué más le llamó la atención? Cuando llegué, usted bajaba por la escalera. Vislumbré su rostro durante un instante. No me pareció feliz.

—Estaba un poco conmocionado.

—¿Sí?

—Cuando me vio descender la escalera, no era la primera vez que había subido. La vez anterior había estado echando un vistazo al piso de arriba y había encontrado una puerta cerrada con llave. La habitación que está en el último piso. Estaba preocupado, porque me había parecido oír ruido dentro, pero nadie contestó cuando llamé.

—¿Qué tipo de ruido?

—Nada muy claro. Alguien que se movía, o esa fue mi impresión. Y después, silencio.

—¿Llegó a alguna conclusión?

—Mentiría si dijera que sí.

—Claro. ¿Intentó mirar por el ojo de la cerradura?

—La llave estaba puesta por el otro lado.

—Bien. Esa fue la primera vez.

—Sí. Y la segunda vez...

—No, espere un poco —le interrumpió el señor Maltby—. ¿Me lo ha contado todo sobre la primera vez? ¿Cuánto rato estuvo allí? ¿Se repitió el ruido? Siempre he sido partidario de saber cuanto antes todo lo que haya que saber, así no hay que volver a ello.

—Estoy de acuerdo con usted en que es un buen plan —respondió David, hallando algo de consuelo en el rigor del anciano—, aunque en este caso nos sirva de poco, puesto que se lo he contado todo.

—Al contrario, señor Carrington. No ha respondido usted a mis preguntas específicas.

—Cierto. Estuve allí medio minuto aproximadamente y el ruido se repitió. No, un momento... Ya que estamos siendo tan meticulosos, le he contado dos cosas en el orden incorrecto. No oí ningún ruido hasta que llamé a la puerta. Luego llegó el movimiento rápido y débil. Y después, silencio.

—Gracias. Y ahora vamos a la segunda vez que subió.

—Sí, la segunda vez —dijo David—. La puerta no estaba cerrada con llave la

segunda vez. Entré en la habitación, una especie de buhardilla, y la encontré vacía. Por eso me quedé tan conmocionado.

—Naturalmente —asintió el señor Maltby—. ¿Sacó alguna conclusión esa vez?

—Solo que... que quienquiera que hubiera estado antes en esa habitación se había marchado y estaba... en otra parte de la casa.

—No necesariamente.

—¿Qué quiere decir?

—La ventana parecía cerrada, de lo contrario se le habría ocurrido.

—Ah, entiendo. Sí, estaba cerrada, así que no se me ocurrió.

—¿Examinó la ventana?

—No, no lo hice.

—Creo que cuando la examine la encontrará cerrada, aunque no con pestillo. Quizá ni siquiera esté cerrada del todo. Puede que descubra...

—Oiga —le interrumpió David—, si la persona salió por la ventana, ¿para qué iba a preocuparse de la puerta?

—Quizá intentó abrir primero la puerta, luego cambió de idea y optó por la ventana —replicó el señor Maltby—. Obviamente, es imposible responder a su pregunta sin tener algún conocimiento de la persona (que suponemos es un hombre) y de su actitud mental. Debemos registrar la casa con detenimiento y asegurarnos de que esa persona no esté escondida en alguna otra parte. Mi teoría, sin embargo, se inclina por la ventana. Por cierto, ¿qué le ha parecido nuestro amigo, el señor Smith?

—¿Smith? ¿El tipo que ha entrado con usted? —preguntó David.

—Quizá tenga usted razón al preguntarse por su apellido —apuntó con sequedad el señor Maltby—. Pero, a falta de otro, tenemos que usar ese.

—No me ha causado una buena impresión, la verdad —dijo David—. Ni a usted.

—Siento no haber disimulado mi antipatía. No, no me ha causado una buena impresión. ¿Sabe que viajaba en el tren?

—Eso he deducido.

—Sí, qué mala suerte que se le haya caído el billete. Bien, el señor Smith viajaba en nuestro tren, hecho que ha negado categóricamente, ¿cuál supone usted que sería el motivo?

David no respondió enseguida. El único motivo que se le ocurría era muy desagradable y, mientras pensaba en ello, alguien salió de la cocina que estaba al fondo del salón. Thomson había concluido sus desastrosas operaciones en el fregadero.

A pesar de las pequeñas manchas raras en sus mejillas, estaba más pálido que nunca ya que estas acentuaban el blanco que las rodeaba. Además tenía los ojos vidriosos.

—¡Hola de nuevo! —exclamó con una especie de velado intento de mostrarse animado.

Se quedó durante unos instantes apoyado sobre un pie y luego se sentó en la silla



más cercana. Era una silla muy dura, con el asiento y el respaldo de madera pulida y oscura. Parecía tan incómodo como lo estaba realmente.

—Es un detalle por su parte haber fregado todos los platos —dijo David.

La llegada de Thomson había interrumpido temporalmente la conversación. Era como un poco de arenilla que se hubiera colado en un motor que hasta el momento había funcionado a la perfección.

—Oh, no tiene ninguna importancia —respondió—. Me gusta fregar la vajilla. En fin, ya me entiende: si hay que hacerlo.

Las manchas rosas ganaron en intensidad. No quería que nadie creyera que tenía el alma tan pequeña que el simple placer de fregar los platos la colmaba. Por otro lado, no era su intención dar a entender que había sido un mártir. Es curioso como a veces se nos ocurren las palabras correctas y otras parecen estar a kilómetros de nosotros. En ese momento, muchas cosas le parecían a Thomson estar a kilómetros de distancia. De hecho, casi todo salvo el fuego, que estaba demasiado cerca.

—¿Hace más calor? —preguntó.

Antes de que nadie pudiera responderle, empezó a estornudar. Fue su ataque más largo.

—Siete —murmuró con una sonrisa triste—. Debe de ser un récord. En realidad no, claro. Recuerdo a un tipo que estornudó dieciséis veces. Alergia. ¡Achús!

Cuando Thomson surgió de su octavo estornudo, sus ojos vislumbraron algo azul. Era el azul de un salto de cama. La visión le confirió una extraña sensación de paz, aunque también unas repentinas ganas de llorar. Naturalmente, no debía hacerlo. ¡Eso terminaría con él!... ¿Calor? ¿Había dicho que hacía calor?

El señor Maltby y David se miraron y después se volvieron hacia Lydia, que estaba en la escalera.

—Este joven enfermará si no cuidamos de él —murmuró el señor Maltby.

—¿Lo llevo también a la cama? —preguntó Lydia.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Estoy bien! —jadeó Thomson al tiempo que la habitación se movía a su alrededor—. Es que a veces me dan ataques de estornudos. Son alérgicos. No tienen importancia.

—Yo me hago responsable de esto —dijo el señor Maltby—. ¡Métenlo bajo las mantas en algún sitio!

Instantes más tarde, Thomson se encontró acompañado escalera arriba por la Chica Más Guapa del Mundo. Lydia lo sujetaba del brazo... Estaba junto a él... ¡Bah, bobadas!...

—Lo único contra lo que es inútil luchar, señor Carrington, es contra lo inevitable —apuntó el señor Maltby—. Creo que estábamos hablando del señor Smith.

En ese momento la puerta principal se abrió de golpe y el objeto de su conversación entró tambaleándose.

## VII

### El regreso de Smith

Smith no ofrecía un buen aspecto Su tosco traje estaba cubierto de nieve derretida y medio fundida y el pelo, que no cubría con ningún sombrero, le goteaba sobre la frente estrecha y llena de arrugas. Al parecer los labios eran la única parte seca de su anatomía, puesto que antes de que hablara apareció su lengua para humedecerlos. Esto dejó a la vista que le faltaban algunos dientes.

—Aquí estoy otra vez —dijo secamente tras un breve silencio—. ¡Dios, menuda nochedita!

—¿La meteorología ha podido con usted? —preguntó con voz queda el señor Maltby.

—Ya le digo —respondió el hombre—. ¡Está peor que nunca!

—¿Qué tal si cierra la puerta para mantenerlo lejos? —sugirió el señor Maltby.

Smith se volvió y cerró la puerta. Luego miró hacia el fuego, se acercó a la chimenea y extendió las manos.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó David, quebrando el nuevo silencio—. Creíamos que se había marchado para siempre.

—Y yo, pero me equivoqué —replicó Smith—. ¡Pruebe usted a ver!

—Es obvio que usted ya lo ha hecho.

—¿Eh?

—Creo que el señor Carrington quiere decir que ha desaparecido usted muy de repente —aclaró el señor Maltby.

—Pues claro que sí —respondió Smith—. ¡Uno desaparece en cuanto sale ahí fuera!

—¿Ha oído el grito de socorro?

—¿Eh? No. ¿Qué ha sido?

—No ha hecho el menor esfuerzo por averiguarlo.

—Oiga, socio —exclamó Smith, frunciendo el ceño—. ¡Ya tuve bastante antes! No he vuelto para responder a un montón de preguntas. Ni que estuviera en el banquillo de los acusados. He regresado para calentarme, como ustedes. ¿Está claro? —Volvió a extender las manos y se las frotó—. ¿Quién pedía ayuda?

—Si no responde a nuestras preguntas, no tenemos ninguna obligación de responder a las suyas —dijo el señor Maltby—. Aunque será mejor que lo sepa. Era alguien del tren...

—¿Eh?

—Ya le hemos dicho que venimos de un tren.

—Sí, ya lo sé. Y yo. Y este era otro, ¿eh? ¿Y qué problema tenía?

—El mismo que usted.

—¿Cuál?

—El tiempo. Se ha visto de pronto enterrado en la nieve y hemos tenido que sacarlo.

—¡Ah! Bueno, ¿y dónde está? ¿Y los demás? Había más la otra vez, ¿no?

—Están arriba, secándose —le dijo David.

—¿Arriba? —repitió Smith mirando hacia la escalera—. Vaya, mira tú por dónde. A mí tampoco me iría mal secarme un poco.

Hizo un vago movimiento hacia la escalera, pero el señor Maltby, que lo había estado observando atentamente, se interpuso con una sonrisa.

—Las señoras arriba, los hombres en la cocina —dijo—. ¿Me sigue? —Como Smith no parecía haber entendido, continuó—: Las señoras necesitan privacidad.

—Si vemos algo que supuestamente no deberíamos ver, siempre podemos desviar la vista, ¿no? —masculló Smith.

—Sin duda —respondió el señor Maltby con aspereza—, aunque creo que con la mayoría no es tan fácil como parece. —Entonces, de pronto, la actitud del señor Maltby cambió. Se rio afablemente y le dio una palmadita en el brazo a Smith—. Si los Hados han decidido que pase usted aquí la Navidad, será más que bienvenido, siempre que entienda que esta es una situación cuando menos peculiar y que todos debemos mostrar un espíritu de camaradería. Quizá yo no haya sido el mejor ejemplo. Me ha acusado usted de hacer demasiadas preguntas. Acháquelo a... a los nervios naturales de un hombre mayor y empecemos de cero.

Le ofreció la mano. Smith parecía perplejo, pero aceptó sin ningún entusiasmo la mano que Maltby le tendía e instantes más tarde entró en la cocina arrastrando los pies.

—Política, señor Carrington —murmuró el señor Maltby, casi disculpándose—. Simple política. Hay que aplacar a nuestro amigo pues es evidente que el Destino quiere que pase con nosotros la Navidad.

—La Navidad no es hasta mañana —apuntó David.

—Cierto, quizá soy excesivamente pesimista —reconoció el señor Maltby—. Sin embargo, sea cual sea el tiempo que el señor Smith esté con nosotros, no queremos que se sienta demasiado incómodo. El león salta cuando cree que lo atacan.

—¿Entonces...?

—Sí.

David miró hacia la cocina.

—¿No atacamos al señor Smith?

—No hasta que estemos seguros de que el ataque será un éxito.

—Mientras tanto, ¿estamos realmente seguros de que él no atacará?

—Estoy convencido de que no lo hará sin motivo, por eso intento deshacerme del

motivo. Eso no significa que dejemos de vigilar al señor Smith —añadió—. De hecho, estoy casi decidido a encomendarle que se encargue personalmente de ello mientras yo subo a echar un vistazo a esa buhardilla.

—¡Muchas gracias!

—De nada. Si el señor Smith vuelve antes que yo, manténgalo ocupado y sea amable con él. ¿Dónde está exactamente la puerta que encontró cerrada con llave?

—En el último piso. Solo hay una.

El anciano fue hacia la escalera y se detuvo a medio camino.

—Por supuesto, se habrá fijado en lo ansioso que estaba el señor Smith por subir —dijo—. Supongo que lo habrá notado.

—También he notado lo ansioso que estaba usted por no permitir que subiera —respondió David—. ¿Cree que su intención era subir a la buhardilla?

—Nunca pienso en aquello de lo que estoy convencido. Obviamente pretendía subir allí. Es incluso posible que haya sido la buhardilla, además del mal tiempo, claro está, la que lo haya traído de vuelta, aunque de eso no estoy seguro. El señor Smith ya ha estado en una ocasión en la buhardilla y es solo un formalismo comparar, si es que puedo hacerlo, las huellas dactilares que encuentre allí con las suyas, en especial las del alféizar de la ventana.

—¿No estará diciendo que...? —empezó David, y se calló de golpe.

—¿Que no fue usted el primero que entró en esta casa desierta? —dijo el señor Maltby—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo, sí. El señor Smith fue el primero. Estuvo en la buhardilla y salió por la ventana. Dentro de un minuto espero estar en disposición de contarle cómo lo hizo. Y después volvió a entrar en la casa conmigo. Esta, según mis cálculos, es su tercera visita.

—¡Espere un momento! —David volvió a mirar hacia la cocina antes de acercarse corriendo al anciano—. ¿Cree que Smith cometió el asesinato del tren? —preguntó, bajando la voz.

—¿Qué cree usted? —replicó el señor Maltby.

—Creo que deberíamos intentar sacar a las mujeres de aquí —dijo David.

—Solo hay una argumentación contra eso —respondió el señor Maltby—. Su absoluta imposibilidad. Pero Smith no es nuestro mayor problema, señor Carrington. A fin de cuentas, es de carne y hueso. Podemos encargarnos de él.

## VIII

### En una cama con dosel

—¡Tenemos a uno más en cama! —exclamó Lydia—. ¿Quién será el siguiente?

Jessie Noyes, que era una de las que había tenido que acostarse, apartó la vista de su diario para mirar a Lydia, que en ese momento entraba en la habitación. Cuando Lydia la interrumpió, Jessie se había acordado justo un par de minutos antes del consuelo que le prestaba su diario y apenas había podido escribir: «Este es el día más extraño de mi vida, sin contar la vez que aquel ladrón entró en mi habitación y terminamos leyéndonos mutuamente la buena fortuna». Tras ocultar el diario debajo de la almohada, Jessie respondió:

—¡Espero que no sea usted! ¿Cómo está el señor Thomson?

—Cada vez le sube más —respondió Lydia.

—¿Se refiere a la fiebre?

—Sí. Me temo que el señor Thomson no va a pasar una Navidad demasiado agradable.

Se acercó a la ventana, descorrió la cortina y miró por los cristales diamantinos la lucha que al otro lado del cristal libraban el blanco y el negro. Vencía el blanco, aunque el negro conseguía extender sus tenues sombras sobre el campo de batalla.

—Y la capa de nieve no deja de aumentar —comentó Lydia, corriendo con brusquedad la cortina y volviéndose para mirar la imagen más agradable de una habitación con vigas de roble, techo de madera vista y una cama con dosel iluminada por la luz del fuego que ardía en la chimenea—. ¡Probablemente mañana nos despertaremos sepultados!

—Si no hubiéramos encontrado este lugar, quizá ni siquiera nos hubiéramos despertado —añadió Jessie sagaz.

—¡Cierto! Gracias por su comprensión. Aun así, resulta extraño. Pero hay otro «y si». —Miró su pequeño reloj de pulsera de oro—. Sí, si nuestro tren no hubiera pasado a mejor vida, en este momento David y yo estaríamos entrando en una gran casa llena de gente, de acebo y de muérdago, con tiendas, autobuses y un cine a la vuelta de la esquina. Y un hombre corpulento con un hirsuto bigote estaría gritando: «Hola, Lyddie, ¿no le das un beso a tío Bill?». —Se rio antes de continuar—. Bueno, no podemos conseguir las tiendas, los autobuses ni los cines aquí, ni tampoco el beso de tío Bill, que aquí, entre nosotras, me importa un bledo, pero sí tendremos los adornos navideños. ¡Es una promesa!

—No veo cómo.

—Ya encontraré la manera. Como ya he dicho, ¡nadie va a estropearme la Navidad!

Jessie sonrió débilmente. El sólido entusiasmo de Lydia calentaba más que el fuego.

—Por supuesto, no debemos olvidar que esta no es nuestra casa —murmuró la corista.

—Querida, después de las libertades que nos hemos tomado, ¡los adornos no serán más que un pequeño detalle sin importancia! En cualquier caso, no sé lo que usted opina, pero mi sentido de lo que está bien y lo que está mal se encuentra en este momento totalmente embarullado y con la moral por los suelos. Parecemos haber caído en una especie de... ¿cómo decirlo? ¿Corriente? Y esa corriente nos lleva a su merced, de modo que ¿para qué preocuparse? —No obstante, un último destello de preocupación la llevó a armar su defensa—. ¿Acaso pudimos evitar la ridícula ventisca que detuvo el tren? ¡No! ¿Pudimos hacer algo para evitar perdernos? No...

—Podríamos habernos quedado en el tren.

—¡Habernos ido no nos convierte en criminales! Y luego lo de su accidente, y el riesgo de neumonía, y la acuciante necesidad de sentir el té en nuestro interior y de secarnos con las toallas (teníamos que secarnos, ¿no?), y la fiebre del señor Thomson, y la imposibilidad de ir a ninguna otra parte, y el hecho de que no hubiera aquí nadie que dijera «sí» o «no» a nuestras razonables peticiones. De todos modos, sí hay algo de lo que estoy totalmente segura: mover al señor Thomson sería un homicidio. ¡Hasta le he dado una bolsa de agua caliente!

—Supongo que no hay modo de conseguir que venga un médico —preguntó Jessie.

—Ninguna esperanza —respondió Lydia—. Incluso en el caso de que en la casa hubiera teléfono, el médico jamás podría llegar hasta aquí. Me pregunto cómo estarán abajo. ¿Le importa si la dejo sola unos instantes y voy a ver?

—¡Por supuesto que no! Estoy bien.

—Ahora vuelvo.

De nuevo sola, Jessie se reclinó sobre la almohada durante un rato y se quedó mirando la bóveda de color rosa pálido que tenía encima. Hasta la fecha nunca había estado en una cama con dosel y la sensación le resultaba bastante singular. Al principio fue amable. Sintió que se sumergía en un pasado fácil y amigable en el que la lucha por la comida —a menudo una batalla muy sórdida— no existía. La nieve se disolvió con los recuerdos. Afuera había un paisaje soleado; dentro, la placidez y el ritmo lento.

Entonces, poco a poco, la placidez fue desapareciendo y un temor extraño empezó a invadirla. Jessie lo achacó a opresiones de índole natural: el pie ligeramente dolorido, la tensión por la que había pasado, la preocupación por la oportunidad perdida de un contrato y la dificultad de que surgiera otra, y los gruñidos y las toses ocasionales de ese hombre tan desagradable que ocupaba la habitación contigua. Sin

embargo, ninguno de esos motivos parecía encajar con su nuevo estado de ánimo. Era un temor al que no podía atribuir ninguna causa coherente y que creció hasta provocarle un definitivo dolor de estómago. De pronto, se sentó en la cama, presa de un terror aprensivo y sin nombre. Sentía como si las paredes y los postes de la cama se cerraran sobre ella...

—¿Qué me pasa? —jadeó, intentando recuperar la normalidad—. ¡Seré idiota!

Su diario asomó por debajo de la almohada y resbaló sobre la sábana hasta ella. Jessie lo cogió, agradecida y reconfortada por su aspecto familiar. Luego siguió escribiendo como si no hubiera sufrido ninguna interrupción:

El tren se detuvo a causa de la nieve y, junto con otros pasajeros, intentamos llegar, cruzando campo a través, a otra estación. Hammersby. No, Hemmersby... en fin, una u otra... pero nevaba de tal modo que nos perdimos y después me desmayé como una estúpida, torciéndome el tobillo, y un joven encantador llamado David Carrington me llevó en brazos hasta la casa en la que estamos ahora y en la que quizá debamos quedarnos hasta que deje de nevar, si es que eso llega a ocurrir. Es curioso, porque aunque aquí no había nadie el té estaba servido y las chimeneas encendidas. Hemos tomado el té y todos han dicho que les parecía bien hacerlo, pero yo no estoy tan segura, aunque obviamente lo necesitábamos. Luego, después de que aparecieran más personas, David C. me ha traído a la habitación en la que ahora estoy. Es un joven muy fuerte y ahora estoy en la cama. Por supuesto, él se ha marchado, aunque no me he desvestido y estoy muy cómoda.

Hizo una pausa. Había escrito las dos últimas palabras casi como un desafío. Continuó pasados unos segundos, decidida a aliviar su conciencia y a propiciar los Hados:

Naturalmente la situación es curiosa. No puede dejar de preocuparme un poco lo que ocurrirá si la familia regresa, aunque es difícil que eso ocurra, y todavía me duele el pie, pero no mucho. Además, algunos de los que están aquí conmigo son muy engorrosos. No me refiero al señor Thomson. Él me da pena. Está en cama con fiebre (en otra cama). Y tampoco me refiero a los Carrington, los dos hermanos; Lydia es un encanto y David es una persona a la que le coges aprecio sin darte cuenta, una persona en la que se puede confiar. Y muy apuesto. Pero hay un anciano (el señor Maltby) que da escalofríos. Es *bidente* (no sé si se escribe así), y hay otro hombre, un tipo vulgar, aunque, a Dios gracias, se ha ido. Pero al que más odio le tengo es al señor Hopkins. Conozco bien a los hombres como él. Nos ha seguido desde el tren contando una historia horrible sobre el asesinato de un viajero y ahora está en la habitación de al lado mientras yo escribo. Sé que la ha elegido a propósito porque yo estoy en esta y seguro que ha mirado por el ojo de la cerradura de la puerta que las comunica. Quiso que me quedara en el compartimento del tren con él, y cuando pienso que si él hubiera tenido un contrato que ofrecirme quizá me habría quedado, a pesar de odiar tener que hacerlo. Me siento horrible por ello. No sé si algún día cambiaré ni si tengo yo la culpa de no hacerlo. Hay que vivir. Hasta el ladrón dijo eso. Me pregunto qué habrá sido de él y si en realidad perdí el broche o si fue él quien lo cogió. Hay que ver, intentas confiar en los demás pero al parecer no siempre se puede, y cuando lo piensas te dan ganas de llorar, aunque, si he de ser sincera, creo que soy tan mala como el...

De pronto el lápiz dejó de moverse. La puerta se había abierto con suavidad y el señor Hopkins la miraba desde el umbral.

—¡Ah, así que esta es su habitación! —exclamó dando muestras de una sorpresa en absoluto convincente.

—Eso parece, ¿no cree? —replicó ella, cerrando bruscamente el diario.

—Creía que era la mía.

—Claro. No se moleste en disculparse.

—No lo he hecho.

—Ya me he dado cuenta. Y no, esta no es su habitación, será mejor que se marche.

El señor Hopkins frunció el ceño. Iba en mangas de camisa y tenía los pulgares encajados en las sisas del chaleco.

—¡No se enfade! —Giró la cabeza y se volvió a mirar al pasillo—. Estamos metidos en un buen lío y tenemos que estar unidos.

—Cuando dice «estar unidos», ¿se refiere a entrar en mi cuarto y no irse cuando se lo pido? —preguntó Jessie.

El señor Hopkins se encogió de hombros, hizo el gesto de marcharse y cambió de opinión.

—¡Oiga! —dijo. Un excitado nerviosismo tiznaba su voz. Había perdido la irritante seguridad que lo había vuelto insoportable en el tren, aunque no por ello resultaba ahora más llevadero—. ¡Estamos metidos en un lío! ¿Se da cuenta? ¡En un lío!

—Sí, claro. Claro que me doy cuenta —respondió ella—. ¡Y si lo descubren a usted aquí será un lío aún mayor!

—¡Nadie va a encontrarme aquí! ¡No soy idiota y entiendo que tampoco usted lo es! En cuanto la vi, supe que era usted una chica lista que sabe lo que le conviene pero que no desea perder la cabeza. La clase de chica que me gusta. Oh, vamos, ¡no ponga esa cara! —añadió apuradamente—. Lo único que sugiero es que... si vamos a estar encerrados en este confuso manicomio durante un tiempo... bueno, un poco de amistad no nos vendría mal a ninguno de los dos, y quizá se vería usted recompensada con un pequeño regalo de Navidad.

Cuando el hombre desapareció, Jessie estaba dividida entre la indignación y la humillante curiosidad por saber qué clase de regalo podría hacerle un hombre como aquel, aunque no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello porque Lydia regresó casi inmediatamente después y su vuelta explicó la repentina partida de señor Hopkins.

—Si está pensando en levantarse —dijo Lydia cerrando la puerta—, yo no lo haría. ¡El señor Thomson y usted no podrían estar en un sitio mejor!

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jessie sin ocultar su inquietud.

—Lo que ha ocurrido es el señor Smith —respondió Lydia—. Ha vuelto. No lo he visto porque él estaba en la cocina, pero me lo ha dicho mi hermano. Estaba solo en el salón.

—¿Dónde estaba el señor Maltby?

—Fisgando por ahí arriba.

—¿Para qué?

Lydia negó con la cabeza, sin ocultar su enfado.

—Querida, a usted y a mí se nos conoce popularmente como «las mujeres». ¡No



tenemos por qué estar al corriente de nada! ¡Acabo de discutir con David por eso!

—¿Quiere decir que él no le ha dicho nada?

—Bueno, me ha contado lo del regreso del señor Smith, pero cuando he empezado a hacer preguntas, se ha cerrado como una almeja. «No te preocupes en absoluto», repetía una y otra vez con ese repugnante tono de voz de «corre-ve-a-jugar-con-tus-cosas». Al final le he dicho: «Si no debo preocuparme por nada, ¿por qué cualquiera que te vea pensaría que todo va mal?». ¿Tiene usted hermanos?

—No.

—No sabe lo afortunada que es usted. Ah, pero David sí me ha dado una noticia. La nieve que está delante de la puerta de entrada ha llegado ya a media altura.

—¡Cielos!

—Sí, estamos lo que se dice «encarcelados». ¡A Dios gracias que la despensa está llena!

—¡Pero no podemos seguir comiéndonos los alimentos de otros! —exclamó Jessie.

—Señorita Noyes —respondió Lydia—, imagine que esta casa es suya y que vuelve usted de la peor tormenta de nieve que se recuerda. ¿Preferiría encontrar su despensa vacía o a siete esqueletos? Si tenemos que ir a prisión por negarnos a cumplir la ley y morir de hambre, ¡iremos a la cárcel!

—Sí, claro —murmuró Jessie. Y de pronto preguntó—: ¿Qué ha pasado con el cuchillo del pan?

—¿El cuchillo?

—Me preguntaba si lo habrían dejado en la cocina.

—Eso espero. No tengo ni idea. Vamos, querida, ¡no nos pongamos macabras! —Sabía lo que a Jessie se le había pasado por la cabeza. No era fácil dejar de pensar en el señor Smith y en la espantosa historia con la que el señor Hopkins había llegado desde el tren. En un intento por cambiar de tema, continuó—: ¡Ah, se me olvidaba! David le manda recuerdos y espera que se encuentre mejor.

Jessie se sonrojó al oír tan agradable mentira.

Se hizo el silencio entre ambas. Lydia se acercó a su maleta y empezó a examinar el contenido. Jessie la observó durante un rato antes de preguntar:

—¿Qué hace?

—Ver qué regalos he salvado del tren.

—Aquí no los necesitará.

—Quizá. Navidad es Navidad, da igual donde una la pase. ¿Le hace ilusión un conejito blanco o un muñeco de trapo negro?

Jessie se rio. Decidió que, sin los Carrington, la situación habría sido insoportable.

La puerta de la habitación contigua se abrió y se cerró. Jessie dejó de reírse y Lydia levantó la cabeza, y por un instante vio el rostro de Jessie en el espejo del tocador.

—Ya está ahí nuestro pelmazo —dijo—. A usted le gusta tan poco como a mí, ¿verdad?

Jessie vaciló durante un segundo. Sus virtudes, como sus vicios, eran simples. Una de ellas era que odiaba criticar a los demás. Había tenido sobradas oportunidades de hacerlo.

—No podemos evitar ser como somos —respondió.

—No. Si un tigre nos come, no es culpa suya —respondió Lydia—. Dios le dio su apetito. Ya baja. Me refiero al señor Hopkins, no al tigre. —Se paró a escuchar—. Camina con paso triste y pesado. ¿Se ha dado cuenta de cómo le han cambiado las circunstancias?

—¿A qué se refiere?

—Usted sigue siendo la misma. Yo también. Pero las personas como el señor Hopkins cambian con el tiempo. Están pletóricos cuando las cosas van bien y se derrumban por completo cuando van mal. En el tren, comparados con el señor Hopkins, éramos todos un puñado de gusanos. Claro que las cosas no iban bien en el tren, pero tampoco habían llegado a este estado. Ahora es él quien se ha convertido en un gusano. Sí, creo que el muñeco de trapo negro será para él. ¡Vaya, hay alguien más! ¿De quién se trata esta vez? Espero que el señor Thomson no haya empezado a delirar.

Corrió hasta la puerta y la entreabrió.

—Maltby —informó a la vez que volvía a cerrarla—, de la Real Sociedad de Psiquiatría. Otro rarito, aunque me cae bien. Me pregunto para qué habrá estado husmeando ahí arriba. Estoy a punto de ponerme a fisgar por ahí yo también.

—¡No lo haga! —exclamó Jessie.

Lydia dejó escapar un pequeño suspiro.

—Quizá tenga razón. Pero me pregunto cuánto tiempo podremos seguir así. En cierto modo, todo resulta tan... no sé... insatisfactorio.

—Hemos tenido suerte de encontrar un techo.

—Oh, sin duda... eso sí. Pero es que las cosas podrían haber sido tan distintas... Imagine, por ejemplo, que el grupo hubiéramos sido usted, yo, David y dos o tres personas más como nosotros. Habríamos formado una piña. Y nos habríamos divertido. Pero, tal y como están las cosas, apenas tenemos nada en común. No encajamos. El señor Maltby solo piensa en sus vibraciones paranormales; el señor Hopkins en su propia comodidad; el señor Smith, bueno, la verdad es que no sé en qué piensa, pero estoy segura de que no es de nuestra cuerda; y el pobre señor Thomson... lo que necesitamos es aunar esfuerzos, sí, ¡y no se sorprenda demasiado, señorita Noyes, si me ve comportarme de un modo asombroso! —exclamó de pronto—. Lo único que puede impedir que nos saquemos los unos a los otros de nuestras casillas si nos vemos obligados a aguantarnos durante mucho tiempo más es tener un objetivo común, y ese objetivo es la Navidad. Si no podemos irnos de aquí, no sirve de nada quedarnos sentados mirando la puerta. ¡Sí, a partir de ahora mismo voy a

ponerme manos a la obra para hacer de esta la Navidad más feliz de nuestras vidas! Me ayudará, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Por supuesto! —respondió Jessie, jadeante—. Pero ¿qué puedo hacer?

—Basta con que se quede aquí tumbada y me apoye. Ayúdeme a sentir que no estoy sola en esto. En cuanto empiece, David se nos unirá y esto crecerá como una bola de nieve. Pero no ocurrirá con los estómagos vacíos —añadió—. ¿Qué le apetece cenar? La cena se sirve a las ocho. ¿Espaguetis con tomate?

En el culmen de su entusiasmo, salió corriendo de la habitación.

Jessie volvió a abrir su diario y escribió:

... resto. Pero estoy convencida de que no soy tan mala como el señor Hopkins. Ni tan buena como Lydia Carrington. Espero que no tarde en volver. En cierta medida, cuando ella no está, tengo la sensación de que la habitación se me cae encima.

## IX

### Estudios en ética

Durante los minutos que siguieron desde que el señor Maltby había subido a inspeccionar la buhardilla, David estuvo sentado fumando. Era un joven menos miedoso que la media, aunque aún no había nada que hubiera puesto su valor realmente a prueba, y no le preocupaba en especial tener a un presunto asesino en la cocina adyacente, ¡quizá intentando en ese mismo instante hacer desaparecer manchas de sangre! Quizá Smith fuera un homicida, pero tampoco había dado muestras del menor síntoma de demencia y no era probable que de pronto fuera a regresar de la cocina y acuchillara a David por la espalda con el cuchillo del pan. Sin embargo, había otros cuyos nervios quizá se verían más afectados por la situación si llegaban a ser plenamente conscientes de ella, y la política del señor Maltby basada en empeñarse en domesticar y mantener fuera de sospecha a un animal salvaje era a todas luces acertada.

Había además otras cuestiones que necesitaban la tranquilizadora influencia del humo del cigarrillo. David sentía respeto por la propiedad privada, y su ética, así como su sentido de la legalidad, se veía alterada por el libre uso que estaban haciendo de la casa. Se ponía en el lugar del dueño que regresaba y acribillaba a los huéspedes indeseados con preguntas cargadas de indignación: «¿Qué hacen ustedes en mi casa?». «La puerta no estaba cerrada con llave y necesitábamos refugiarnos». «¿Y por qué no lo han hecho en otro sitio?». «No lo había. Estábamos al borde de la congelación y un miembro del grupo había sufrido un accidente». «¿Y eso es excusa para que se hayan tomado mi té?». «Lo necesitábamos desesperadamente. Supusimos que nos lo habría ofrecido de haber estado aquí». «De acuerdo, olvidémoslo. ¡Pero están usando mis dormitorios!». «Sí, dos». «¿Y si resulta que los necesito para mí, para mi gente?». «En ese caso, son suyos, obviamente, pero no puede echar a una joven con el tobillo torcido y a un hombre con fiebre alta. ¿Cree acaso que los habríamos usado si no hubiera habido una necesidad real? ¿Y cree que habríamos siquiera utilizado sus toallas y nos habríamos secado con ellas si nos hubiera quedado otro remedio? ¡Algunos de nosotros podríamos haber pillado una neumonía!». «Le ha faltado uno. Son tres los dormitorios ocupados». «Del tercero no respondo». «Está bien, dejémoslo. Pero ¿y si yo no hubiera vuelto? ¿Y si no hubiera regresado a casa?». «No creíamos que lo haría». «¿Por qué?». «Por la misma razón por la que estamos aquí: por el tiempo». «¡Pero sabían que yo había estado aquí... yo o alguien! ¿Quién si no había servido el té, había puesto el hervidor del agua y encendido las

chimeneas?». «No teníamos ni idea». «¿Han intentado averiguarlo?». «Por supuesto». «¿Cómo?». «Hemos registrado la casa». «¿Han mirado fuera?». «Imposible». «¿Está usted seguro?». «¡Oiga...!».

Llegados a este punto de la conversación imaginaria, David se levantó de un brinco y se dirigió a la puerta de la calle. La abrió y enseñó al interrogador imaginario la nieve acumulada en el porche. Si su intención era conmocionar al hombre imaginario con la panorámica, se olvidó de ello ante su propia perplejidad. El banco de nieve había crecido hasta límites increíbles y se había convertido en una relumbrante pared blanca.

—¡No creo que pudiéramos salir de aquí ni aunque lo intentáramos! —exclamó en voz alta—. Así que dígame, amigo: ¿cómo diantre ha entrado?

Cerró la puerta, aliviado al saberse poseedor de ese nuevo argumento a su favor. Ciertamente no podían salir. Y eso, por otro lado, significaba que el dueño de la casa no podía regresar y que el interrogatorio imaginario no podría celebrarse. Por primera vez en su vida, David empezaba a ser consciente del verdadero significado de la expresión «aislado por la nieve».

«Y vista la situación», prosiguió su defensa mental mientras volvía junto a la chimenea, «¿debemos morir de frío y de hambre cuando tenemos al alcance de la mano el modo de librarnos de ambas cosas? ¿Es eso humanamente razonable? ¿Acaso un grupo de naufragos abandonados en una isla desierta esperarían a recibir la autorización legal para comerse los cocos?».

El aspecto legal le llevó a considerar una cuestión totalmente diferente: «¿Cuál es la pena por dar cobijo a asesinos, si es que existe tal pena?».

Se volvió hacia la cocina. Prestó atención a los ruidos apagados procedentes del interior. Luego un ruido captó su atención y se volvió hacia la escalera. Lydia bajaba en ese instante, dispuesta a mantener la insatisfactoria conversación que había descrito cuando volvió a la habitación junto a Jessie.

—¿Alguna novedad? —preguntó al llegar al pie de la escalera.

—¿Tienes tú? —preguntó David, eludiendo una respuesta.

—¡Yo he preguntado primero, querido hermano! —replicó Lydia—. ¡No me pongas nerviosa!

—Bueno, tengo una pequeña noticia —dijo él—. Nuestro amigo Smith ha vuelto...

—¿Qué? ¿Ese hombre horrible...?

—¡Cállate! —gruñó David—. Está en la cocina.

—Ah, gracias por avisar —respondió Lydia, bajando la voz—. ¿Qué hace allí?

—Lavándose. Así que vuelve a subir corriendo o saldrá y te verá.

Lydia miró indignada a su hermano.

—¿Me comerá si me ve? —preguntó—. ¡Oh, vamos, David, no te pases de listo! ¿O es que hay algo que no me has contado? Ya sé que es un poco sospechoso, pero...

—Pues si es un poco sospechoso, ¿no crees que es buena idea alejarte de él? —le

interrumpió David—. ¡Vete!

—¿Dónde está el señor Maltby?

—Arriba.

—¿Qué? ¿También él piensa acostarse?

—¡Claro que no!

—Entonces ¿qué hace?

—No lo sé.

—Oh, vamos.

—¿Y por qué iba yo a saberlo?

—No lo sé, pero sé que lo sabes. Eres un mal mentiroso y por eso no irás al Cielo, David. ¿Qué está haciendo arriba el señor Maltby? ¿O es que soy demasiado joven para saberlo?

David inspiró hondo.

—El señor Maltby está echando un vistazo, apremiado por una insaciable curiosidad —dijo—. Olvidas que tiene una mente científica.

—No le he visto en la primera planta.

—Pues debe de estar en la segunda.

—Esa es la última, ¿no?

—¿De verdad importa eso, Lydia?

—En absoluto, querido. Solo intento irritarte como tú consigues irritarme a mí, aunque creo que se me ha ido un poco de las manos. Veamos, ¿no estamos en una entente cordial? Entonces, eso es todo, ¿no?

—No, ya que insistes, hay algo más —respondió él—. La nieve está más alta que nunca al otro lado de la puerta de entrada y sigue cayendo.

—La reflexión del día: cuanto más cae la nieve, más sube. En fin, querido, estamos todos cansados. Quizá la próxima vez nos querremos. Dale recuerdos al señor Smith.

Cuando Lydia volvió a subir y desapareció, David se giró una vez más hacia la cocina. En ese mismo instante se abrió la puerta y el hombre que se hacía llamar Smith emergió de entre las sombras.

—Hola. ¿Qué tal lo lleva? —preguntó David.

—Me he lavado un poco —respondió el hombre.

—Bueno, la limpieza es prima hermana de la santidad —dijo David—. ¿Vuelve a encontrarse bien?

El hombre asintió. David se sorprendió incapaz de apartar la vista de aquellas manos grandes y rugosas.

—¿Dónde están los demás? —preguntó el hombre tras un breve silencio.

—Bajarán enseguida —respondió David—. ¿Le apetece un cigarrillo?

David le ofreció su pitillera y encendió una cerilla. Cuando el cigarrillo del hombre refulgía entre sus gruesos labios, se dirigió despreocupadamente hacia la escalera. David le siguió como quien no quiere la cosa.

—¿A qué viene todo esto? —exclamó de pronto el hombre.

—¿A qué se refiere? —preguntó David con tono inocente.

—¡A nada! —masculló el hombre. Se sentó en el primer escalón y fumó durante un rato.

David estudió su rostro, parapetado tras el humo del cigarrillo. El hombre tenía un rostro macilento y, aunque había dicho que se había lavado, la afirmación fue necesaria para insistir sobre un hecho que de otro modo habría resultado más que dudoso. Sus ojos, hoscos bajo unas espesas cejas negras, estaban demasiado juntos, y tenía la nariz de un boxeador. Probablemente había contribuido a dejar en otro la misma impresión.

—¿Podría ser peor, no cree? —comentó con un sospechoso cambio de actitud.

—¿Se refiere al tiempo? —preguntó David.

—Me refiero a aquí dentro.

—Ah, eso. Sí, estoy de acuerdo.

—Tenemos el calor de las chimeneas.

—Que llega a resultar abrasador, la verdad.

—¿Qué?

—Simplemente he vuelto a darle la razón. Siga, siga haciendo inventario de sus bendiciones.

El hombre frunció el ceño. Luego sonrió.

—Aquí va otra —prosiguió—. La condenada despensa está hasta los topes.

—Entiendo que le ha echado un vistazo —murmuró David.

—Sí, ¡y ya he visto que no he sido el primero!

—No lo ha sido, no.

—¡Genial! Nadie podrá decir que yo fui el primero. ¡Y cuando el dueño de la casa vuelva y vea que hay menos cosas que cuando se marchó, que no me echen a mí la culpa!

David pareció vacilar. De pronto empezaba a hacerse visible un nuevo aspecto de la presencia de aquel hombre.

—Nadie va a culpar a nadie de eso, señor Smith —dijo—, siempre que las cosas que cojamos sean estrictamente percederas.

—¿Eso qué es? —saltó Smith—. ¿Percederas?

David decidió entonces hacer uso de un pequeño test cuyo fondo ocultaba una advertencia.

—Escuche, esto es lo que se me ha ocurrido —respondió—. De hecho, estaba pensando en ello aquí, mientras usted se quitaba... se lavaba allí dentro. —Miró hacia la cocina—. No crea que esto me hace más gracia que a usted...

—¿Eh?

—Me refiero a que, como usted, tampoco a mí deja de preocuparme la comida que hemos cogido y que quizá tengamos que seguir utilizando...

—Ah, vamos a seguir haciéndolo, ¿verdad?

—Bueno, si nos quedamos encerrados aquí toda la noche, supongo que tendremos que...

—¿Encerrados... toda la noche?

—Usted sabe tan bien como yo el tiempo que hace.

—Sí.

—Así que no hace falta que le diga que quizá tengamos que pasar aquí toda la noche.

—Cierto.

—En cuyo caso, como le decía, nos despertaremos con hambre, ¿no?

—Claro.

—Entonces...

—Habrá que comer algo.

—¿Qué?

—¿Y si cuando nos despertemos mañana por la mañana sigue nevando?

—En ese caso pasaremos una auténtica blanca Navidad y no debemos estropearla.

—¡Oiga! —exclamó el señor Smith, acuciado por la impaciencia—. ¿Por qué no puede hablar como un tipo normal? ¡Si tiene algo que decir, dígalo de una vez, hombre!

—No veo el momento de decirlo y terminar con esto —replicó David—, ¡y lo habría dicho hace años de no haber sido por sus continuas interrupciones! A lo que íbamos: los bienes perecederos...

—¿Nos íbamos?

—¿Quiere que le sacuda?

—¡Inténtelo, amigo!

—Odiaría tener que llegar a eso, pero quizá no me quede más remedio. Los bienes perecederos son los alimentos. Si estamos condenados a desayunar aquí, además de almorzar, tomar el té y celebrar la cena de Navidad, nos veremos obligados a consumir más bienes perecederos, es decir, más comestibles. Pero los pagaremos y ceñiremos el robo a los bienes perecederos, es decir, a los comestibles. Solo robaremos para comer. Y pagaremos lo que robemos.

—Bien, me parece correcto...

—Correctísimo, aunque no lo sería si... si me interesara por un libro que por casualidad he encontrado en la casa y me marchara con él en el bolsillo. Los demás probablemente se me echarían encima. ¿Pilla la idea?

—Pero ¿quién se marcharía de aquí con un libro en el bolsillo? —respondió Smith con una repentina sonrisa de oreja a oreja.

—Hablaba de mí —respondió David—. Estoy convencido de que no sería su caso.

—Por supuesto que no.

—Ahí lo tiene.

—Si tengo que largarme de aquí con algo en el bolsillo, sería con los diamantes



de la duquesa.

David sonrió.

—En ese caso tenemos la gran suerte de que no haya en la casa ninguna duquesa —dijo—. Oiga, ¿adónde va?

Smith se había levantado del escalón y había arrojado el cigarrillo al suelo.

—A estirar las piernas —respondió el hombre.

—¿No pensará subir?

—¿Por qué no?

—Bueno, ya ha oído al señor Maltby.

—¿El viejo ese?

—Sí.

—Ah, pero ¿es mi padre?

—Supongo que para él sería toda una novedad.

—¡Pues aquí tiene otra! Todos estamos aquí sin permiso y en el mismo barco, y no pienso recibir órdenes de nadie, ¿está claro?

Giró bruscamente sobre sus talones y empezó a subir. Pero se detuvo a medio camino. La rechoncha figura del señor Hopkins asomó por la curva de la escalera y se detuvo con la misma prontitud.

—¡Hola! ¿Y usted quién es? —exclamó el señor Hopkins.

—Ya puestos, ¿quién es usted? —replicó Smith.

—¡No hace falta ser insolente! —lo cortó el señor Hopkins—. ¡Mi nombre es Hopkins, señor! Supongo que es usted otro pasajero del tren, ¿no?

—Pues supone usted mal. No, no soy de los del tren.

El señor Hopkins se encogió de hombros y de pronto miró con más detenimiento al hombre.

—¿Qué mosca le ha picado? ¡Por supuesto que iba en el tren! ¡Yo le vi!

## X

### La mujer dispone

Las mejillas de Smith se tiñeron de un color macilento. Las del señor Hopkins, por su parte, palidieron repentinamente mientras veían un puño cerrado acercarse a su nariz.

—Así que soy un mentiroso, ¿eh? —gritó Smith.

—Oh, vamos, no se ponga así —masculló el señor Hopkins.

—¡Que no me ponga así, dice! —replicó Smith—. ¿No se pondría usted así si un tipo le llamara mentiroso? ¡Míreme bien!

Una leve capa de sudor brilló en la frente del señor Hopkins.

—Sí, ya veo que me equivoqué —dijo—. No le he visto en mi vida y, sinceramente, espero no volver a verle.

—Pues lo tiene crudo —gruñó Smith—, porque estoy aquí por culpa de la nieve como usted, así que va a tener que seguir viéndome, ¿está claro? ¿Piensa quedarse ahí mucho rato? ¿Baja o subo?

El señor Hopkins tragó saliva y se hizo a un lado. Smith pasó junto a él sin el menor miramiento, empujándolo deliberadamente contra la pared. Clara muestra de cuál era el estado de ánimo del señor Hopkins fue que aceptó el insulto sin protestar.

«¡Después de tanto fanfarroneo, resulta que Hopkins es un maldito cobarde!», pensó David.

Pero la ascensión de Smith hasta lo alto de la escalera no tuvo todavía vía libre, pues acto seguido apareció el segundo obstáculo y Smith se topó con el señor Maltby. Dispuesto a mantener un nuevo altercado, Smith fulminó con la mirada al anciano, pero este se limitó a sonreír.

—¿Va usted a echar un vistazo por ahí? —preguntó afablemente.

—¿Y quién va a impedírmelo? —replicó Smith.

—¿Por qué iba nadie a impedirselo? —respondió el señor Maltby, haciéndose a un lado para dejarlo pasar—. Le deseo una agradable visita. Pero no entre en ninguna habitación sin llamar. Las señoras están en una y hay un hombre enfermo en otra.

—Gracias por la información.

—De nada. Se la he dado por el bien de ellos, no por el suyo. Ah, pero esto sí es por su bien: hay otra habitación en la que yo, en su lugar, no entraría.

—¿Quién está en esa?

El señor Maltby vaciló durante un instante antes de responder:

—No puedo decirlo, pero... alguien.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Smith, deteniéndose mientras David y el señor Hopkins no apartaban los ojos del señor Maltby.

—Descubrirá que siempre quiero decir exactamente lo que digo, señor Smith. Es un método que me ayuda a ahorrar tiempo —replicó el anciano—. Le estoy diciendo que hay alguien en esa habitación y que no sé quién es.

—¡Oh! ¡Entiendo! ¿Quiere decir que ha oído a alguien dentro y que no ha entrado?

—He entrado.

—No lo pillo.

—No me sorprende.

—¿Qué han dicho cuando ha entrado?

—No han dicho nada.

—¡Ah! ¿Y qué ha dicho usted?

—Tampoco he dicho nada.

—¿Solo se han mirado? ¿Eso es todo?

—Debo decir que lo he considerado. Verá, si le hubiera hablado al... a ese alguien... no habría obtenido respuesta.

La voz del señor Hopkins se alzó sepulcralmente desde el pie de la escalera.

—¿No querrá usted decir que... que estaba muerto?

—Del todo —asintió el señor Maltby—, aunque no verá el cuerpo.

A Smith parecieron pasársele las ganas de continuar subiendo. Miró hacia arriba con recelo y de pronto exclamó:

—Ejem... ¿es una broma?

—No es eso exactamente lo que me ha parecido —respondió el señor Maltby—. Y tampoco creo que, si entra usted en la habitación, vaya a troncharse de risa, señor Smith. Creo recordar que usted y yo llegamos juntos a esta casa, pero usted se ha ausentado durante un rato, de modo que yo la conozco un poco mejor. No es la casa más agradable en la que he estado. Y bien, ¿a qué espera? No deje que lo que le he dicho le detenga.

El señor Hopkins aprovechó el tentador momento.

—Sí. ¿Baja el señor Maltby o sube usted? —preguntó con una gélida sonrisa.

—¡Cierre el pico! —gruñó Smith. Hubo una breve pausa y después preguntó—: ¿Cuál es la habitación maldita?

—«Maldita» —repitió el señor Maltby con gesto reflexivo—. Un término de lo más apropiado. Pero no voy a decirle cuál es la sanguinaria habitación, señor Smith. No, dejaré que la encuentre por sí mismo.

Maltby reemprendió su interrumpido descenso al *hall*, pero antes de seguir subiendo, Smith lanzó una pregunta más:

—¿La buhardilla?

—¿Qué le lleva a pensar eso? —preguntó el señor Maltby.

—¿Por qué no?

—¿Y por qué sí?

—¡Bah! —gruñó el señor Smith, y continuó hacia arriba.

Nadie dijo nada hasta unos segundos después de que el señor Smith se hubo marchado. A pesar de las ganas de preguntar, David se contuvo. Pero el señor Hopkins, cuando reunió fuerzas tras haberse fumado un cigarrillo, mostró menos control.

—Pero... eso... ¿es cierto? —preguntó con voz queda—. ¿Lo de la habitación?

—Pregunte al caballero que está allí —respondió el señor Maltby con una mirada cínica hacia el cuadro que presidía la chimenea—. Quizá se lo diga.

—Claro; si quiere saber mi opinión —masculló el señor Hopkins—, creo que están todos chalados.

—Antes de que transcurran unas horas puede que todo el mundo esté aún más chiflado —replicó secamente el señor Maltby, volviéndose después hacia David—. He pasado a ver a nuestro paciente antes de bajar.

—¿Thomson?

—No me ha gustado su aspecto.

—Lamento oír eso. ¿Cree que está muy mal?

—Si tuviera que adivinar la fiebre que tiene, calcularía que unos treinta y nueve.

—¡Caramba!

—Y subiendo.

—Yo he visto a un hombre que llegó a los cuarenta —apuntó el señor Hopkins.

—Ah, pero eso debió de ser en la India —sugirió amablemente David.

—De hecho, jovencito, fue en la India, aunque no me ha gustado demasiado su tono. En Bombay. La tuvo durante tres días. Pero logró recuperarse.

—En ese caso, esperemos que el señor Thomson también se recupere. Oh, aquí llega nuestro grosero amigo de nuevo, y con mi hermana tras él.

Smith parecía de mal humor y preocupado mientras bajaba la escalera, pero Lydia era toda sonrisas. Diríase que guiaba al señor Smith delante de ella y en mitad de la escalera gritó:

—¡Silencio todo el mundo! ¡Voy a hablar!

A pesar de que David y ella no se habían separado en los mejores términos, en ese momento él bendijo su reaparición, pues Lydia acababa de forjar un agradable y a todas luces necesario contraste con el ambiente de nervios y de pesadumbre que impregnaba la escena.

—¡Eso, eso! —murmuró.

—No seas bobo. No se dice «eso, eso» antes de que alguien empiece a hablar —exclamó ella.

—Si la que habla eres tú, ese es el momento más seguro para decirlo —respondió él con una sonrisa—. ¡Imposible hacerlo después!

—No hagan caso al muchacho. No es más que amor de hermano —respondió Lydia—. En cualquier caso, tanto si me llevo algún «eso, eso» como si no, lo que

tengo que decir es lo siguiente: hemos llegado a un punto, todos nosotros, en que hay que tomar una decisión. ¡Me refiero a que no dejamos de dar vueltas como un rebaño de ovejas perdidas!

—¿Eh? —dijo el señor Hopkins con un parpadeo.

—Sí, ya me parecía que reaccionaría usted así —replicó Lydia—. Se ha dado usted sus buenos paseos, ¿verdad? —Disfrutó en secreto del sonrojo culpable que tiñó el rostro del hombre—. Y lo mismo vale para el señor Smith. También me lo he encontrado paseándose por ahí. Así ha sido la brillante conversación que hemos tenido en el pasillo del piso de arriba: «Hola», le he dicho. «Hola», ha respondido. «¿Adónde va?», he preguntado. «No lo sé», ha respondido. «Entonces ¿por qué va?», le he dicho. Eso lo ha rematado, señor Smith, ¿verdad? Así que hemos bajado y ese ha sido el final de este pequeño episodio de la historia mundial.

—Ah, ¿entonces ha sido usted, señorita Carrington, quien ha devuelto a esta oveja al rebaño? —Sonrió el señor Maltby mientras David pensaba: «¿Qué le ha pasado a mi hermana? ¿Cómo es que se ha vuelto tan ocurrente?».

—Claro, todos ustedes saben de lo que hablan, ¿no? —masculló Smith.

—Pues no, la verdad, aunque suena bien —concedió David—. ¿Cuál es esa decisión que supuestamente debemos tomar, Lydia?

—Dejar de deambular por la casa como un rebaño perdido —aclaró ella—, y organizarnos en una comunidad que funcione con normalidad antes de que esta situación extraordinaria termine por desmoralizarnos.

Hizo una pausa, a la espera de una muestra de aprobación o de disconformidad. Aprobación fue lo que recibió por parte del señor Maltby.

—La idea de la señorita Carrington me parece muy sensata —asintió—, siempre, claro está, que pueda ponerse en práctica.

—Pues adelante con ella —respondió Lydia—, y enséñenos cómo llevarla a la práctica.

Pero esta vez el señor Maltby negó con la cabeza.

—Esa no es tan buena idea —respondió—. Por el momento, creo que me limitaré a mirar.

—Tiene razón —añadió David—. La idea es hija tuya, Lydia.

—De acuerdo. ¡Pues la suerte está echada para la pequeña! —dijo—. Si muere durante la infancia, no será culpa mía. Mi primera decisión será que demos un voto de confianza a nuestro comportamiento.

—Deben ustedes recordar que aunque mi hermana no es inteligente, es guapa —murmuró David.

—¡Y tú no eres ninguna de las dos cosas! —replicó Lydia—. ¡Y lo que estoy diciendo sí es inteligente! Gran parte de nuestro problema es que nuestras conciencias se sienten culpables...

—¿De quién habla? —la interrumpió Smith.

—Puede darse por excluido si quiere, señor Smith —arguyó Lydia—. Quizá su

conciencia sea menos sensible. Pero la mía se siente culpable. Y no dejo de pensar: «Qué espanto estar aquí así, usando la casa como si nos perteneciera y después inventando excusas para justificarme...».

—Lo mismo digo —intervino David.

—¿Y usted qué dice, señor Hopkins? —preguntó Lydia—. Ha ocupado otra de las habitaciones. ¿Le preocupa eso o simplemente le trae sin cuidado?

El señor Hopkins frunció el ceño de un modo sospechoso. No estaba demasiado seguro de nada.

—Bueno, tenía que secarme como los demás, ¿no? —preguntó.

—Entonces, ¿no le tenía preocupado?

—No estoy diciendo... en fin, hay que reconocer que la situación es muy peculiar.

—¿Pero no le preocupa?

—Tanto como a usted, me atrevería a decir.

—Entonces le preocupa. ¿Y a usted, señor Smith?

—A mí no me metan —replicó Smith.

—Nos queda solo usted, señor Maltby. ¿Qué tal va esa conciencia?

—Si hay algo que me preocupa no es mi conciencia —dijo el señor Maltby—. De todos modos, entiendo su argumento, señorita Carrington, y me parece acertado psicológicamente, porque es imposible funcionar con fluidez bajo el influjo de la culpa. Por eso cualquier general, por muy equivocado que esté (Napoleón, por ejemplo, por evitar la injerencia de simples ejemplos contemporáneos), debe creer en sí mismo para tener éxito o engañarse hasta creérselo. En efecto, ese es el principal cometido de todos los políticos que, gracias a su ineficacia, involucran a las naciones en la guerra. Si no se engañan hasta el punto de convencerse de que son unos idealistas temerosos de Dios, jamás conseguirán convencer a los millones que deberán pagar por creer lo mismo y perderán así la guerra.

—Y aquí termina la primera lección —murmuró David.

—¿Cree entonces que me estoy poniendo en evidencia? —preguntó Lydia.

—No, estoy seguro de que no. La lección no iba dirigida a usted —respondió el anciano—. Probablemente solo quería oír mi propia voz. Bien, dejando a un lado las grandes guerras y volviendo a los conflictos menores, no veo ningún motivo lógico para que debamos dejarnos vencer por el sentimiento de culpa, puesto que nos es imposible marcharnos de aquí esta noche.

—Gracias por tan amables palabras —dijo Lydia con una sonrisa de alivio—. Está usted siendo una gran ayuda y mañana le besaré debajo del acebo. Y ahora ese voto de confianza. ¡Que levante la mano quien tenga una buena opinión de nosotros!

Se alzaron cinco manos. La de Smith fue la última en moverse, como si de pronto temiera quedarse atrás. Lydia se rio.

—¡Aprobado por unanimidad!

—¿Es realmente así? —preguntó David, recordándole que había dos manos más

en el piso de arriba.

—Ah, yo voto en su nombre —respondió ella, levantando las dos manos—. La derecha por la señorita Noyes, cuya aprobación he obtenido de antemano, y la izquierda por el señor Thomson. El pobre haría sin duda cualquier cosa que le pidiera. Bien, el paso siguiente... ¿cuál es el paso siguiente? Por favor, ayúdeme, señor Maltby. No soy tan eficiente como pueda parecer.

—Veamos —sugirió el señor Maltby—, ¿quizá el siguiente paso sea justificar esa buena opinión?

—¡Totalmente de acuerdo! Mañana le daré dos besos bajo el acebo. Puede que incluso tres si me dice cómo prosigue la justificación.

—Un buen comienzo sería mantener un detallado inventario de los daños.

—¡Es usted un genio, señor Maltby! No sé lo que haríamos sin su ayuda. Sí, debemos nombrar un Honorable Tesorero. ¿Quién será el Honorable Tesorero? Creo que ese debería ser tu papel, David.

—Antes de que lo acepte —dijo con cautela David—, ¿qué es exactamente lo que hace el Honorable Tesorero?

—Anota todo lo que cogemos y rompemos, con el correspondiente coste. Té para tantos, tanto. Cena para tantos, tanto. Tazas rotas, tantas, tanto. ¡Habrá un montón, sin duda! Y luego, antes de irnos...

—Si nos vamos —murmuró David.

—... sumamos el total, añadimos una cantidad equis por el uso de los dormitorios, el baño, las toallas, las servilletas, los manteles...

—No vamos a llevarnos las toallas, las servilletas ni los manteles...

—No, pero habrá que lavarlos.

—¿Y por qué no incluir también el desgaste de las alfombras, por no hablar de los muebles y de la propiedad?

—No seas aburrido, querido. ¿Por dónde iba? Ah, sí, sumamos el total, añadimos algo por lo que he dicho más un buen aguinaldo y dejamos el dinero... ¿dónde? Ah, ya sé, en la repisa de la chimenea, debajo del vigilante anciano con su espléndida cabeza cubierta de pelo que no deja de espiarnos para ver cómo nos comportamos. Bueno, David, ¿aceptas el cargo?

—Sí. Lo acepto.

—Bien. Y no olvides, cuando estés haciendo las cuentas, que tu puesto es honorable. Trabajas por la gloria del cometido, no para ganar dinero. Y ahora lo siguiente. ¿Qué viene ahora? Ah, sí, la parte doméstica. ¿Quién sabe cocinar? Yo cocino un poco, pero lo odio.

El señor Hopkins se aclaró la garganta. Sentía que era necesario hacer alguna contribución para reparar su ya mermada reputación.

—Yo he cocinado en un campamento —dijo—. Ya saben, improvisando y eso. Pero... bueno... no estoy muy seguro...

—En ese caso, quizá me toque cocinar después de todo —suspiró Lydia—. Eso

significa que comerán cosas de lata calentadas.

—Creo que debería hacer algo —respondió el señor Hopkins.

—Debería y lo hará. El señor Smith y usted pueden poner la mesa y esas cosas.

—Sí, eso. ¡Seré el mayordomo! —exclamó el señor Hopkins con repentino entusiasmo—. Esa es la idea. Llevar bandejas a los inválidos...

—Puede subirle la bandeja al señor Thomson —dijo Lydia secamente—. ¡Y eso, señor Maltby, le deja a usted libre para hacer de Papá Noel!

—Me temo que sería un pésimo Papá Noel, señorita Carrington —respondió el anciano—. Este año tendremos que prescindir de él.

—No tengo ninguna intención de eliminar a Papá Noel —replicó Lydia—. Aunque, por supuesto, no insistiremos en que usted asuma su papel. Yo colgaré mi calcetín y me sentiré amargamente desilusionada si no encuentro nada dentro. No lo olvides, David. Sí, y dejen que se lo advierta, para que no se avergüencen de sí mismos la mañana del día de Navidad: yo sí voy a hacer regalos.

Lanzó su declaración como un jovial desafío. El señor Maltby, cuya mente ahondaba siempre en las profundidades, lo había percibido así desde el principio, como un desafío a la situación que, según sus propias palabras, terminaría por desmoralizarlos. «Me gustaría saber cómo actuará esta excelente joven si la situación empeora», reflexionó. Mientras tanto, la alabó para sí por la actitud que había mostrado hasta el momento.

David, por otro lado, se preguntaba si la actitud de su hermana no excedía su límite lógico.

—Yo abogo por celebrarla como corresponde, hermana —comentó—, pero no nos extralimitemos.

—¿Por qué no? —replicó ella—. ¿Acaso no se ha extralimitado todo? Solo estoy combatiendo la absurda exageración de la nieve y de nuestra situación con sus propias armas. Y sí, pienso extralimitarme. Me siento como en la canción de Noel Coward, «Lo que trae la primavera», en la que la hierba era demasiado verde y las ovejas parecían deanes rurales. La diferencia, claro, es que en este caso estaríamos hablando de «Lo que trae la Navidad». Mañana lo vamos a pasar en grande, señores, y esa es otra cosa de la que tenemos hablar: el programa de Navidad. No nos vamos a pasar el día holgazaneando si sigue nevando así. Organizaremos una fiesta y bailaremos. Pero lo primero es lo primero. ¿Alguien tiene hambre? Vamos, equipo. En marcha. No debemos dejar que la familia espere para cenar. ¡Puede que yo no sea honesta ni sobria, pero sí soy puntual!

El señor Hopkins y el señor Smith se miraron antes de seguir obedientes a la joven hasta la cocina.



## XI

### Jessie continúa su diario

Lydia es una persona encantadora, una de las más encantadoras que he conocido. Creo que sabe que me siento un poco sola aquí arriba, pero lo que no sabe es que también estoy asustada, bueno, a veces. Por eso viene continuamente a saludarme y comentar conmigo alguna novedad. No imagino cómo se las arregla con todo lo que tiene que hacer. Ahora se encarga de cocinar y de la intendencia general de la casa, por eso está tan ocupada.

Ha subido a contármelo durante lo que ha llamado «su primer momento libre». «Se lo han tomado espléndidamente, y creo que al final vamos a disfrutar de una feliz Navidad», ha dicho.

Le he preguntado cómo lo ha conseguido y me lo ha soltado en un par de minutos. Su hermano la ha apoyado, como ella ya imaginaba, y el señor Maltby ha sido también un cielo. Me gustaría saber si Lydia tiene la misma opinión de él que yo, tengo que preguntárselo la próxima vez. En realidad, es un anciano afable, aunque preferiría que no me mirara como lo hace. Estoy convencida de que cuando me mira ve a través de mí lo que hay al otro lado y eso me provoca sensaciones extrañas. Más aún, creo que él lo sabe, porque una vez lo sorprendí mirándome, aunque en esa ocasión no me atravesaba con la mirada, sino que me observaba como si estuviera pensando en mí de un modo que no me gusta. Y no me refiero al modo en que lo hace el señor Hopkins, por supuesto que no, pero no sé por qué me ha recordado que una vez alguien me dijo que yo era vidente. Espero que no. De todas formas, ni siquiera sé cómo se escribe.

Pero estaba escribiendo sobre Lydia. Según me ha dicho, David y el señor Maltby la han apoyado enseguida, pero los otros dos lo han hecho solo porque prácticamente no les ha quedado más remedio, o al menos eso es lo que le ha parecido a ella. La ayudan en la cocina, ponen la mesa, etc., pero ella dice que son como un par de tormentas en ciernes. David se encarga de hacer listas, porque naturalmente pensamos pagar lo que cojamos. Le he dicho a Lydia que podía pagar mi parte y creo que David también está pensando en algunos juegos para mañana. Todo parece muy divertido, aunque, a fin de cuentas, ¿por qué no íbamos a divertirnos si podemos? Si todavía seguimos aquí la noche de Navidad, habrá baile. Ojalá tuviera mejor el pie. Creo que para entonces ya estará bien. En cualquier caso, ¡sé bailar!

Cuando le he preguntado qué hacía el señor Maltby, Lydia no ha sabido darme una respuesta, pero me ha dicho que creía que había subido a ver cómo se encontraba el pobre señor Thomson. Cuando empiezo a sentir lástima de mí misma, pienso en el señor Thomson. Está peor que yo. Me he alegrado de que Lydia creyera que el señor Maltby había subido a ver al señor Thomson, porque me ha parecido oír que alguien se movía en el pasillo, y si no ha sido el señor Maltby, ¿quién podía ser? Tengo una idea al respecto, ¡pero no pienso escribirla!

Espero que Lydia vuelva a subir pronto, aunque tampoco entonces podrá quedarse. Ha venido una vez desde que se marchó para preguntarme si prefiero pan blanco o integral.

Hay algo que me alegra. No he vuelto a tener esa espantosa sensación de angustia, aunque en una ocasión a punto he estado de padecerla. A cualquiera le parecería una estupidez. Esta habitación es preciosa. Es la clase de cuarto que cualquiera elegiría para pasar la Navidad. De hecho, todo esto debería ser ideal. Las vigas de roble, los leños en la chimenea y la nieve... es lo que deseamos tener todos los años y nunca tenemos, salvo en las postales navideñas. Como dice Lydia, creo que lo que falla es la compañía, o al menos parte de ella. Si hubiéramos podido elegirla, las cosas habrían sido distintas.

Ya, ¡pero entonces quizá no me hubieran elegido a mí!

Viene alguien. Es Lydia. Reconozco el sonido de sus pasos.

Me ha subido un gran tazón de Bovril que ha disipado del todo la desazón que me embargaba. Tenía más hambre de lo que imaginaba y, a juzgar por sus palabras, abajo todos parecen coincidir conmigo. «No se han visto ojos más ávidos que cuando he sacado al comedor el primer plato», ha dicho. «¿Ninguno de los hombres lo ha servido?», he preguntado, porque ella me comentó que iban a ocuparse de esa clase de tareas. «No, molestaban más de lo que ayudaban», ha respondido, «así que los he sentado en su sitio y les he pedido que no se movieran. No hacían más que incordiar y discutir». «¿Y el señor Thomson? ¿Qué le está dando?», me he interesado. «Está adormilado, no ha querido comer nada», me ha respondido, y yo: «Pobre señor Thomson. Aunque mejor así. Hay que comer cuando estamos resfriados, pero nunca con gripe». No sé por qué estoy escribiendo esta conversación, pero así tengo algo que hacer y dejo de pensar demasiado. Ese es uno de mis problemas, que pienso demasiado.

Espero que el pobre señor Thomson no empeore. Eso nos pondría en un verdadero aprieto, porque no hay modo de conseguir un médico. Me gustaría saber por qué no hay un teléfono en esta casa. Es curioso, pero cuando las personas tienen problemas les tenemos más simpatía. El señor Thomson no me cayó bien en el tren y sin embargo ahora me cae mejor porque siento lástima por él. Lo que el hombre desea es alguien que lo quiera, como todo el mundo, pero estoy segura de que, aun en el caso de que se muriera, no me cae tan bien como para llegar a eso. Acabo de leer lo que he escrito, pero sé muy bien lo que quiero decir.

Le he preguntado a Lydia qué había de segundo plato, pero no me lo ha dicho. Será una sorpresa. El fuego ya no arde como antes. Le pediré que lo avive cuando vuelva. No, ¿cómo voy a pedirselo? Se está ocupando de todo. El pie no me duele tanto, seguro que yo misma puedo hacerlo.

Pues lo he hecho, pero no ha sido tan fácil como creía. En cualquier caso, el fuego arde ahora con fuerza y...

¡Menuda sorpresa! No me refiero al salmón (de lata), sino a que lo haya traído David. «He pensado que así le ahorra la molestia a mi hermana esta vez», ha dicho. «Espero que no le importe. La pobre no da más de sí».

«Por supuesto que no me importa. Sí, lo sé», le he dicho. «Esta noche, cuando se acueste, estará exhausta».

«Conociéndola como la conozco, no lo creo. Es fuerte como un buey». Se ha reído y luego ha dicho: «Siento la confusión de animales».

«Me gustaría poder ayudarla», he dicho yo.

«Bueno, diría que usted es la más perjudicada de las dos», ha sido su respuesta. «¿Cómo se encuentra?».

«Bien».

Él ha vuelto a reírse y ha dicho: «Sí, siempre responde lo mismo, ¿me equivoco?».

«Pero es que es así», le he dicho. «Acabo de levantarme de la cama para avivar el fuego, pero no se lo diga a su hermana, por favor, o nunca me lo perdonará».

«No estoy muy seguro de que yo vaya a perdonarla», ha respondido David. «Tiene que cuidarse». Podría fácilmente haberse marchado, pues no tenía ningún motivo para quedarse, pero parecía tener ganas de seguir aquí y en cierto modo su compañía me resultaba muy agradable. Ha mirado en derredor y ha dicho: «Tampoco estoy seguro de compadecerla demasiado, la verdad. Es una habitación bonita, cómoda y alegre. No estamos tan animados abajo».

«¿Ah, no?» le he preguntado.

«En absoluto», ha respondido. «Pasamos buena parte del tiempo sentados, envueltos en un silencio triste, y de vez en cuando alguien, normalmente yo, hace algún comentario gracioso y nadie se ríe».

«Tendría que estar abajo con los demás», le he dicho. «¡Yo me reíría!».

«Estoy seguro de que sí. Ni siquiera el señor Hopkins nos cuenta sus historias de cuando estaba en la India: “¡Vamos, vamos, jovencito!”».

«¿Ha sido ese uno de sus comentarios graciosos?», he preguntado. «Ya ve que yo sí me río. Pero creía que el señor Hopkins ya había hablado suficiente con lo que contó en el tren».

«Sí, en los trenes está en su elemento, pero esta casa parece haberle dejado mudo», ha dicho David. Aunque le llamo David aquí, a él no le he llamado así.

«Mejor», he dicho. «¡No quiero volver a oír su espantosa voz!».

Creo que me he expresado con más énfasis de lo que pretendía, porque de pronto me ha mirado con dureza.

«Diantre, ¿por qué lo dice?», ha preguntado.

Naturalmente, no tenía intención de decirle por qué. Me ha salido así, sin pensarlo. Conozco bien a los hombres, incluso diría que demasiado bien, pero el señor Hopkins es de esa clase de hombres que no soporto. No sé cómo tratarlos. Quizá el problema no sean ellos sino yo, porque no puedo evitar sentirme así. Tengo mi opinión sobre las personas que no pueden evitar ser como son, pero lo que yo opine sobre ellas no cambia nada, no puedo evitar sentir lo que siento. ¿Acaso no es terrible el modo en que mi pluma, o mejor, mi lápiz, se pierde conmigo? ¡Ahora tendré que volver atrás para saber por dónde iba...!

«Por nada», le he dicho.

Pero él seguía dedicándome esa mirada dura. Es curioso lo que se nos ocurre pensar en ocasiones. En ese momento he pensado: «¡Espero que no me brille la nariz!».

«Señorita Noyes», ha dicho, «¡nadie dice una cosa así sin motivo!».

«A veces sí», he respondido, «si se trata de alguien como yo».

«Oiga, quiero que me conteste a una pregunta, ¿de acuerdo?».

«No puedo responderle a eso hasta que no me diga de qué se trata».

«¿El señor Hopkins la ha estado importunando?».

Me ha sorprendido lo poco que ha tardado en adivinarlo, a menos, claro está, que le haya dado más indicios de lo que imaginaba. Me he sentido realmente confundida cuando me he oído responder una estupidez del tipo: «No,

sí, no, claro que no».

«No se le da bien contar mentirijillas», ha dicho.

«No sé a qué se refiere», le he respondido, «y creo que será mejor que vuelva abajo. No piense que le estoy echando, es solo que creo que es hora de que regrese a intentar hacerles reír con algún comentario gracioso. Quizá esta vez lo consiga».

«Tampoco se le da bien fingir que no sabe lo que la gente quiere decir, cuando lo ha entendido perfectamente», ha dicho. No estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. «No, todavía no es hora de que vuelva a bajar, ¡y usted sabe de sobra a qué me refiero!».

«Bien. Supongamos que es así. Pero ahora quiero que me diga una cosa», le he dicho. «¿Qué le hace pensar que el señor Hopkins ha podido molestarme?».

«¿Quiere que se lo diga sin rodeos?», ha preguntado. «¿O prefiere que se lo suelte envuelto entre algodones?».

«Mejor sin rodeos», le he respondido. «O no. Mejor entre algodones».

«No, no lo haré», ha dicho. «Supongo que el señor Hopkins molestaría a cualquiera, pero sobre todo a una chica encantadora como usted».

Eso es exactamente lo que ha dicho. Por estúpido que pueda parecer, me he sonrojado, pero es que no he podido evitarlo. Obviamente, algo tenía que responderle, así que le he dicho, como una auténtica idiota, que el señor Hopkins no me había molestado, pero que temía que lo hiciera, y en cierto modo eso no ha hecho más que empeorarlo y me he puesto roja como un tomate.

«Condenado sinvergüenza», le he oído decir. Y ha hablado con tanta vehemencia que casi me ha asustado.

«¿No pensará pelearse con él?», le he preguntado.

«Tengo ganas de darle un puñetazo en la nariz», ha sido su respuesta.

«Puede hacerlo, claro, pero no lo hará, ¿verdad?», le he pedido. «¡Prométamelo!».

Me lo ha prometido y después le he dicho que creía que esta vez sí debía bajar al comedor. No porque yo quisiera que se fuera, estoy segura de que así lo ha entendido, sino pensando en los demás. Así que, después de intercambiar unas palabras, se ha ido.

Uno de los motivos por los que me parecía que debía marcharse es porque la gente siempre piensa lo peor. Claro que normalmente tienen razón.

## XII

### Una cena *con fuoco*

Cuando David regresó al comedor, se encontró a Lydia luchando con valentía — aunque no con demasiado éxito— contra el desánimo reinante. El señor Maltby, que en ocasiones le prestaba su ayuda, parecía haberse encerrado de nuevo en su concha y estaba sumido en sus propias cavilaciones. La conversación de Lydia había quedado pues a merced del señor Hopkins y de Smith, que eran una maldición para cualquier compañía. Por separado habrían sido insoportables. Juntos formaban una fuente de constante irritación nerviosa no solo para los demás, sino para ellos mismos. El señor Hopkins era el peor de los dos. Sus intentos por ocultar su evidente incomodidad le habían vuelto malicioso y, olvidando el peligro que implicaba provocar al señor Smith, o quizá incapaz de controlarse, había convertido al inflamable individuo en el blanco de su malicia. No le faltaba motivo.

—Pero bueno, ¿es necesario que me clave los codos en la cara? —rugió, enfadado.

Había sido un error por parte de Lydia sentar a Smith en la silla contigua. Lo que Lydia había pretendido sentándoles juntos para cenar era que los dos hombres dejaran de tenerse ganas al no verse el uno frente al otro, aunque el esfuerzo, a pesar de haber sido un buen intento, había sido en vano.

—Levante la cabeza y así no le daré con ellos —replicó Smith.

—¡Tengo que comer, hombrecito!

—¡Déjese de «hombrecito» conmigo! Yo también tengo que comer, ¡pero no me paso el rato subiendo y bajando la cara!

—¡Qué desvergüenza! ¡A lo mejor no, pero no deja de meter y sacar los codos!

—¿Y de quién son estos codos, si puede saberse?

—Ya que estamos, ¿de quién es esta cara? La cara es mía y los codos son suyos, ¡y simplemente le estoy pidiendo que aparte los codos porque no los quiero!

—Bueno, pues a mí tampoco me gusta su cara.

Lydia decidió intervenir.

—Quizá —sugirió pacientemente—, sus miembros y sus caras no se molestarían tanto si separaran las sillas.

—No pienso mover la mía —masculló Smith—. Que mueva él la suya.

El señor Hopkins no tenía intención de hacer la más mínima concesión.

—¿Y por qué tengo que ser yo quien la mueva? —preguntó—. ¡Es la mayor grosería que he oído en toda mi vida!

—Es un mundo grosero este —murmuró el señor Maltby.

—¡Gracias por nada! —replicó el señor Hopkins.

David se había quedado en la puerta. En cuanto regresó a su silla, Lydia se giró y lo miró aliviada.

—Bienvenido de nuevo al seno de la cariñosa familia —exclamó—. Aunque todavía no he renunciado a mi idea de pasar una Navidad feliz, la paz y la buena voluntad tendrán que empezar a calentar motores, David. ¿Qué tal las cosas en la cubierta superior?

—Mejor que en la inferior —respondió su hermano sonriente—. Al parecer, me habéis echado de menos. ¿Debo quizá recurrir a medidas de emergencia e intentar ser gracioso?

—La situación no es tan desesperada. Has estado arriba un buen rato.

—Sí. Me he compadecido de su soledad.

—¿Y qué tal se encuentra Su Soledad?

—Creo que mejor. Ha salido de la cama para avivar el fuego. ¡Ah, pero no debía mencionarlo!

—¿Y por qué no le has ahorrado la molestia y lo has avivado tú mismo?

—Porque no he estado presente durante la operación. Todo ha terminado antes de que llegara el salmón. Por cierto, ¿a cuánto sale cada lata? Si no me equivoco, estamos utilizando dos.

—A una libra con seis peniques, más o menos.

—Las dos latas salen por unas tres libras que habrá que añadir a la lista de gastos.

—Y dos latas más de piña troceada, que suman otra libra. ¡La cuenta está subiendo tan rápido como la nieve!

—Y una no dejará de hacerlo hasta que lo haga la otra —dijo David—. Me alegro de haber sacado tres mil libras antes de partir.

Lydia se volvió hacia Smith, que había levantado la cabeza.

—Otro ejemplo del humor de mi hermano —lo tranquilizó—. Ni siquiera tiene tres mil peniques.

La conversación continuó a trompicones. Los dos hermanos hacían lo que podían. Cuando el salmón desapareció y llegó la piña, el señor Hopkins se levantó empujando ruidosamente la silla al tiempo que exclamaba: «Vamos, vamos. Yo lo llevaré arriba. No estoy haciendo nada». Lydia y David intercambiaron una mirada cómplice.

—No creo que el señor Thomson vaya a querer comer nada —dijo Lydia, mostrándose deliberadamente obtusa.

—¿Thomson? ¿Eh? —saltó el señor Hopkins—. ¡Ah! ¿Y qué hay de la señorita Noyes?

—Yo le llevaré la cena —respondió Lydia.

Y entonces el señor Hopkins estalló, y por fin llegó la tormenta que había estado esperando el señor Maltby. De hecho, lo que le sorprendía era que se hubiera retrasado tanto.

—Pero ¿qué demonios les pasa conmigo? —espetó el señor Hopkins con el rostro teñido de violeta—. ¿Por qué están todos contra mí? ¡Haga esto, haga esto otro, no haga esto, no haga aquello! ¿Ni siquiera puedo ofrecerme a ayudar a llevar una bandeja? ¿Qué soy? ¿Un leproso?

—No se ponga usted así, se lo ruego, señor Hopkins —le suplicó Lydia con recelo.

—¿Quién se ha puesto de ninguna manera?

—Simplemente quería ver cómo se encontraba la señorita Noyes.

—¡Pues no ha querido ver cómo se encontraba cuando su hermano se ha ofrecido a subir la bandeja! —replicó el iracundo hombre. Si lamentaba su reacción, parecía incapaz de recular. La marea le cubría, arrastrándolo con ella—. Supongo que él también quería ver cómo se encontraba, ¿eh? Sí, ¡y se ha pasado ahí arriba un buen rato!

—Voy a pasar por alto el comentario, señor Hopkins —dijo David.

—Me trae sin cuidado lo que haga. Estoy harto de que me digan lo que debo hacer y lo que no. Aquí somos todos iguales, ¿no? ¿Quién ha cogido aquí las riendas? ¿Acaso soy yo el caballo?

—No. Es usted el maldito burro —replicó Smith.

El señor Hopkins se volvió ferozmente hacia él.

—Escúcheme bien, ¡no pienso aguantar ni una más de sus groserías! —exclamó—. A usted es a quien habría que ensillar. Sí, ¿y por qué no lo han hecho ya? Aparecer y mentir como lo ha hecho, y todos bajando la cabeza...

—¡Oiga! ¿Qué dice? —le interrumpió Smith mientras su feo rostro se ensombrecía.

—¡Oh, cállese!

—¿Quién miente?

—¡Usted, y bien que lo sabe! ¡Y ahora cierre el pico!

Los dedos de Smith empezaron a clavarse en el mantel como si estuviera intentando controlarlos.

—¿Yo? ¿A mí me manda usted callar? —dijo, fulminándolo con la mirada—. Me callaré cuando retire lo que ha dicho.

—No pienso retirar nada —contraatacó el señor Hopkins.

—¿Ah, no?

—No.

El señor Maltby se aclaró la garganta.

—Creo, caballeros... —empezó, pero no pudo continuar. Smith lo cortó.

—Usted no se meta —gritó—. ¡Esto es entre él y yo! Nunca he dejado que una bola de grasa me llame mentiroso y no pienso hacerlo esta vez. —Se volvió hacia el señor Hopkins—. ¿Cuándo he mentido yo? Vamos, suéltelo.

—No es necesario que se lo recuerde —respondió el señor Hopkins, poniendo todo su empeño en mantener la voz firme.

—¿Ah, no? Pues yo no lo veo así, ¿se entera? ¿Cuándo he mentido?

—De acuerdo, maldita sea. Si insiste, lo tendrá. Cuando ha dicho que no iba en nuestro tren.

—Ah, ¿usted iba en el tren?

—¡Y no lo he negado!

—¿Y por qué iba a hacerlo yo?

—¿También quiere que le responda a eso?

—¡Adelante!

El señor Hopkins vaciló. Tenía la cara más roja que nunca, pero no solo a causa de la rabia. Se debatía contra el miedo.

—¿Lo ve? ¡No tiene nada que decir! Un charlatán, eso es lo que es, y por una moneda de dos peniques le cogería su maldita nariz y se la retorcería...

—¡Porque es usted un asesino, por eso! —gritó el señor Hopkins—. Porque fue usted quien mató a ese hombre. Ahí lo tiene...

Un instante después cayó de espaldas cuando el puño de Smith impactó de pleno en su barbilla.

—Deprisa, David —dijo Lydia en voz baja mientras el señor Maltby se levantaba de la silla. Pero David ya estaba de pie y rodeaba la mesa a toda prisa hacia la otra punta.

El señor Hopkins intentó levantarse, pero antes de que pudiera recuperarse, Smith volvió a atacarlo. Lydia jamás olvidaría la cara de Smith en ese instante. Después la describiría como «absolutamente homicida». Mientras los brazos desesperados del señor Hopkins se entrelazaban alrededor de Smith, los dedos de este le apretaban el cuello. La cara del señor Hopkins tampoco evocaba ningún recuerdo agradable.

—Yo no me preocuparía, señor Smith —dijo la voz del señor Maltby con una tranquilidad que resultó tan increíble como inoportuna—. El asesino es el señor Hopkins. —Los dedos de Smith dejaron por un momento de apretar—. Suéltelo. Nosotros nos encargaremos del resto.

Detrás de Smith, el señor Maltby hizo una fugaz señal a David y este, que pilló al vuelo la estratagema, se abalanzó sobre Smith mientras el señor Hopkins caía desmayado al suelo. Pero Smith tenía la fuerza de un toro y su instinto de supervivencia, sumado a una ira furibunda por haber sido víctima del engaño, le llevó a pelear como un tigre. Algunas sillas salieron volando. Lo mismo le ocurrió al señor Maltby cuando tropezó con una de ellas al dirigirse a la refriega. Lydia agarró una pierna y enseguida descubrió que era la de su hermano. Viéndose por un momento libre gracias a este percance, Smith se alejó de un salto, cogió un cuchillo de la mesa y huyó de la sala.

Lydia salió tras él una décima de segundo después. Cuando llegó al *hall*, lo encontró vacío. No se detuvo a buscar al enloquecido fugitivo, sino que subió la escalera sin detenerse hasta que llegó a la puerta de Jessie. Entonces hizo una pausa, inspiró hondo, tomando una bocanada de aire más que necesaria, y gritó:

—¿Todo bien ahí dentro?

—¡Sí! ¿Ha ocurrido algo? —llegó la respuesta desde la cama.

—No, solo he venido a preguntar. Le subiré el segundo plato en un par de minutos.

Se quedó, vacilante, donde estaba. No creía que Smith hubiera subido, pero no podía marcharse de allí sin estar completamente segura.

Oyó ruidos procedentes del piso inferior. David y el señor Maltby se habían recuperado y la estaban buscando.

—¡Lydia! ¿Dónde estás? —gritó la angustiada voz de su hermano. Lydia entendió que debía dejarse ver para calmar esa angustia y se deslizó hasta lo alto de la escalera.

—¡Estoy aquí arriba! —respondió con suavidad—. No creo que haya subido.

Entonces oyó una exclamación.

—¡No, no ha subido! —gritó David—. Quédate donde estás.

La exclamación provenía del señor Maltby. Una fría corriente de aire lo había llevado hasta la cocina en dirección a la puerta de atrás y había encontrado allí, junto a la puerta, una ventana abierta. De un modo u otro, Smith se las había ingeniado para huir. Esa era, en cualquier caso, la deducción. La puerta trasera estaba bloqueada por la ventisca.

David se reunió allí con el anciano. Durante un momento se quedaron los dos mirando a la oscuridad moteada de remolinos blancos. El señor Maltby levantó la mano con intención de cerrar la ventana.

—¡Afortunadamente nos hemos librado de él! —masculló David.

—Es una lástima que lleve encima ese cuchillo —respondió el señor Maltby.

—No le servirá de mucho ahí fuera —respondió David—. ¡Me pregunto cuánto durará!

También se preguntaba por qué el señor Maltby no cerraba la ventana.

—No. Por un momento he pensado que... en fin, este tratamiento de aire libre no ayudará a nuestra salud.

Empezó a cerrar la ventana y volvió a detenerse. Un chillido espantoso cruzó la oscuridad, tiñéndola de un horror renovado.

—¡Dios mío, qué ha sido eso! —jadeó David.

Intentó adelantarse, pero el señor Maltby lo apartó de un empujón y cerró la ventana con decisión.

—Volvamos al comedor —dijo—. Tenemos que hablar de algunas cosas.



## XIII

### La prueba B

Encontraron al señor Hopkins sentado en el suelo del comedor, parecía tremendamente compungido. Ya no tenía la cara violeta, sino pálida, y los ojos acuosos. También parecía experimentar cierta dificultad para tragar.

—Ese tipo ha estado a punto de asfixiarme —farfulló.

—Ha tenido suerte de que no lo consiguiera —respondió el señor Maltby sin la menor compasión.

—Ya veo. ¡Así que vuelvo a tener yo la culpa!

—Sin duda. No he visto un ejemplo más penoso de falta de control y ausencia de inteligencia. Todos sabíamos que Smith había asesinado a un hombre, probablemente empleando para ello el mismo método con el que ha intentado matarle a usted, pero Smith no lo sabía hasta que usted se lo ha dicho...

—Sabía que yo lo sabía —masculló el señor Hopkins.

—Dudo mucho, a juzgar por su actitud, que lo supiera —replicó el señor Maltby.

Si el señor Hopkins se mostraba incrédulo, David parecía igualmente perplejo.

—¡Vamos, señor Maltby! —exclamó—. Si no lo sabía, ¿por qué abandonó el tren con tanta prisa?

—Sí, y además mintió al respecto —añadió el señor Hopkins, tragando saliva—. ¿Cómo explica a eso?

—Uno de los dos motivos todavía es un misterio para ustedes —respondió el señor Maltby—, pero el otro debería resultar obvio. Smith sabía que había herido a ese hombre. Sin embargo, estoy razonablemente convencido de no estaba al corriente del verdadero alcance del daño causado. En cualquier caso, el simple ataque a alguien es en sí un delito criminal, de modo que abandonó a toda prisa el tren y negó haber estado jamás en él. ¿Creen quizá que si hubiera tenido en su conciencia la certeza de un asesinato y hubiera dado por hecho que también nosotros estábamos al corriente de ello, habría actuado como lo ha hecho? Estaba ansioso y preocupado. Usted en particular, señor Hopkins, ha sido para él un motivo de ansiedad. Pero Smith creía que, de momento, estaba mejor con nosotros que en... dondequiera que esté, ahí fuera, en la nieve.

—Supongo que tiene razón —dijo David tras una pausa—. Pero sigo sin entender del todo la actitud del señor Smith. Me refiero, claro, hasta este último estallido. Creo que, de haber estado en su lugar, yo me habría arriesgado y habría elegido la nieve.

—Pero usted desconoce cuál es su situación —sonrió el señor Maltby.

—¿Se refiere usted a... al otro motivo para abandonar el tren que ha mencionado antes?

El señor Maltby asintió.

—Eso ha jugado un papel muy importante en los movimientos que el señor Smith ha mostrado aquí. Sí, probablemente al final se habría arriesgado a optar por la nieve de todos modos, y me atrevo a decir que ya se había decidido por ese método de huida... por la ventana. Pero yo no tenía la menor intención de darle esa oportunidad. De no haber sido por usted, señor Hopkins, habríamos tenido a nuestro asesino encerrado esta noche, en vez de dejarle vagar por ahí libre con un cuchillo.

—¿Cuál era el otro motivo? —preguntó David.

—Llegaré a eso en un minuto. ¿Dónde está su hermana?

—Creo que arriba.

—Será mejor que suba a ver. No, espere. Iba a llevarle un poco de piña a la señorita Noyes. Llévase la usted, señor Carrington, y sugiérale a su hermana que se quede con la señorita Noyes y le haga compañía durante un rato. Pero le quiero aquí abajo en cuanto pueda, se lo ruego.

—De acuerdo —dijo David—. Buena idea.

—Su hermana tiene muchas agallas... la admiro —dijo el señor Maltby mientras David cogía el plato de piña que tendría que haber estado arriba desde hacía un buen rato—, pero quizá no sea necesario añadir más tensión a la que ya está soportando. Me pregunto, por cierto, si habrá oído lo mismo que nosotros. Si puede averiguarlo discretamente, ¿lo hará?

—Esa también es una buena idea —respondió David al tiempo que salía de la habitación.

El señor Hopkins, que acababa de levantarse de la alfombra y estaba tomando un sorbo de agua, mostró síntomas de una recobrada agitación.

—¿Si ha oído... lo mismo que ustedes? —preguntó—. ¿A qué se refiere?

—Ah, entonces, ¿usted no ha oído nada?

—¿Cuándo?

—Cuando hemos salido de la habitación. Medio minuto antes de que volviéramos.

—No lo sé. Me zumbaban los oídos. Todavía me siguen zumbando. Yo... creí que...

—¿Sí?

—Se ha levantado viento, ¿verdad?

—No ha sido el viento.

—Entonces ¿qué ha sido? ¡Responda! ¿Por qué no se deja de rodeos conmigo de una vez?

—Porque cada vez que debemos enfrentarnos a algo, señor Hopkins, es usted el que se anda con rodeos, y me veo obligado a hacer lo mismo para atraparle. ¿Ha oído algo o no ha oído nada?

—Sí, sí. Bueno, lo que quiero decir es que me ha parecido oír algo. Pero lo he achacado al viento, o a mi cabeza, o a las dos cosas. ¿Satisfecho?

—¿Y cómo describiría lo que ha oído, aparte del viento o de su cabeza?

—Como un... grito.

—Era un grito.

—¿Eh?

—Un grito totalmente sobrenatural.

—¿Sobrenatural? ¿No querrá usted decir con eso que...?

—Estaba convencido de que no creía usted en fantasmas, supercherías ni ninguna de esas bobadas. Creía que las había desenmascarado. En Rangún, si mal no recuerdo.

—¿Quién ha hablado de fantasmas? —replicó el señor Hopkins, intentando contraatacar.

—Oiga —dijo el señor Maltby—, ha pasado usted por una experiencia desagradable y solo por eso seré generoso. Pero ¿se acuerda de que cuando estábamos en el tren ha contado al menos media docena de historias en las que se atribuía un papel muy similar al del héroe? Soportó una nevada peor que esta sin una queja en Dawson City. Mató a un tigre cuando la fiera saltó sobre usted en su pequeño rincón de mascotas del mundo, la India. Le indicó a un bandido en China dónde debía bajarse. Y cito sus propias palabras, pues no es una expresión que yo utilice: enseñó a jugar al ajedrez a «un guerrero zulú». ¿No podría recuperar un poco de esa actitud aquí y ahora? Le aseguro, señor Hopkins, que la necesitará durante los próximos minutos mientras le cuento ciertas cosas, entre las que se incluye, si se me permite la mención, mi interpretación de ese grito... Ah, señor Carrington, qué rápido. ¿Cómo está su hermana? ¿Todo en orden?

David asintió al entrar.

—Todo en orden —respondió—. Se queda con la señorita Noyes. Ha oído lo mismo que nosotros y ha convenido que es la mejor opción.

—Es una mujer muy sensata.

—Pero ha puesto una condición.

—¿Cuál?

—Que no la mantengamos en la ignorancia a perpetuidad.

—De un modo u otro todos estamos sumidos en la ignorancia —respondió el señor Maltby—. Sin embargo, propongo ahora mismo que intentemos encontrar un poco de luz. Aguarden un instante.

Salió de la habitación y durante un minuto David y el señor Hopkins tuvieron que soportar la compañía mutua.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó David.

—Agradezco su amable interés —respondió el señor Hopkins—. Sí, voy encontrándome mejor.

—Ese tipo era muy peligroso.

—Una vez más, le agradezco la información.

—¡Siento haber hablado!

Guardaron un silencio incómodo hasta el regreso del señor Maltby. El anciano llevaba tres objetos que puso con sumo cuidado encima de la mesa, despejando un pequeño espacio para poder colocarlos. Uno era un martillo. El segundo, un portadocumentos de piel negro. El tercero, un sobre desgarrado del que asomaba una hoja de papel rota. Sus compañeros lo observaban con interés.

—Prueba A —empezó el anciano, tocando el martillo—. Lo he encontrado de camino hacia aquí, junto a la casa. Estaba parcialmente, aunque no del todo, cubierto de nieve. ¿Les sugiere eso algo?

—A mí sí —respondió David.

—¿Qué?

—Que deben de haberlo dejado allí o se le ha caído a alguien hace muy poco, de lo contrario habría estado totalmente cubierto de nieve.

—Buen apunte, señor Carrington. Su conclusión es la misma que la mía. Lo cogí y me lo guardé en el bolsillo. Volveremos al martillo cuando describa un pequeño incidente. Prueba B. —Señaló el portadocumentos negro—. Encontré esto en la buhardilla. También volveremos a hablar de ello cuando describa otro pequeño incidente. Prueba C. —Tocó el sobre y el papel desgarrados—. Encontré esto en la papelera de la habitación que ocupa el señor Thomson. El mismo comentario que los que he dedicado a las pruebas anteriores es válido para esta.

»He mencionado estos tres artículos en el orden en que los he encontrado, pero nos centraremos primero en la segunda prueba, la B, porque está relacionada con el sujeto de nuestra primera pregunta. Esto es, Smith. Creo que puedo reconstruir su historia al completo, o lo que es lo mismo, desde antes de que bajara del tren hasta el momento después de que se marchara de aquí definitivamente. Al menos esperamos que sea eso, para siempre, aunque quizá su historia no haya terminado aquí. Las otras dos pruebas, la A y la C, pertenecen a una segunda historia, gran parte de la cual creo que podemos también reconstruir. Habrá sin embargo espacios en blanco en la segunda historia que intentaremos rellenar después. Es la historia de esta casa y de cómo llegó a quedarse en las condiciones en que nosotros la encontramos.

—¿Cree que lo ha descubierto? —preguntó David.

—Creo que en parte. Y, curiosamente, es la conclusión de la historia de Smith la que ha ofrecido, o confirmado, un detalle vital de la segunda. Sí, a menos que esté equivocado, en esa conclusión se tocan las dos historias. Nuestras historias personales, por supuesto, son hasta la fecha tan solo incidentales.

—Un momento, señor Maltby —intervino David.

—¿Sí?

—La conclusión de la historia de Smith. ¿Se refiere al... grito?

—Si no me equivoco, ese es exactamente el punto de unión de las dos historias. Bien, centrémonos en la primera. Empezó cuando un tipo llamado Smith, aunque es

probable que sea conocido por la policía por muchos otros nombres, mató a W. T. Barling.

—¿Barling? —exclamó Hopkins—. ¿Cómo demonios sabe usted su nombre?

—El nombre, aunque no la dirección, está en una tarjeta que contiene el portadocumentos. ¡No, no lo toque! —añadió con sequedad al tiempo que la mano de Hopkins se extendía hacia delante—. ¡No toque nada! Puede estar seguro de que, desde que fui consciente de su relevancia, he manejado estas pruebas con el mayor cuidado. Como lo hice con el cuchillo del pan cuando lo guardé. Quizá haya huellas dactilares que sean de utilidad en algunos de estos artículos.

David reparó en que los ojos del anciano se desplazaban durante un instante hasta el martillo.

—El portadocumentos también contiene cuarenta y cuatro pagarés del Tesoro de una libra —prosiguió el señor Maltby—, que, para un hombre con la mentalidad de Smith, son sin duda merecedores del riesgo asumido. Aun así, podemos estar razonablemente seguros de que Smith no era consciente del riesgo que corría cuando robó el portadocumentos. Permítanme que reconstruya las acciones de Smith, de este modo podrán decirme dónde falla mi lógica.

»Barling, que viajaba en el compartimento contiguo al nuestro, duerme en su rincón. Smith es la única persona que viaja con él en el compartimento y ve su oportunidad. Quizá Barling haya mostrado su maletín antes de quedarse dormido, o puede que a Smith simplemente le haya acompañado la intuición. Estos ladrones tienen un gran olfato y enseguida nos clasifican desde su óptica particular. ¿Cómo iba vestido Barling, señor Hopkins? ¿Lo recuerda?

—¿Eh? ¡No! Sí, lo recuerdo —exclamó el señor Hopkins con un respingo—. Con un traje de *tweed*. Muy chillón. Eso es, sí.

—¿Definiría su aspecto como «informal»?

—Bueno, ahora que lo dice... aunque no podría afirmarlo con seguridad.

—No le pido que esté seguro. Solo su impresión.

—Esa fue mi impresión, sí. Es decir, no en ese momento, pero, en fin, ahora que lo dice...

—Entonces, todo encajaría si Barling, un tipo informal, hubiera ganado una fortuna y hubiera cometido la imprudencia de fanfarronear de ello. En cualquier caso, Smith robó el portadocumentos, pero no fue lo bastante listo y despertó a Barling. Hubo un forcejeo...

—Nosotros no oímos nada —lo interrumpió David.

—¿Oyó acaso algo mientras los dedos de Smith estrangulaban el cuello del señor Hopkins?

El señor Hopkins pareció sobresaltado y tragó saliva al recordar lo sucedido.

—Fue un forcejeo breve y silencioso. Probablemente todo ocurrió en apenas un instante y, antes de que los dos hombres se dieran cuenta, estaban intentando matarse. En cuanto Smith huele el peligro, no espera. Actúa.

—¡Dios mío, sí! —masculló el señor Hopkins.

—El señor Hopkins confirmará lo que digo cuando sugiero que las manos de Smith son lo bastante fuertes para estrangular a un hombre...

—Sí, pero si no le importa...

—Enseguida me fijé en sus manos, del mismo modo que me fijé en su frente estrecha y en lo planas que tiene la nuca y la parte posterior de la cabeza. Repito entonces: fue un forcejeo breve y silencioso. Esos dos no se enzarzaron en una pelea a puñetazos. Smith no mostraba moratones visibles. No tenía restos de sangre en la ropa. Además, como acaba de recordarnos Carrington, no oímos nada, ningún grito de ira ni de agonía. Barling murió por estrangulamiento, y cuando las manos de Smith hubieron hecho su trabajo y Barling cayó silenciosamente al suelo del compartimento (donde usted y el revisor dieron con él, señor Hopkins), Smith tuvo un momento de duda. No sabía si había matado a Barling. Quizá le pareciera improbable. Pero le había infligido un daño considerable y no esperó a descubrir su dimensión total. Entró en pánico y huyó del tren. Y yo le seguí.

—Todavía no alcanzo a entender por qué le siguió —dijo David al tiempo que su mente volvía a centrarse en el momento presente.

—No estoy seguro de poder explicarlo de un modo que lo entienda —respondió el anciano—. Juzgamos la vida a partir de nuestras reacciones y sensaciones, y también las de los demás a menudo son simples teorías incomprensibles. —Hizo una pausa y miró de nuevo el martillo—. ¿Creería usted, por ejemplo, que ciertas personas, y creo que hay una en esta misma casa, podrían experimentar una reacción violenta con solo notar en la frente el contacto de un objeto que ha sido utilizado violentamente en otra?

—¡Oh, sí! Recuerdo un caso de algo parecido —exclamó el señor Hopkins inesperadamente—. Fue en Suramérica. A una anciana la tocaron con un trozo de madera y gritó que se caía. Era el trozo de un avión que se había estrellado.

Por una vez, el señor Hopkins había contado algo que era apropiado a la vez que interesante.

—La misma idea —asintió el señor Maltby.

—Pero ¿quién es la persona de esta casa que...? ¿No se referirá a mí?

—No, no me refería a usted. Ni a mí. He sacado a colación esa facultad paranormal como un ejemplo de lo aparentemente imposible. Mi propia experiencia no se debió a un contacto real con ningún objeto. Bajé del tren a partir de una secuencia de tres sensaciones relacionadas entre sí y que se sucedieron de una forma tan rápida que crearon en mí un impulso ingobernable. Obviamente, en ese momento yo no podía imaginar que se había cometido un asesinato, de lo contrario habría actuado de otro modo. Pero recordará usted, señor Hopkins, que cuando nos comunicó la noticia de la tragedia yo adiviné el compartimento en el que había ocurrido y también pude indicar... después... su naturaleza.

»La primera sensación fue un desasosiego que a veces, aunque no siempre, recibo

cuando acaba de ocurrir algo violento. A veces la experimento cuando va a ocurrir.

—¿La tiene ahora? —preguntó el señor Hopkins.

—Estoy convencido de que algo va a suceder —respondió el señor Maltby—, aunque no sabría decir si será violento. La segunda sensación llegó provocada, o así lo creo ahora, por un sonido. Así que, después de todo, quizá Barling alcanzó a emitir algún ruido que mi oído percibió débilmente, pero no supo descifrarlo. La tercera fue una sensación de una naturaleza más obvia, provocada por el hecho de haber visto al señor Smith. Supe, sin necesidad de evidencia alguna, que tenía delante de mis ojos a un hombre que huía y supe que había que apresarlo. Mi error —añadió enigmáticamente— fue creer que podría atraparlo. Como bien saben, perdí a Smith. Se fundió con la nieve y desapareció. Y mientras yo avanzaba a trompicones tras él, perdiéndome y, como sabrán a su debido tiempo, obteniendo mi primer atisbo de la segunda historia, esto es lo que hizo Smith: llegó a la casa, a esta casa. Vio que la puerta estaba abierta...

—Nosotros no la encontramos abierta —le interrumpió David—. Estaba cerrada, pero no con llave.

—Smith la cerró.

—Pero ¿cómo sabe usted que estaba abierta cuando Smith llegó aquí? —preguntó el señor Hopkins.

Estaba recuperando algo de la seguridad en sí mismo que había tenido antes del incidente. Su historia de Suramérica había sido un tónico mental. Por otro lado, su garganta había recuperado prácticamente la normalidad.

El señor Maltby sonrió.

—Tiene usted razón. No lo sé. Lo deduzco a partir de la conclusión de que Smith no habría entrado de no haber sido así. Por otro lado, quizá se arriesgara y asomara la cabeza por la puerta abierta, pero eso es algo que también deduzco a partir de otro hecho que forma parte de la segunda historia. Smith entró y encontró la casa vacía. Subió corriendo a la buhardilla. Allí estaba cuando usted llegó, señor Carrington. Él fue la persona a la que oyó en la habitación y que obviamente no le respondió cuando usted gritó desde el otro lado de la puerta.

—¿Quiere decir que se atrincheró allí dentro y se encerró?

—Probablemente cerró la puerta con llave cuando le oyó llegar. Luego, cuando supo que usted no iba a marcharse de la casa y que estaba atrapado...

—No tenía nada que temer de mí.

—¿Él lo sabía?

—Naturalmente que no. He ahí un error en mi percepción.

—No necesitaba saber que había cometido un asesinato para temer la presencia de desconocidos, sobre todo teniendo en cuenta que se había colado en una casa ajena. Sabía que había cometido un asalto y un robo. Cuando vio que usted no se marchaba, intentó escapar. Primero abrió la puerta de la buhardilla. No funcionó. Voces abajo. Luego, olvidando volver a cerrar con llave la puerta, corrió hacia la

ventana y lo intentó por allí. Consiguió salir. Encontré la ventana abierta, apenas una rendija. No la había cerrado del todo. Hay un tejado bajo sobre el que podría haber saltado y sin duda la nieve le ayudó. Pero luego me percaté, si ustedes no lo hicieron, de que Smith intentaba disimular una leve cojera.

—No, no me di cuenta —respondió David—, pero después de mi error en el expediente permítame que me apunte un tanto. Cuando Smith llegó al suelo, ¿se encontró con usted?

—Sí, creo que fue unos segundos más tarde.

—Pero ¿por qué volvió con usted?

—Eso, ¿por qué no completó su huida? —añadió el señor Hopkins—. ¿No fue una estupidez por su parte?

—Porque se había olvidado el portadocumentos —respondió el señor Maltby.

—Ah, claro. Y usted dio con él. ¿Dónde?

—Detrás de un baúl, junto a la ventana. Probablemente estuviera examinándolo cuando apareció usted, señor Carrington. Quizá no sabía hasta entonces la cantidad que contenía. Pero usted le provocó un *shock* y cuando fue hasta la ventana y se subió al baúl, el portadocumentos se le cayó de la mano o del bolsillo. Cuarenta y cuatro libras, una trágica suma que no podía permitirse el lujo de perder después de haberse tomado tantas molestias. Merecía la pena volver a por ellas en compañía de un inofensivo y confiado anciano... Pero las cuarenta y cuatro libras siguen aquí, en esta mesa.

Miraron la prueba B, llena a reventar con el coste de la vida de un hombre.

—Y volvió a marcharse —recordó David.

—Y regresó de nuevo —respondió el señor Maltby—. Ese grito de «Ayuda» lo asustó de verdad. Sin embargo, no estoy seguro de si su tercera visita estuvo motivada por el portadocumentos o por el estado del tiempo. Quizá fuera una combinación de ambas cosas.

—Pero sabemos que intentó subir a la buhardilla y que, primero uno de nosotros y después otro, le impedimos el paso, algunos conscientemente, otros inconscientemente. La señorita Carrington, por ejemplo, ¿no tenía ni idea de lo que buscaba esa oveja descarriada cuando le obligó a volver! En cualquier caso, Smith habría conseguido subir a la buhardilla antes o después, porque creía que era dueño de la situación y esperaba, paciente, su oportunidad. Usted era la única persona a la que tenía que vigilar, señor Hopkins. Smith no sabía que nos había hablado de la tragedia, como tampoco sabía cuál había sido la dimensión de la misma.

—¿Y no tenía que vigilarle también a usted? —preguntó David—. Fue usted quien encontró su billete de tren.

—Ah, pero es que también yo esperaba, paciente, mi oportunidad —replicó el señor Maltby—. ¿Recuerda cómo cambié de actitud con él para que bajara la guardia y cómo conseguí subir a la buhardilla antes de que pudiera hacerlo él? Después de lo que usted me había dicho, sentía curiosidad por esa buhardilla y cuando subí encontré



el portadocumentos.

»Pero no quería que Smith supiera que lo había encontrado hasta haber deliberado un poco más sobre la peliaguda situación. Si Smith hubiera subido a la buhardilla en ese instante, se habría encontrado con la puerta cerrada de nuevo. Más tarde, después de mi reflexión, pergeñé otro plan y abrí la puerta de la buhardilla. El plan consistía en seguir a Smith arriba cuando fuera a por su objetivo y encerrarlo dentro.

—Podría haber vuelto a huir por la ventana.

—Podría, cierto, pero ahora hay una persiana de madera que cubre la ventana y está totalmente atornillada. No lo habría tenido fácil.

El señor Maltby se volvió hacia el señor Hopkins al tiempo que se encogía de hombros.

—Pero todo esto no es más que pura teoría, pues Smith ha desaparecido. Y quizá fuera mera justicia poética el hecho de que el camino que Smith haya elegido para huir (si es que lo logra) haya tomado la dirección que ha tomado. Apostaría a que Smith ha gritado porque ha creído ver al fantasma del señor W. T. Barling.

## XIV

### Las pruebas A y C

El señor Hopkins se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente. No era la primera vez que lo hacía, pero hasta el momento su frente no había precisado el gesto de un modo tan apremiante.

—¿Qué... qué significa eso?

—Significa que... —respondió el señor Maltby— que probablemente W. T. Barling no es la única persona que ha sido asesinada hoy y que el cuerpo de la segunda víctima está más cerca de nosotros que del propio Barling. Significa que Smith, en su última huida, tropezó con el cuerpo y quizá a estas alturas, además de asesino, se haya convertido en un demente (provisto de un cuchillo) que delira.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque a punto estuve de tropezar yo mismo con el cuerpo. Pero en ese momento creí que era un leño.

—En ese caso, puesto que ahora ya no cree que sea un leño, ¿no deberíamos salir a buscarlo? —preguntó David con voz queda.

Su propia calma lo sorprendió. La atribuyó a la posibilidad de que quizá estuviera empezando a dejar que el horror lo paralizara. Sin embargo, no había sombra de parálisis en los ojos desorbitados del señor Hopkins.

—No creo que si sale a buscarlo tenga la misma suerte que el señor Smith y dé con él —respondió el señor Maltby—. De hecho, quizá se encuentre con el propio Smith y se convierta en una más de la creciente lista de víctimas.

—Pero...

—Como buen ciudadano británico y fiel defensor de la ley, ¿siente usted que tiene que cumplir un deber? En ese caso, no lo detendré. Pero antes de partir a su enloquecida cacería, recuerde que el cuerpo está indudablemente muerto, mientras que usted ni siquiera ha recibido prueba alguna de su existencia.

—De acuerdo. ¿Podría facilitarme esa prueba?

—No. No la hay. O al menos no tal como usted entiende la palabra. Pero puede oír la segunda historia que yo estoy esperando contar y el retraso quizá reduzca sus posibilidades de encontrarse con el cuchillo de Smith. ¿Sigo?

—Se lo ruego.

—De acuerdo. Historia número dos: prueba C.

Cogió el sobre rasgado de encima de la mesa y extrajo con cuidado la hoja de papel rota, alisándola sobre sus rodillas.

—Como ya he dicho, encontré esto en la papelera del dormitorio de Thomson. Es un trozo de una carta y les leeré a continuación las palabras legibles que contiene:

QUERIDO CHARLES:

Iré a  
pasar la Navidad en  
compra para una semana  
a ti las cosas  
seremos dos  
hija y yo, e inclu  
el coste. Espero  
pera de Navidad, probablemente  
justo antes de cenar.  
nada de esta vis...

Tras volver a introducir la carta en el fragmento de sobre, el señor Maltby prosiguió:

—Lamentablemente, la firma no figura, así que desconocemos el nombre del remitente. Aun así, podemos deducir el nombre del receptor a partir de lo que aparece en el sobre: «rles Shaw». La carta, por lo tanto, era de una persona desconocida a Charles Shaw, y la carta completa, hasta el punto en el que queda interrumpida, es probable que dijera lo siguiente: «Querido Charles, iré a pasar la Navidad a (dondequiera que sea), así que haga la compra para una semana. Le dejaré a usted las cosas, pero seremos dos, mi hija y yo, e incluyo (no sé cuál es la cantidad que el remitente incluía) para cubrir el coste. Espero llegar la víspera de Navidad, probablemente por la noche (o por la tarde), justo antes de cenar. No comente nada de esta visita». Debemos deducir que Charles Shaw era el criado o el guarda. También creo que podemos deducir que el hombre dormía en la habitación que ahora ocupa Thomson, pues allí fue donde encontré el trozo de la carta y porque la habitación ha estado ocupada recientemente. Había un cepillo de dientes húmedo en un vaso y la jarra estaba llena de agua. Vi también un pijama colgando de un gancho en la puerta. Muy bien. Charles recibe esta carta (es una pena que la fecha esté arrancada) y compra viandas para una semana, ajeno al hecho de que algunas de ellas serán en su momento consumidas por un grupo de personas encerradas aquí procedentes de un tren. Por cierto, doy por supuesto que Charles estaba solo en esta casa en ausencia de su señor y que estaba solo cuando recibió la carta, como también lo estaba esta mañana al levantarse. ¿Diría usted que ha dormido alguien recientemente en el dormitorio que se ha agenciado, señor Hopkins?

—No me lo parece —respondió el señor Hopkins tras pensarlo durante un instante—. No, no lo creo. He encontrado varias telas de araña.

—En ese caso, Charles no es tan meticuloso como debería. ¿Y qué me dice de la jarra de agua y la palangana?

El señor Hopkins volvió a pensar.

—¡Oh, sí, ya lo creo! —exclamó de pronto—. ¡Me lavé!

—¿Y encontró toallas?

—Así es. ¡No tuve que usar mi pañuelo!

—¿Recuerda usted si la toalla que usó estaba limpia o usada? ¿Y la pastilla de jabón era nueva?

—La toalla estaba limpia y la pastilla era nueva.

—Lo que sugiere que nadie había dormido en la habitación recientemente, pero que sí estaba preparada para que alguien lo hiciera esta noche. Todo encaja. ¿Y el cuarto de su hermana, señor Carrington? ¿Puede ayudarme con eso?

—Sí —respondió David—. Mi hermana me dijo que sumara «ensuciadas dos toallas limpias, gastada pastilla de jabón y uso de cepillo de uñas» a la cuenta de gastos.

El señor Maltby asintió.

—Bien. El panorama empieza a estar claro. Tras almacenar las provisiones, el solitario Charles aguarda la llegada de su señor y de la hija de este. Esta mañana les prepara dos habitaciones, pero no tan cuidadosamente como debería. Olvida limpiar no pocas telas de araña. ¿Sugiere eso un defecto en el carácter de Charles o acaso tiene el criado algo en mente?... ¿Algo en mente?... ¿Me pregunto si no estará acaso preocupado por el cuadro del *hall*?

—¿Por qué lo dice? —preguntó David.

—No estoy seguro del todo —respondió el anciano—. Me dejo guiar un poco a ciegas por mis sensaciones, así como por hechos conocidos y deducidos. Probablemente Charles estaba habituado a la soledad, pero es posible que uno tenga una sensación cuando menos extraña al levantarse la víspera de Navidad... solo en una casa como esta... rodeado de nieve, una nieve que sigue además cayendo sin cesar... blanco fuera y negro dentro... ¿eh?... y en la tenue luz de la mañana, bajar la escalera y tener delante ese cuadro... Sí, es posible. Seguro que se acuerda de que tuvimos la sensación de que el cuadro nos miraba, señor Carrington...

—Por Dios. ¡Yo también lo sentí! —exclamó el señor Hopkins.

—¿Ah, sí?

—¡Ya lo creo que sí!

«Este tipo se está volviendo cada vez más humano y natural», pensó David. «Quizá, después de todo, el miedo le siente bien».

—En ese caso, Charles quizá también lo haya sentido —dijo el señor Maltby.

—Sí, y el tipo del cuadro venía de camino —añadió el señor Hopkins.

El señor Maltby arrugó los labios.

—No necesariamente —respondió—. No sabemos si es un retrato del dueño de esta casa. Puede que lo sea, pero puede que no. Hay algo en el corte de su traje que lo sitúa en algún periodo previo a la guerra. Le calculo poco más de sesenta años. Tampoco es una edad tan avanzada, o al menos eso es lo que nos gusta pensar cuando llegamos a ella. Bien, si mis conocimientos sartoriales son correctos, el cuadro se pintó hace unos veinte años y el retratado tendría hoy unos ochenta y cinco. Esa sí es

una edad muy avanzada para estar viajando por la dura campiña en Navidad. A propósito —prosiguió, lanzando una mirada pícaro a David—, eso echa por tierra nuestra imagen romántica de la hija. Necesitamos algunos puntos positivos en nuestra reconstrucción. —Durante un instante se volvió hacia la prueba C—. Y esta letra, aunque no sea demasiado firme, no es la de un octogenario. Si el actual dueño de esta casa tuviera ochenta y cinco años, su hija, que rondaría los cincuenta o los sesenta, habría escrito esta carta en su lugar.

De pronto el señor Maltby frunció el ceño. Y le siguió un arrepentido encogimiento de hombros.

—Les ruego que me disculpen por estas aparentes distracciones —dijo—. De hecho, no son tal cosa en absoluto. Simplemente pienso en voz alta. Intento recrear, en la medida de lo posible, el ambiente y las circunstancias de esta casa cuando Charles se ha levantado esta mañana. Cuando encontramos el ambiente, los hechos se resuelven por sí solos en su interior. Oímos el trueno antes de que llegue. Las nubes de tormenta... un repentino y antinatural aleteo de las hojas quietas... un gato que se persigue la cola...

Se levantó de un brinco. El señor Hopkins se reclinó en la silla como si acabaran de dispararle. David se quedó quieto, aunque su frente registró una tensión fruto de la angustia.

—¡Veo a Charles! —gritó el anciano—. ¡Lo veo! ¡No su rostro! ¡Su alma! Aquí viene... por la escalera... sí, ahí está su rostro, ahora... pálido, mortalmente pálido... un hombre con un espíritu enfermo... aterrado... el cuadro... ¿lo está mirando, Charles?

Se calló. Volvió en silencio a su silla.

—Y ahora, centrémonos en esta tarde.

—¡No, espere un momento! —exclamó el señor Hopkins.

—¿Para qué? —preguntó el señor Maltby.

—Yo... no lo sé. Ah, sí. Sí que lo sé. ¿Creen que habrá... lo que quiero decir es... había *whisky* en la despensa?

—Vaya usted mismo a ver.

—¡Sí! —Se levantó, pero volvió a sentarse—. No. Continúe, continúe. —Su mano fue a coger su pañuelo, pero tampoco esta vez completó la operación que había empezado y la mano regresó tímida hasta su rodilla, como si se avergonzara de sí misma—. Naturalmente, no le ha visto —dijo con un amago de sonrisa—. A Charles, quiero decir. ¿Verdad?

—Con total claridad —respondió el señor Maltby.

—Sí, exacto —murmuró el señor Hopkins sin la menor idea de a qué se refería.

Acto seguido se olvidó de la vergüenza que le embargaba y se permitió secarse concienzudamente la frente.

—¿Puedo interrumpir con una pregunta? —inquirió David.

—Por supuesto —respondió el anciano.

—No estoy seguro de que resulte apropiada en el punto en el que estamos, pero... esa habitación, el cuarto al que desaconsejó entrar a Smith, ¿vio a alguien dentro?

El señor Maltby sonrió.

—Puedo responder a eso más claramente. Me temo que creé esa habitación en mi imaginación, así como la supuesta amenaza que acechaba dentro, aunque debo reconocer que inventar amenazas en esta casa es llover sobre mojado. Mi objetivo era que Smith dejara de ir por ahí deambulando solo, por los motivos que ya he expresado.

—Gracias. Ahora intentaré guardar silencio.

—No quiero que lo haga. Les estoy contando una historia y es su deber buscar las faltas que pueda haber en ella. Bien, prosigamos: llegamos a esta tarde. Charles, controlados ya sus posibles celos, enciende la chimenea en el *hall*, el salón, este comedor, la cocina... no, supuestamente la de la cocina ya estaba encendida... y la de dos habitaciones. Entiendo, por lo que ha dicho la señorita Carrington, que el fuego de la habitación del señor Thomson, o lo que es lo mismo, la habitación de Charles, estaba preparado pero no encendido, y que ella misma lo encendió cuando instalaron allí al señor Thomson.

—Así es, en efecto —respondió David—. Tengo en mi lista leña y carbón de la habitación de Thomson.

—¿Y por qué no añaden la cerilla a la lista? —murmuró el señor Hopkins.

—Una vez hecho eso, Charles espera —prosiguió el señor Maltby—, y llegan su señor y la hija de este.

—Me ha parecido que algo no cuadra en lo que acaba de contar, señor Maltby —dijo David.

—Oigámoslo.

—¿Cuándo llegaron?

—Calculo que esta tarde. Como recordarán, el té estaba preparado para ellos.

—Sí, pero según la interpretación que usted ha hecho de la carta, no los esperaban hasta esta noche, justo antes de cenar.

—Estoy de acuerdo en que parece que algo no cuadra en esta parte de la historia —asintió el señor Maltby—, aunque también parece demasiada coincidencia suponer que hubieran llegado otras dos personas, ¿no les parece?

—Quizá fueran visitas —sugirió el señor Hopkins.

—¿Visitas? ¿Con este tiempo? —preguntó el señor Maltby—. Además, ¿les parece probable que Charles tuviera visitas justo antes de la llegada de su señor? Obviamente, este no es el tiempo ideal para que pasen visitas a charlar un rato.

—Me he fijado en otro detalle —dijo David.

—¿Cuál?

—Las tazas. Había tres. ¿Tomaría Charles el té con los demás?

—Buena observación. No estoy seguro de tener la respuesta a eso. —El anciano frunció el ceño y dedicó una mirada casi acusadora a la prueba C—. Sí, sí, hay aquí

un par de cosillas... —Levantó las manos—. Su observación me sobrepasa de momento, señor Carrington. Quizá haya algún detalle trivial que nos dé la respuesta. Debemos recordarlo mientras continuamos con la que, a fin de cuentas, sigue siendo la hipótesis más probable, o lo que es lo mismo, que las personas para las que estaba servido el té eran las esperadas. El dueño de la casa y su hija. Quizá... sí, quizá cambiaron de planes y llegaron antes de hora debido al estado del tiempo.

—El tiempo les habría hecho retrasarse —arguyó el señor Hopkins.

—Siempre que no hubieran adelantado sus planes precisamente a causa de él —replicó el señor Maltby—. Eso es lo que ahora estoy sugiriendo.

—Cierto, cierto —murmuró el señor Hopkins—. Solo intentaba ayudar.

—Aun así, el punto débil no ha quedado resuelto. Aunque no me quedo satisfecho, por el momento esto parece ser lo mejor a lo que podemos llegar. El dueño de la casa y su hija llegan antes del té. ¿Cuánto tiempo antes? No mucho... Sabe Dios cómo habrán llegado aquí...

—Quizá sí llegaron mucho antes del té, señor Maltby —intervino David—, y lo hicieron por tanto antes de que el tiempo empeorara como lo ha hecho.

—En ese caso, ¿por qué no dan los dormitorios muestra de ello? Si llegaron mucho antes del té, habrían ido a sus habitaciones, pero si llegaron justo antes, quizá esperaron a tomar esa taza tan necesaria antes de subir.

—Y habrían dejado abajo el equipaje —respondió David—. ¿Dónde está?

—Sí, eso mismo iba a preguntar yo —exclamó el señor Hopkins, molesto por haber tardado demasiado en hacer la pregunta—. ¡No se les ocurriría venir a pasar una semana con tan solo un mondadientes!

—También yo me he hecho esa pregunta y todavía no he encontrado la respuesta —reconoció el señor Maltby—. Si llegaron en coche o en otro medio de transporte, sin duda debían de venir acompañados de su equipaje. Pero ¿qué les parece esto? No consiguieron ningún coche en la estación a la que llegaron, presumiblemente Hemmersby, situada a unos siete kilómetros de aquí. Decidieron, por tanto, dejar el equipaje en la estación y mandar a buscarlo después. No hay duda de que no trajeron equipaje.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo diré dentro de un minuto. El problema es que no tenemos la menor idea de por qué vinieron. Del motivo de su visita. Dudo mucho que fuera solo para pasar aquí la Navidad. Creo que vinieron por un motivo especial, un motivo que preocupaba considerablemente a Charles Shaw. Sí, si supiéramos por qué vinieron, quizá entenderíamos mejor cómo vinieron y también cómo se marcharon.

»En cualquier caso, lo cierto es que vinieron. Llegaron mientras nosotros charlábamos en el tren y mientras Smith mataba a Barling en el compartimento contiguo. Llegaron... y, al poco, algo ocurrió.

El señor Maltby hizo una pausa y su mirada viajó hasta la prueba A, el martillo. El señor Hopkins intentó impedir que sus ojos siguieran a los del anciano.

—No sabemos lo que pudo ser ese algo. Y tenemos que descubrirlo. No sabemos si la situación que se produjo fue espontánea o premeditada. Si el fantasma de ese anciano que cuelga en la pared tuviera voz propia, apuesto a que nos lo diría. ¡Quizá llegue a hacerlo! Pero sí conocemos cuál es la consecuencia. Había tres personas en esta casa y tres personas se marcharon de ella. Dos de las tres estaban vivas.

Se corrigió.

—No, me equivoco. Las tres estaban vivas, pero una murió dentro y las otras dos la sacaron después. Sin embargo, dudo que fuera así, pues a juzgar por nuestra actual evidencia, las tres salieron de la casa, pero una de ellas no llegó muy lejos.

»Escuchen: les he dicho que seguí a Smith y que lo perdí. También les he dicho que volví a dar con él justo antes de que ambos entráramos en la casa, yo por vez primera y Smith por segunda. Pero lo que no les he contado es lo que me ocurrió entre que perdí a Smith y volví a encontrarlo.

»Después de que él desapareciera, pude seguir sus huellas durante un rato del mismo modo que, más tarde, ustedes siguieron las mías. Luego las perdí y empecé a deambular sin rumbo, presa de una desesperada confusión. Fue un rato realmente desagradable. Espero no tener que pasar nunca por nada parecido. Pero debí de vagar hasta algún punto de esta zona, pues estoy convencido de que no estaba lejos de esta casa cuando de pronto vi una figura a poca distancia delante de mí.

»Creí que era Smith y apreté el paso, pero cuando a la primera figura se le unió una segunda que parecía haber salido de la nada, entendí mi error. La segunda figura, aunque solo pude obtener una visión muy borrosa de ella, era una mujer.

—¿La hija? —preguntó el señor Hopkins.

—Si nuestra conjetura es correcta, la hija —respondió el señor Maltby—, pero no puedo decir si el hombre era Charles Shaw o el dueño de la casa. Entenderán ustedes la importancia de la identificación.

»Avanzaban apresuradamente, por decirlo de algún modo. Intenté darles alcance, pero enseguida desaparecieron. Entonces encontré el martillo.

»Era obvio que acababa de caer al suelo. Concluí que una de las dos figuras que se escabullían en ese momento lo había soltado. Estuve tan seguro de que huían aterradas como lo había estado con Smith. Hice un último esfuerzo para alcanzarlas al tiempo que me guardaba el martillo en el bolsillo. Luego tropecé con algo que creí que era un leño. Caí de bruces sobre él y rodé pendiente abajo. Cuando me levanté, no sabía si estaba mirando al norte, al sur, al este o al oeste. Si la nevada que usted vivió en Dawson City fue peor que esta, señor Hopkins, espero no ir jamás allí. No pude ver nada durante unos instantes.

»Sin embargo, creo que el Destino cuidaba de mí. Todavía me tenía reservada una misión y solo cuando esa misión concluye podemos escribir el “Finis” a nuestras vidas. Di vueltas una y otra vez en círculos durante quizá unos diez minutos, o al menos eso me pareció. Estaba tan confundido en cuanto al tiempo como en cuanto a la dirección, pero fue lo suficiente para que Smith llegara a la casa (no había



coincido con los otros fugitivos por poco), para que ustedes llegaran a ella después de Smith y para que él llevara a cabo su primera huida por la ventana de la buhardilla, porque fue el propio Smith quien me devolvió a un territorio seguro. A punto estuvimos de tropezarnos. Y detrás de Smith vi un refugio mucho más agradable: esta casa.

»Ya saben lo que ocurrió después.

—Sí, pero... aguarde un momento. ¿Por qué no regresó a por ese... ese leño? —preguntó el señor Hopkins cuando el señor Maltby hizo una pausa.

—Llevaba vagando diez minutos y no había vuelto a toparme con él —respondió el señor Maltby—. No tenía la menor idea de dónde buscar. Además, en ese momento realmente creí que era un leño. Todavía no había encontrado los restos de cabello en el martillo.

—¡Uf! —masculló el señor Hopkins.

—Pero no piensen ni por un momento que estoy justificando, y menos aún glorificando, mi conducta fuera de esta casa —dijo el señor Maltby—. Errar es humano y yo soy decididamente humano. Sobre todo después de una caída. A mi edad, a uno no se le dan bien las tormentas de nieve.

—Bien, señor, debo entonces salir y encontrar ese... leño. ¡Ahora! —exclamó David, poniéndose en pie.

—Desde luego... si cree que puede —respondió ácidamente el señor Maltby—. Tenemos una plácida y luminosa noche.

Un instante después, el señor Hopkins se levantó de un brinco mientras parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas.

Desde el *hall* llegó el vacilante ruido de pasos y una voz hueca tronó:

—Aquí viene, aquí viene... ¡Zas!

## XV

### Contra la marea

—¿No se come la piña? —dijo Lydia.

—No, no sé por qué, pero no puedo —respondió Jessie—. No tengo hambre, la verdad.

—La primera idea era correcta —respondió Lydia—. ¡Lo que quiere decir realmente es que no puede!

Fue hasta la ventana, describió un poco la cortina y miró fuera mientras Jessie contemplaba su espalda.

—Eso es. No puedo —dijo Jessie—. Supongo que sigue nevando, ¿verdad?

Al otro lado del cristal los flotantes copos no mostraban signo alguno de haberse agotado.

—¿Por qué se ha quedado aquí arriba? —preguntó Jessie de pronto.

—¿No le gusta? —respondió Lydia, volviéndose hacia ella.

—Por supuesto. Sabe que sí. Pero ese no es motivo para que se quede. ¿Qué hacen abajo?

—Ah, charlan.

—¿Sobre qué?

—No lo sé.

—No irá a decirme que están contando historias divertidas, ¿verdad? ¡Ha ocurrido algo! ¡Dígamelo, por favor! ¡He oído el grito!

—¿El grito?

—Sí. ¿Qué ha sido?

—No lo sé, señorita Noyes, y créame esta vez. Cambiemos de tema.

—De acuerdo. ¿Quién es su estrella de cine favorita? La mía es Gary Cooper.

Lydia sonrió.

—Tengo que admitir que es difícil —dijo—, pero vamos a seguir intentándolo. ¿Lo vio en *El secreto de vivir*?

—¡No se esfuerce, señorita Carrington! —replicó Jessie volviendo al tema—. Si dice que no sabe qué ha sido ese grito, la creo, pero abajo ha ocurrido algo y por eso se ha quedado usted conmigo, lo intuyo a juzgar por su actitud. ¿Se ha hecho daño alguien? Su hermano está bien, ¿verdad? ¿Y los demás?

Lydia se dio entonces por vencida.

—Usted gana —respondió—. Mi hermano está perfectamente, pero sí, ha ocurrido algo. El señor Hopkins y Smith han tenido una discusión y... Smith se ha

ido.

—¿Que se ha ido?

—Sí.

—Bueno, no creo que a nadie le importe mucho, pero ¿por qué?

—Por la discusión...

—¡Oh, querida, cuénteme, haga el favor! ¿Cuál ha sido el motivo de la discusión?

—¿Se acuerda del... del incidente que ocurrió en el tren?

—¿Se refiere a lo que nos contó el señor Hopkins?

—Sí. Pues bien, el señor Hopkins ha acusado a Smith y este ha ido a por él, pero cuando los demás han intervenido, él se ha largado. Esa es, en resumen, la historia.

Jessie se quedó callada durante un rato, asimilando el relato que acababa de oír. Luego susurró:

—¿Quiere eso decir que... es cierto?

—Eso parece —respondió Lydia—. En cualquier caso, ya se ha ido. No hay de qué preocuparse.

No mencionó que Smith se había llevado un cuchillo.

—¿Y si vuelve?

—No creo que lo haga.

—No... ¿El del grito ha sido él?

—Lo ignoro.

—¿Alguien ha salido tras él?

—No lo sé. Es decir, no, nadie. ¡Menuda ridiculez! Oiga, señorita Noyes, finjamos, aunque sea durante quince minutos, que nada ha ocurrido, que estamos en una preciosa y antigua casa... aunque en realidad es preciosa... mire esta habitación, es la clase de habitación con la que siempre he soñado... y que el único fantasma que la habita es una dulce ancianita que tuvo aquí un maravilloso romance cuando era joven y a la que le gusta volver de vez en cuando para recordarlo... Usted no cree en fantasmas, ¿verdad? ¿Es de las que se burlan de esa clase de cosas?

—No, no creo en ellos. Sí. No lo sé —respondió Jessie, esforzándose por hacer honor a la verdad.

—Bobadas. Claro que no cree en ellos. No son más que un producto de la imaginación, por eso podemos imaginarlos como queramos. Así que el mío es el de la dulce ancianita... ¿no la ve? Viste de color lavanda, por supuesto, y lleva una cofia de encaje, ¿no? Sí, es de encaje, y mitones, y tiene los ojos muy brillantes, jóvenes a pesar de las arrugas. Y el suyo... ¿cuál podría ser su fantasma? Ya sé, el tatarabuelo de Gary Cooper, nacido aquí y que tenía por costumbre quedarse de pie junto a esa ventana preguntándose si tendría un tataranieto famoso.

Jessie sonrió a medida que el sinsentido le ganaba terreno al temor.

—Me parece extraordinario el modo en que se toma usted las cosas —dijo—. Ojalá yo pudiera hacerlo.

—¡Claro que puede! —replicó Lydia—. De hecho, lo hace. Vamos, hábleme de su

fantasma.

—No sabría qué decir.

—¡Inténtelo!

—De acuerdo. Mi fantasma se encuentra con el suyo. ¿Qué ocurre entonces?

—Que llegan muchos fantasmitas. Ah, santo cielo, se me está yendo la cabeza, aunque si a una se le va un poco la cabeza, mejor elegir una forma agradable de que ocurra. ¿No le parece que un montón de fantasmitas sería algo agradable? ¡Imagínelos corriendo por la casa, escondiéndose debajo de las camas y tras las esquinas y subiendo y bajando a toda prisa la escalera!

—Creo que sería muy divertido.

—En ese caso, los tendremos mañana en la comida de Navidad. No se habrá olvidado de que mañana tenemos la comida de Navidad, ¿verdad? —Miró su reloj de pulsera—. Dentro de tres horas y cuarenta minutos. ¡Pronto será la hora de colgar el calcetín! Me acuerdo de unas Navidades... hará unos siete años...

Empezó a recordar. Fue una larga historia. Solo la mitad era cierta, pues cada vez que veía que perdía la atención de Jessie, recuperaba su interés echando mano de descaradas invenciones. Se sentía como si estuviera nadando contra una fuerte y negra marea y también que en cuanto dejara de nadar, la marea la arrastraría a lugares que estaba intentando evitar. Uno de ellos no estaba muy lejos de la ventana, en el punto desconocido del que había surgido aquel grito.

Por fin se le acabó la inventiva. Había mantenido con vida la conversación unilateral durante un cuarto de hora y de pronto se dio cuenta de que no estaba recibiendo ninguna ayuda por parte de su público. Fue consciente entonces del completo silencio de Jessie, así como del absoluto silencio que reinaba en la casa, y en ese momento su combativo espíritu empezó a flaquear... ¿Qué estaría ocurriendo abajo? ¿Por qué nadie había subido a darle noticias? David había prometido que no la mantendría en la ignorancia... Sí, ¿y qué le ocurría a Jessie? No es que estuviera callada, sino que además tenía la mirada perdida. Miraba, a nada en particular. Simplemente miraba...

—¿Qué ocurre? —preguntó secamente Lydia.

Jessie no respondió hasta que le repitió la pregunta. Luego arrancó del infinito de su mirada para devolverlo a la normalidad y respondió:

—Nada.

—Hace un rato quería que le dijera la verdad y eso es lo que he hecho —dijo Lydia.

—Sí, pero no sé si era... algo —murmuró Jessie con un escalofrío.

—¿Qué cree que era? Parece que haya visto un... —Se levantó y sustituyó a tiempo el símil del «fantasma»—. Está pálida como una... sábana. ¡Y no ha abierto la boca desde hace al menos cinco minutos! ¿Ha oído lo que he estado diciendo?

—Sí.

—Repita mi última frase.

—Esa no la he oído.

—He dicho: «¿Y dónde cree que han encontrado mi zapato? En la sopera».

—Ah, ¿así que estaba allí?

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? Su zapato.

—¿Qué zapato?

—El zapato del que me estaba hablando.

—No le estaba hablando de ningún zapato. Le estaba hablando de la vez que me tragué una moneda de seis peniques que estaba dentro del pudin de Navidad. Ya ve que no solo no ha oído la última frase, sino la historia entera. No ha prestado atención a una sola palabra. Y me gustaría saber por qué.

Jessie inspiró hondo.

—¡Es usted incansable! Creo que ha sido esta... esta cama.

—¿La cama? —repitió Lydia—. ¿Qué le pasa a la cama?

—No lo sé —respondió Jessie—. Supongo que es cosa de mi imaginación.

—Señorita Noyes, ¿quiere que la obligue a hablar?

—De acuerdo, se lo diré, al menos lo intentaré, pero realmente no sé cómo explicarlo. Es... una sensación que tengo de repente. Ya me ha pasado antes. Una vez, cuando usted había salido.

—¿Qué clase de sensación?

—A eso me refiero. Es casi imposible describirla con palabras sin parecer idiota. Primero estoy asustada... Ya lo ve: en cuanto lo digo suena estúpido...

—No es ninguna estupidez tener miedo en esta casa —intervino Lydia—. No es usted la única.

—Sí, pero no es el típico miedo. Es... no sé... como si tuviera miedo de algo especial aun a pesar de que no sé lo que es. Y la cama parece apresarme en esa sensación... es como si tirara de mí hacia abajo. Y entonces creo que viene alguien... ¿no le parece una estupidez? Supongo que no es más que mi imaginación. ¡Sí! —exclamó—. Ahora que lo pienso, probablemente lo sea, porque tengo una especie de dolor de estómago. Empecé a notarlo cuando me trajo la piña.

—¿Por eso no comió? —preguntó Lydia.

—Oh, no. Al menos, no lo creo. No, seguro que no. Es que no fue esa una de las veces. Me refiero a que en ese momento solo empecé a notarlo, pero desapareció. ¡Ya ve que soy incapaz de explicarlo! —De pronto soltó una exclamación que comunicó más que cualquiera de sus balbuceantes palabras—. ¡Esta cama es horrible!

—Entonces ¿por qué sigue ahí? —preguntó Lydia—. Será mejor que salga ahora mismo. La ayudaré a instalarse en una silla.

Jessie frunció el ceño.

—Pero... señorita Carrington... no puede ser nada, ¿verdad? —preguntó.

—No importa si lo es o no...

—¡Claro que importa! Quiero decir que a mí sí me importa. No hay nada que

soporte menos que sentirme asustada (usted, por ejemplo, no lo está), por eso jamás me lo permitiré. Es decir, ¿qué ganamos con hacerle caso? Cuando estoy nerviosa, incluso en las noches de estreno, que en realidad no son nada, o al menos no lo es el papel que me toca en ellas, digo siempre: «No seas gallina». Si no lo hago, me quiebro en pedazos. No podemos evitar ser como somos, y en cualquier caso me hicieron así.

—Pues a mí me parece que la hicieron a usted magníficamente, señorita Noyes —respondió Lydia—, pero tanto si la sensación que le provoca esta cama es producto de su imaginación como si no lo es, voy a sacarla de ella, ¡porque así me hicieron a mí!

Había en el dormitorio un sillón blando. Un minuto más tarde, Jessie estaba instalada en él, con el pie sobre un taburete y la colcha encima. Lydia la ayudó a trasladarse, aunque Jessie declaró que tenía el pie mejor.

—Usted ayuda a todo el mundo, ¿verdad? —dijo Jessie, mostrándose excesivamente emotiva.

—No, que yo sepa —respondió Lydia—. Además, hay alguien a quien hace tiempo que no he ayudado. Me refiero al señor Thomson. ¿Le importa si la dejo un momento y voy a verle?

—Por supuesto que no —respondió Jessie.

Lydia salió corriendo de la habitación. No sabía por qué corría ni por qué de pronto se había inquietado tanto. Naturalmente, las extrañas sensaciones que la cama había provocado en Jessie no podían tener ninguna importancia...

La puerta de Thomson estaba un poco alejada de la de Jessie y situada en la pared opuesta del pasillo. Lydia llamó. Al no recibir respuesta, la abrió y se asomó a ver. La cama de Thomson estaba vacía y las sábanas y las mantas estaban tiradas por el suelo.

## XVI

### La imaginación de Robert Thomson

Incluso cuando no tenía fiebre, Robert Thomson se refugiaba con frecuencia en su imaginación, que empleaba para compensar las carencias de la realidad o para reparar sus estragos. Su vida apenas dejaba en él una mínima huella porque era demasiado aburrida y tranquila, y mientras llenaba los libros de cuentas con cifras carentes de sentido y dispensaba a sus clientes la mejor atención de la empresa o escuchaba la tediosa y autocompasiva conversación de su tía, su mente se entregaba a su labor compensatoria, ensalzando lo ordinario o escapando por completo.

A veces, mientras escribía en sus libros contables, Thomson se imaginaba como un genio en potencia que ascendía desde el primer escalafón hasta lo más alto —«Nadie imaginó jamás que *sir* Robert, que en aquel entonces no era más que un joven que trabajaba en una oficina situada en un sótano, se convertiría un día en primer lord del Almirantazgo»—, o mientras escuchaba a su tía se convertía en el Buen Samaritano n.º 1, bajo la aprobatoria mirada del mismísimo Dios. Más a menudo, sin embargo, elegía el camino de la huida absoluta, en la que sus hazañas eran más sencillas y sin duda más excitantes a nivel humano. No buscaba las frías recompensas que da la fama; buscaba el aprecio y el afecto de quienes lo rodeaban. De ahí que paseara en dulce intimidad con mujeres hermosas o las atendiera tras accidentes aéreos. Podía rescatar a un niño que se había precipitado desde los acantilados de Beachy Head sin apenas mover un dedo. Pero los accidentes aéreos eran su principal deleite.

Y todo eso sin fiebre. Cuando la temperatura de su cuerpo se elevaba por encima de lo normal y superaba los treinta y ocho grados, la imaginación tomaba las riendas. Siempre dispuesta a acudir en cuanto se la invocaba, tenía los controles a mano y hacía uso de ellos con premura y con una implacable monstruosidad. «¿Quieres diversión?», se mofaba de la mente febril. «¡Por Dios que la tendrás!». Pero, claro, no siempre era divertido.

La imaginación de Thomson no había tardado en apoderarse de él, aunque no de forma inmediata, después de que Lydia lo acompañara a su habitación. El hecho de que una joven hermosa hubiera desempeñado dicha tarea tuvo como consecuencia directa un pequeño aumento de la fiebre. Cuando la puerta estuvo cerrada y se vio solo en una cama desconocida, al principio se relajó hasta caer en una especie de pacífico coma aderezado con toda suerte de aromas. En cuanto cerró los ojos, descubrió un mágico caleidoscopio que cambiaba magníficamente su variada gama

de tonos y colores y que confluía siempre en el mismo rostro. Incluso cuando los abría, los colores y el rostro seguían allí, aun a pesar de verse afectados por otras siluetas: el pie de la cama, el respaldo de una silla, una cortina que ondulaba un poco (o que parecía moverse), un pijama que colgaba de un gancho. Esa suerte de cosas intentaban devolverle a la realidad, arrancándole de su incoherente orgía.

Había ocurrido un incidente que ninguno de los ocupantes de la casa salvo él conocía. Thomson lo recordaba muy vagamente. Fue durante el último espacio de tiempo antes de que la imaginación lo capturara del todo, un periodo durante el que emergió bruscamente de la semiinconsciencia para lidiar su lucha final con la realidad. El hecho, que impuso su supremacía sobre todo lo demás, fue su soledad.

La soledad que lo embargaba era insoportable. Estar tumbado en esa cama era renunciar a la aventura. Era sinónimo de impotencia, cuando lo que Thomson deseaba era ser útil. Le confería una soledad fantasmagórica, cuando lo que él necesitaba era compañía humana. Lo llevaba «fuera de las cosas».

—¡No voy a quedarme aquí! —masculló—. Estoy bien, solo tengo un poco de calor, pero estoy bien. ¡Vuelvo abajo!

Se sentó en la cama. Las siluetas de las cosas temblaron. Apartó las sábanas a un lado y también las sábanas parecieron desdibujarse, como lo hizo la mano que las apartó. Sacó un pie de la cama.

De un modo u otro, consiguió salir de ella y de un modo u otro se las ingenió para llegar a gatas hasta la puerta. Allí se detuvo y el espacio se abalanzó sobre él. Intentó agarrarse a unos puntos de apoyo que no existían. El suelo se elevó. Se encontró de pronto tumbado en él. De un modo u otro, volvió a gatas hasta la cama...

—¿A qué viene tanto retraso? —le preguntó su tía.

Iban a lomos de sendos elefantes desde la estación a la casa de ella.

—Es por culpa de la nieve —respondió Thomson.

—Todos ponen siempre excusas cuando no se portan bien conmigo —replicó su tía.

—Pero es que de verdad ha sido por culpa de la nieve —respondió Thomson—. El tren no ha podido seguir.

—Aquí no hay nieve. Mira, hace sol. No pienso dejar ni un penique en herencia a quien no se porte bien conmigo.

—No creerás que vengo a verte por tu dinero, ¿verdad?

—Pues supuesto, ese es el motivo. Así es con todo el mundo. Tú crees que no sé lo que tienes en mente siempre, pero te equivocas. Nunca te he interesado de verdad y te aterra que lo descubra. Pues bien, ya lo he descubierto, y ahora no recibirás nada. Se lo dejaré todo a mis elefantes.

Llegaron a la casa y desmontaron. Los elefantes entraron en dos grandes casetas. Al tiempo que su tía sacaba una gran llave del bolsillo, dijo:

—Iba a darte veinte mil libras por Navidad, pero ahora te daré solo una corbata. Podrías haberte casado con veinte mil libras. ¿Tienes idea de cuánto te has retrasado?



Una semana. Ya estamos en el año que viene. ¿Qué te dirán en la oficina?

La tía de Thomson abrió la puerta y él entró a su oficina. Su tía se convirtió en su jefe, que lo miraba, ceñudo.

—¿Por qué se ha retrasado tanto? —preguntó el jefe.

—Por culpa de la nieve, señor —respondió Thomson.

—Bien, que no vuelva a ocurrir —replicó el jefe—. De lo contrario, estará despedido. Hoy vienen los auditores. ¿Y si no tiene los libros a punto cuando vengan? ¿Qué ocurrirá? Nos matarán a todos.

Thomson se dirigió a su mesa. Era una mesa de cocina. Abrió el cajón en el que guardaba el cuchillo del pan con el que sacaba punta al lápiz, pero no lo encontró en su sitio.

—¡Lo sabía! —gritó el jefe a su espalda—. ¡Se lo han llevado los auditores! ¡Deprisa!

Encima de la mesa había un enorme montón de libros. Thomson tenía que revisarlos todos, de lo contrario le clavarían el cuchillo en la espalda. Abrió el primero y empezó a añadir cifras: «Siete, nueve, dieciséis, veintitrés, cuatro, ocho, treinta y dos, cuarenta y uno...», pero cuando quiso anotar el total vio que el lápiz no tenía punta. ¡Y los auditores tenían su cuchillo!

Corrió por la habitación, intentando encontrar otro lápiz. Buscó por todas partes. En las tazas, en las teteras, en vagones de tren, en las casetas de los elefantes. ¡Tenía que encontrar uno antes de que llegaran los auditores! Volvió por fin a la mesa de la cocina, metió desesperadamente el dedo en un bote de tinta e intentó escribir el total usando la uña a modo de plumín. El resultado fue un borrón, que fue ganando tamaño hasta que cubrió toda la hoja. Bañado en sudor, puesto que la habitación era como un horno, rompió el papel en pedazos y lo arrojó a una papelerera.

«No te preocupes», se dijo. «Mientras no busquen en la papelerera puedes estar tranquilo».

En ese momento se abrió la puerta. Thomson se quedó muy quieto. Sabía que era el auditor y no quería que lo viera. Todavía no había anotado el total. Las cifras nadaban delante de sus ojos febriles. Estaba seguro de que si el auditor se marchaba, si le daba un poco más de tiempo, podría conseguirlo.

Pero el auditor no se marchó. Era un hombre mayor y se movía despacio por la habitación, acercándose cada vez más a la papelerera. Thomson no se atrevía a mirarlo, pero le oyó inclinarse y supo que la mano marchita había rescatado el papel.

—Lo ha encontrado —jadeó Thomson—. Ahora a por el cuchillo. Aunque, a fin de cuentas, ya no necesitaré el dinero de mi tía.

El anciano dejó la papelerera y se inclinó sobre Thomson. Era el señor Maltby, pero Thomson no lo sabía. Todo se fundió en la oscuridad.

La oscuridad se disolvió. Ahora otro rostro lo observaba. Era un rostro maravilloso, un rostro que Thomson había conocido años atrás, cuando la vida le sonreía. Tampoco esta vez Thomson supo que se trataba de Lydia. El rostro se

desvaneció al tiempo que intentaba retenerlo. Se fundió en la misma oscuridad de la que había emergido y Thomson hizo un largo viaje por un oscuro túnel en su intento por volver a encontrarlo. El túnel estaba tachonado de pequeñas motas blancas que volaban y se arremolinaban, cegadoras y asfixiantes. Corrió tan deprisa como pudo. Dejo de correr. En algún punto de esa confusión arremolinada alguien había gritado...

Ahora volvía a correr. Regresó apresuradamente a la mesa y a los libros. El montón había crecido un kilómetro, pero cuando alzó la vista, volviéndose más y más pequeño al tiempo que el montón ganaba altura, hizo un tremendo esfuerzo para escapar del oscuro mundo de opresiones que intentaba aplastarlo. Thomson sabía que había algo que podía salvarlo, solo una cosa, pero no conseguía recordar lo que era. ¿Qué era? Si el fuego de la cocina en el que se calentaba el hervidor del agua no hubiera estado tan caliente, lo habría recordado enseguida. ¿Qué era?

Y entonces, de pronto, dio con ello. Estaba mirando en la dirección correcta. Encima, muy por encima del alto montón de libros había una pequeña mota que no dejaba de moverse. Era una luz diminuta, como una estrella que cruzaba el cielo negro. Un avión.

Se levantó, apartando de un tirón las sábanas. Se enredó en ellas, consiguió escapar, huyó de su restrictivo abrazo y volcó una mesita. Había encontrado su estrella y debía seguirla, porque sabía lo que ocurriría cuando se estrellara. Ella estaría dentro, la mujer de los mil rostros distintos aunque con el mismo corazón. Estaba allí arriba, en esa estrella que se movía y caía velozmente. Y cuando por fin impactara contra el suelo (ella no se haría daño, nunca ocurría), él estaría allí para ayudarla a salir del avión en llamas y llevarla a una casita de campo. Y recibiría entonces su agradecimiento y su comprensión y el olvido que provocaba siempre...

—Con cuidado —dijo el señor Maltby desde la puerta del comedor—. Creo que será mejor que de momento lo llevemos al sofá del salón. Y díganse a la señorita Carrington.

## XVII

### Reflexiones del pasado

Pero no hizo falta decírselo a Lydia. Ya lo sabía. Después de encontrar vacía la habitación de Thomson, había ido hacia lo alto de la escalera justo en el momento en que el hombre, presa del delirio, se había derrumbado en la planta baja en brazos de David y ahora ella bajaba la escalera como una exhalación.

—¡Es un milagro que ninguno de nosotros haya perdido aún la cabeza! — exclamó al borde de la histeria—. ¡No garantizo cuánto tardaré yo en hacerlo!

Por suerte, Thomson no les dio ningún problema. Dejó de parlotear y rápidamente lo instalaron en sus nuevas dependencias, es decir, en el sofá del salón. Bajaron la ropa de cama con la que tanto había forcejeado y Lydia volvió a taparlo. Pero cuando le sugirieron que no podía quedarse solo y que hiciera las veces de enfermera, vaciló.

—Estoy dispuesta a hacer lo que más convenga —dijo—, pero ¿nadie puede hacerlo por mí? Tengo a mi cuidado a otra persona. Me refiero a la señorita Noyes.

—¿Está nerviosa allí arriba? —preguntó el señor Maltby.

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó Lydia—. ¡También he tenido que sacarla a ella de la cama!

—¿Por qué? —exclamó David, sorprendido.

—¡A mí no me preguntes, querido! Es ella quien debe decírtelo. Si te lo cuento yo, te lo resumiría diciendo que la cama está hechizada.

—¡Perdone! ¿Hechizada? —saltó el señor Hopkins.

—Sí, hechizada —respondió Lydia—. La cama provoca en ella sensaciones extrañas y dolor de estómago, así que la he acomodado en un sillón. ¿Qué será lo siguiente? ¡Nuestra casa es un lugar agradable, por supuesto que lo es!

El señor Maltby se quedó pensativo. Estaban de pie en el *hall* y los ojos del anciano se movieron hacia el viejo caballero que colgaba sobre la repisa de la chimenea y que parecía vigilarlas desde la pared. A David le embargó la sensación de que un anciano vivo estaba haciéndole una pregunta a uno difunto.

—¿Y qué hace ahora la señorita Noyes? —preguntó el señor Maltby.

—Me espera —respondió Lydia.

—En ese caso, será mejor que suba a verla.

—¿Y qué va a hacer con él? —Señaló hacia la puerta del salón, que estaba entreabierta—. Y... con otras cosas.

—Yo me encargaré de las otras cosas —respondió taciturno David.

—¿No pensarás salir?

—Tengo que hacerlo. Si puedo. Me alejaré solo un poco.

—Espero que estés haciendo lo correcto, ¡pero, por el amor de Dios, ten cuidado!

—No te preocupes.

—Mejor aguarde a que sepamos cómo se encuentra la señorita Noyes —aconsejó el señor Maltby, y añadió, al tiempo que Lydia se volvía para subir la escalera—: ¿Es solo la cama?

—¿Se refiere a lo que la perturba?

—Sí.

—No ha mencionado nada más.

—¿Nada sobre la habitación?

—No, pero...

—¿Sí?

—Es una joven peculiar. Un manojito de nervios, aunque se niegue a admitirlo. No reconoce su estado hasta que le sonsacas las cosas. He tenido que arrancarle lo de la cama a la fuerza.

—Sí, es una joven sensible. Me pregunto si no sería mejor que bajara.

—Mucho mejor —concedió el señor Hopkins—, si vamos a pasar toda la noche despiertos.

—Ah, ¿entonces no tiene intención de volver a su habitación? —preguntó con sequedad el señor Maltby.

—¿Eh? Bueno, tal como están yendo las cosas, creo que sería buena idea que nos mantuviéramos juntos. Más sociable. Ya me entienden: lo de saber dónde estamos todos y eso...

—Bien, suba y pregúntele a la señorita Noyes qué le parece la idea, ¿quiere, señorita Carrington? —preguntó el señor Maltby.

—Si desea bajar a reunirse con la familia feliz, subiré y te echaré una mano —añadió David.

—De acuerdo, se lo diré —respondió Lydia—. Pero quizá no necesite tu ayuda en esta ocasión. Tiene mejor el pie.

Dicho esto, desapareció escaleras arriba.

—Interesante lo de la cama —murmuró el señor Maltby.

David se dirigió hacia el salón y asomó la cabeza por la puerta. Thomson seguía tranquilamente tumbado en el sofá y su cuerpo parpadeaba a la luz del fuego. No habían dejado que ninguna de las chimeneas se apagara. Eran los puntos de calor de una casa recorrida por escalofríos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el señor Hopkins cuando David se volvió de nuevo hacia el *hall*.

—Está bien —respondió David.

—Nos debe una por el susto que nos ha dado —dijo el señor Hopkins—. ¿A qué ha venido esa caída?

—Una persona que delira no es responsable de sus intenciones —replicó David.

—Al contrario, señor Carrington. Un hombre que delira siempre tiene alguna intención —apuntó el señor Maltby—, aunque a menudo sea oscura. No existe nada desprovisto de intención, ni de un fin. Si usted sueña que está remando en el Amazonas con un mondadientes, el sueño tendrá una razón y también una consecuencia, aunque quizá usted nunca llegue a ser consciente de ninguna de las dos cosas.

—Lo único que he aprendido en esta casa, señor Maltby —respondió David— es a no discutir jamás con usted. Ah, aquí baja Lydia. ¿Y bien? ¿Qué noticias tenemos del frente del primer piso? ¿Se necesitan refuerzos?

—Sí, por favor —respondió Lydia desde la escalera—. ¡Hemos mantenido una breve charla y hemos decidido retroceder al campamento base!

David encontró a Jessie de pie y cojeando junto al sillón. Intentaba demostrar lo mucho que había mejorado y declaró que ya no necesitaba que cargaran con ella en brazos. David hizo caso omiso de sus objeciones, cargó con su leve peso en brazos y la bajó al comedor, depositándola en una silla junto a la puerta.

—¿Qué ocurre? —exclamó David de pronto.

Jessie parecía estar a punto de perder los nervios.

—¡Yo... no lo sé! —jadeó—. ¡Por favor! ¡Otra silla!

Sin entender, David procedió con rapidez, ayudándola a cambiarse de silla y esperando una explicación que no llegó. Ella se limitó a seguir sentada sin dejar de jadear.

—¡Santo cielo, le he hecho daño! —murmuró David, presa de una angustiosa penitencia.

Ella no dio muestras de haberlo oído. Tenía los ojos cerrados.

—Déjela —dijo la abrupta voz del señor Maltby—. ¡No la importune! Yo me encargo.

Estaba de pie junto a la silla que Jessie acababa de dejar, mirándola fijamente. Era una silla que hasta entonces nadie había usado. A diferencia de las demás, tenía unos delgados brazos de madera.

De pronto, fue a toda prisa hasta la mesa. Jessie seguía con los ojos cerrados y no vio el objeto que él le acercaba. Pero los demás sí lo vieron. Era la prueba A. El martillo.

Mientras Lydia no apartaba los ojos de él —no lo había visto antes y por ello desconocía por completo su importancia— y mientras el señor Hopkins respondió una vez más a la crónica necesidad de secarse la frente con el pañuelo, David a punto estuvo de correr hasta el anciano y arrebatarle el martillo. Más tarde diría que, en ese momento, se sintió casi presa de un instinto asesino, y no porque desconfiara del señor Maltby, sino porque de pronto la idea de la Muerte había impregnado el aire, tornándolo nauseabundo y asfixiante. No se vio capaz de soportar la idea de que el martillo estuviera desplazándose hacia los ojos cerrados de Jessie.

Pero no se movió. Algo lo mantuvo inmóvil. Siguió pegado al suelo incluso

cuando el señor Maltby levantó despacio el martillo y tocó con él la frente de Jessie.

Los ojos de Jessie se abrieron. Las pupilas se dilataron con un horror indescriptible. Entonces algo restalló en el interior de David, que dio un brinco hacia delante. Cuando David se adelantó, el anciano retrocedió un paso y rápidamente colocó el martillo tras la espalda.

Los ojos del señor Maltby no se apartaron en ningún momento de los de Jessie. Fue precisamente esa línea invisible de contacto la que puso freno a la embestida de David. Tuvo la impresión de que si la hubiera atravesado, hubiera caído fulminado.

—¿Qué era? —preguntó el señor Maltby con suma tranquilidad.

—Un martillo —respondió Jessie. Su voz sonó plana y desprovista de tono.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha golpeado.

—¿Le ha dolido?

—Sí.

—¿Qué siente?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—¿Está dormida?

—Sí.

—Dormida.

—Dormida.

Los ojos de Jessie volvieron a cerrarse...

Cuando los abrió de nuevo estaba en el sofá del *hall*. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, visiblemente confusa.

—¿Dónde...? —murmuró—. Creía que...

Lydia, que estaba sentada en un taburete a sus pies, disimuló una expresión inquieta y le sonrió, intentando tranquilizarla. Un poco más apartada, la voluminosa figura del señor Hopkins estaba desmañadamente repantigada en una silla. Dormitaba de manera agitada, emitiendo pequeños ruidos. El señor Maltby seguía de pie junto a la puerta, escuchando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jessie.

—Nada —respondió Lydia—. Vuelva a dormirse.

—Sí... pero ¿no estaba...? ¿No me había llevado al comedor?

—¿Lo recuerda?

Fue el señor Maltby quien lo preguntó. Se alejó de la puerta del salón mientras hablaba y se acercó al sofá.

—Sí.

—¿Y luego?

—¿Dónde está él?

—¿Qué es lo que recuerda después de que el señor Carrington la llevara al

comedor?

Lydia se fijó en que la voz del señor Maltby era ahora muy distinta de la que había empleado en el primer interrogatorio que le había hecho a Jessie. Ya no era un tono persuasivo y monótono. Era humano y alentador.

—No estoy segura —respondió Jessie—. Me duele la cabeza. Sí, ahora me acuerdo. Él... —De pronto se interrumpió—. Me ha dejado en una silla —susurró.

El reloj del *hall* empezó a dar la hora. Jessie contó las campanadas.

—¡Once! —exclamó, sorprendida—. ¿Llevo una hora dormida? Yo... supongo que lo he soñado.

—¿Puede contarnos el sueño? —preguntó el señor Maltby.

—Solo recuerdo un poco más... y preferiría no acordarme —respondió Jessie.

—¿Por qué no? ¿No le ha gustado la silla?

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, ha dicho que preferiría no recordarlo.

—Cierto, eso he dicho. No, era horrible. No podía seguir sentada en ella.

—¿Horrible en qué sentido?

—Soy incapaz de describir cómo me he sentido.

—¿Enfadada?

—¿Enfadada? ¡No! Nada de eso.

—¿Celosa?

—No.

—¿Como si... la hubieran golpeado?

—No. ¿Por qué lo dice?

—¿Mareada? ¿Confusa? ¿Sin aliento...?

—¡Sí! —exclamó por fin—. ¡Sin aliento!

—¿Dolor en alguna parte? ¿Sordo? ¿Agudo? El corazón acelerado...

—No, no. ¡Todo lo contrario! Ahora lo recuerdo. Había dolor, y me ha parecido que mi corazón había dejado de latir. —Y añadió—: ¡Pero ahora lo hace!

Lydia miró al señor Maltby.

—Será mejor que aplacemos este interrogatorio —sugirió—. ¡Creo que ya ha sufrido bastante!

—Solo quiero hacerle una pregunta más —respondió el anciano antes de volverse hacia Jessie—. Durante un instante ha creído que se le había parado el corazón. En ese caso, habría estado muerta.

—¡Así es como me he sentido!

—Pero no está muerta, de modo que no debe preocuparse por eso. ¿Sus sensaciones han sido parecidas a las que tuvo en la cama con dosel?

Jessie lo miró con los ojos como platos.

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé! ¡Era... el mismo dolor! —Se estremeció—. Por favor, no quiero hablar de ello. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo está el pobre señor Thomson? ¿Ha vuelto a caminar en sueños?

—Duerme, aunque sin caminar, en el salón —respondió Lydia.

—¿Y el señor Carrington? —Como nadie respondió, repitió secamente la pregunta—. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—Solo está echando un vistazo por ahí afuera —dijo Lydia—. Volverá en unos minutos.

En un intento por preservar la tranquilidad de Jessie, no añadió que David llevaba tres cuartos de hora echando el mencionado vistazo.



## XVIII

### Lo que le ocurrió a David

David salió de la casa por la misma ventana de la parte de atrás por la que Smith le había precedido —a pesar de que tanto la puerta delantera como la trasera estaban bloqueadas, la nieve que había caído durante la mañana había alcanzado justo la altura del alféizar de la ventana y le fue posible saltar desde allí hasta una blanca pendiente—, y cuando se dispuso a iniciar la búsqueda del origen de los gritos del asesino descubrió, aliviado, que los copos caían ya con menor intensidad. Esa fue la única migaja de consuelo que le ofreció la desagradable aunque necesaria excursión.

Rodó por la pendiente a un ritmo incómodo y lo primero que tuvo que hacer al llegar abajo fue ponerse en pie y escupir el montón de nieve que se había tragado durante el descenso. Acto seguido, miró a su alrededor intentando decidir hacia dónde dirigirse.

Dos pares de huellas se materializaron levemente ante sus ojos cuando bajó la cabeza para estudiar la nieve. Difícil decisión. Unas avanzaban hacia los árboles; las otras describían una curva hacia la derecha. David eligió estas últimas huellas porque eran más visibles y por lo tanto más recientes.

Las huellas describían una zigzagueante danza, casi como si intentaran despistarlo de algún modo. Primero se desviaban hacia la casa, pero al llegar al banco de nieve que ocultaba tres cuartas partes de la puerta de atrás volvían a desviarse bruscamente unos diez metros para volver a girar una vez más. Después de eso, zigzagueaban de forma confusa y aleatoria, apuntando a que su dueño había sido presa de la duda o se movía furtivamente.

De pronto, David tuvo la impresión de que algo no encajaba, y tras observar las huellas con atención descubrió lo que era y se maldijo una y mil veces. Las huellas no iban por delante de él, sino que apuntaban hacia él.

«¡Menudo pedazo de idiota! Estoy haciendo el recorrido al revés. ¡En dirección contraria!», pensó.

Se detuvo a reconsiderar la situación. ¿Quería averiguar de dónde venía la persona? Quizá tuviera algún interés, pero lo que realmente importaba era saber adónde había ido. Al margen de cuál fuera su punto de procedencia, era evidente que casi había rodeado la casa entera, llegando en algún momento a las inmediaciones de la puerta de atrás. ¿Y luego?

¿Eran las otras huellas —las que se dirigían hacia los árboles— la continuación del recorrido?

«No, no puede ser. ¡Las otras son anteriores!», reflexionó David.

Volvió a intentarlo.

«Veamos. Puede que no esté tras las huellas de Smith. Smith ha dejado las que se dirigen hacia los árboles. Quien haya dejado las huellas sobre las que estoy ahora es otra persona que ha aparecido poco después de la huida de Smith. ¿Por qué habrá venido? ¿Acaso oiría el grito? ¿Salió de donde se ocultaba, rodeó la casa a hurtadillas e intentó ver u oír algo a través de las ventanas o las puertas?».

No era una teoría agradable. Si el desconocido era la persona que el señor Maltby había visto huir de la casa antes de que se tomaran el té y la misma que había perdido en su huida la prueba A, ¡el figón bien podía haberse enterado de alguna noticia que le atañera!

«Sí, pero ¿seguirán por aquí después de todo este tiempo? ¿No se habrán marchado a la mínima oportunidad? ¿Y por qué solo uno y no los dos?», se preguntó. Miró el trazado de huellas pertenecientes a una persona. «Quizá se estuvieran buscando, o buscaran el martillo, o quizá hayan vuelto a la casa a por algo que necesitaban».

Esta última posibilidad le hizo frenar en seco. Se acordó de que había dejado abierta la ventana trasera y de que si las huellas que se dirigían a los árboles no eran obra de la persona que había estado rodeando la casa a hurtadillas, David no había encontrado ninguna otra prueba que señalara que esa persona había continuado su viaje... Quienquiera que fuese podía haber estado acechando cerca de allí, oculto, mientras David rodaba por la pendiente de nieve... esperando.

Desanduvo rápidamente el camino, sin seguir ya las irregularidades de las huellas, sino avanzando tan recto como pudo hacia su punto de partida original. Una vez allí logró calmar su ansiedad. La pendiente de nieve por la que había rodado desde la ventana no mostraba huellas recientes y parecía obvio que nadie había subido por ella durante su ausencia. Pero cuando apartó la vista de su gratificante descubrimiento y se fijó en las huellas que se dirigían hacia los árboles tuvo una nueva conmoción. Junto a las huellas parcialmente borradas había un segundo par. Eran claras y con los contornos bien definidos, y no estaban allí cinco minutos antes.

La mente de David se activó de inmediato en respuesta a la sorprendente novedad. Por fin estaba convencido de que alguien le había visto rodar por el banco de nieve y había esperado a que desapareciera por la esquina de la casa antes de continuar con un interrumpido periplo.

Sea como fuere, David tenía que proseguir su propio viaje y, sin muchas ganas de acometer su misión, se alejó hacia los árboles.

«Por aquí se ha ido Smith», pensó mientras avanzaba pesadamente por la gruesa capa de nieve que parecía querer retener sus pies a medida que estos se hundían en su suave abrazo. «¡Y no tardaré en llegar al lugar donde ha gritado!».

Llegó allí dos minutos después. De no haber sido advertido, habría pasado de largo, pero el señor Maltby le había hecho un dibujo que anulaba la posibilidad de

que David no viera el original y reconoció el lúgubre montículo en cuanto lo vio. Estaba situado justo detrás de la primera fila de árboles cubiertos de nieve, un poco a un lado de un estrecho camino que serpenteaba entre ellos.

David clavó la vista en el montículo, que resplandecía tristemente como una pálida tumba, y se sintió un poco mareado. ¿De verdad había alguien debajo de aquel característico montículo de nieve y de verdad tenía él la obligación de desenterrarlo? Ahora que por fin había llegado el momento, se preguntaba cuál era exactamente su deber y qué beneficio aportaría dejando la tragedia al descubierto. La vida había abandonado al cuerpo que yacía bajo la nieve. ¿Adónde podía llevarlo si lo desenterraba? ¿Cargaría con él hasta la casa para añadir uno más a lista de horrores que ya habitaban en ella? Dudó de sí, en cualquier caso, tenía fuerzas suficientes para cargar con aquel peso. Pero si lo desenterraba y lo abandonaba allí, solo conseguiría volver a dejarlo a merced de la nieve.

De pronto cambió de idea. No supo si en realidad se estaba limitando a elegir la opción más fácil, pero se negó a explorar ese problema ético. Decidió seguir por el camino e intentar dar alcance a quienquiera que estuviera también en él —pues las nuevas huellas seguían salpicando el blanco sendero—, o, si eso fallaba, intentar por lo menos establecer contacto con el mundo exterior.

El grosor de la nieve aumentó ligeramente y el cambio desde el terreno más o menos abierto a un denso camino boscoso dificultó la marcha. Los árboles se elevaban, sombríos, hacia la moteada oscuridad como gigantescos fantasmas, y como el camino no era recto sino que serpenteaba entre ellos, parecían estar jugando a un irónico juego con el solitario intruso, moviéndose sin parar y entorpeciendo el paso. Se dio de bruces con uno justo antes de percatarse de que se había desviado del camino. Las gélidas ramas le rozaron la frente. Tardó tres minutos en volver a dar con el camino y se maldijo por el tiempo perdido. El desconocido que iba por delante de él debía de haberle sacado una considerable ventaja y, a fin de recuperar los minutos desperdiciados, David intentó apretar el paso. El resultado fue una nueva caída y las consiguientes bocanadas de nieve.

«¡Qué maravillosa víspera de Navidad!», se dijo mientras intentaba ponerse en pie. «Me pregunto cuánto tiempo más tardaré en tirar la toalla».

La sombría casa que había dejado atrás se le antojó entonces el mismísimo paraíso en comparación con la solitaria e inclemente región por la que viajaba en ese momento. La casa provocaba escalofríos, cierto, pero también contenía chimeneas encendidas, cómodas sillas —salvo la del comedor en la que Jessie se había sentado— y, sobre todo, gente. En el bosque, la única compañía era la de los espectros. Empezó a preguntarse si no estaría persiguiendo a uno.

Material o etérea, su presa se negó a revelarse, a pesar de que las huellas de su avance se perdían en la distancia como las migas del cuento infantil.

«Confío en que sabré cómo volver», pensó David de pronto.

Por fin, justo cuando estaba a punto de reconsiderar la situación, le pareció ver

algo delante de él. Durante un momento, con la incertidumbre de la que era presa, llegó a creer que se trataba de un fantasma, pues parecía emerger de entre los árboles para volver a desaparecer repentinamente como si lo empujara y lo atrajera una fuerza oculta. La desaparición de la figura había sido tan súbita e inesperada como su aparición.

Pero la forma reapareció enseguida y se quedó quieta. Se había vuelto hacia él y esperaba, inmóvil, mientras David corría a su encuentro. Cuando estuvo lo bastante cerca de ella para confirmar que se trataba de una figura humana, nuevas emociones reemplazaron a las anteriores, dando un renovado ímpetu a su entumecido cerebro. Las nuevas emociones fueron la sorpresa y la ansiedad, mezcladas con un deleite secreto plenamente egoísta. La figura era la de una joven visiblemente compungida.

Al instante, David trasladó a la joven toda su compasión.

—¡Hola! —gritó, dando a su voz toda la fuerza y la cordialidad que pudo para contrarrestar así la extraña atmósfera por la que reverberó—. ¿Necesita ayuda?

—¡Sí, por Dios! —respondió la joven.

Era una voz refinada, y al oírla David sintió un pequeño y cálido escalofrío.

—¿Qué le ocurre? —preguntó—. La ayudaré.

Ya le había dado alcance y pudo vislumbrar el primer destello de su belleza. Seguramente habría quien consideraría a Lydia más hermosa, pues poseía una luminosidad que podía turbar el descanso nocturno de muchos hombres, pero uno no es nunca un buen juez de su propia hermana, y para David la belleza de la joven superaba a la de Lydia, multiplicándola por mil, aun a pesar de que sus rasgos no se vieran con total nitidez en la oscuridad. Sin embargo, él sí era consciente de la suavidad de esos rasgos, de las delicadas curvas y de las largas pestañas que enmarcaban sus inquietos ojos. También pudo apreciar la profundidad de esos ojos cuando vio en ellos que una nueva esperanza brillaba sobre la inquietud que hasta entonces los impregnaba.

—¡Por aquí! —gritó la joven con la voz encogida—. Tenemos el coche inmovilizado. Mi padre... ¡creo que está enfermo!

Apenas unos momentos antes, la mente de David era un torbellino de problemas. De pronto, todos habían desaparecido, engullidos por la sombra del que angustiaba a la joven. Los fantasmas, los gritos, los cadáveres, los asesinatos... todo había pasado a un segundo plano ante la aflicción de la joven. Y no porque esta fuera más importante en aquella situación, sino debido al extraño poder que poseen las mujeres para desequilibrar a los hombres y eliminar su sentido de la proporción.

La joven se dio la vuelta y condujo a David por el camino por el que había aparecido. No se había materializado desde los árboles, como David había creído, sino que había emergido de una bifurcación que había a la derecha. En esa misma bifurcación, volcado en una zanja un poco más adelante y parcialmente hundido en la nieve, había un pequeño sedán.

—¡Caramba! —murmuró David—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hará cosa de una hora —respondió la joven—. O al menos eso creo. He perdido la noción del tiempo.

—¿Y su padre está dentro?

—Sí.

—¡De acuerdo! Lo sacaré de ahí.

Pero cuál fue su sorpresa cuando la joven le puso una mano en la manga, deteniéndolo.

—¡No! ¡Espere! —exclamó.

—¿Por qué?

—Mi padre está bien dentro... quiero decir que se ha quedado dormido. Si lo despertamos y lo sacamos al camino, ¿qué haremos después?

—¿Quiere decir que está mejor donde está hasta que decidamos qué hacer?

—Sí. Aunque, por supuesto, quiero que le eche una mirada.

La puerta estaba atascada. La joven se las había ingeniado para salir por la ventanilla. David miró dentro del coche y sometió al anciano que estaba en el asiento del conductor a un escrutinio lo bastante detallado como para satisfacer su ansiedad más inmediata. El hombre respiraba acompasadamente y no mostraba signo alguno de estar sufriendo.

—Parece que se encuentra bien —dijo, en tono tranquilizador—. ¿Se ha golpeado?

—No.

—Pero me ha dicho usted que estaba enfermo...

—Bueno, ha sufrido una conmoción. Mi cabeza tampoco responde muy bien. Creo que sigo un poco confusa. Y además está este tiempo. Mi padre no puede pasar mucho rato de pie.

—También usted ha sufrido una conmoción.

—Sí. Los dos. Ha sido una locura salir, pero él ha insistido. ¡En una noche como esta! Nos advirtieron de que jamás lo conseguiríamos. Pero cuando algo se le mete en la cabeza, no hay modo de hacerle cambiar de idea. Me parece que estoy hablando demasiado.

—Creo que necesita hablar —respondió David—, y desde luego yo quiero oír todo lo que tenga que decir. ¿Adónde iban?

—A una casa llamada Valley House. ¿La conoce? —preguntó.

—Me temo que no. Soy un extraño en la zona, como suele decirse.

—Yo también. Tampoco yo la conozco. No había estado aquí antes. Pero tiene que estar cerca. Hemos venido en tren hasta Hemmersby, esa es la estación que corresponde a esta zona, y hemos parado en un hostel. Creía que íbamos a pasar allí la noche, y eso es lo que deberíamos haber hecho, pero de pronto papá empezó a inquietarse e insistió en intentarlo. Y cuando se le mete algo en la cabeza... ¡Oh, ya se lo he dicho! —Dejó escapar una repentina risa tímida—. Ya ve usted la de tonterías que digo. Pero no crea que soy así habitualmente. Es culpa de este viaje, que

me ha trastornado por completo.

—No se preocupe. Pronto la devolveremos a su estado habitual.

—Creo que es por haber pasado aquí sola todo este tiempo, esperando sin que ocurriera nada. Ahora que he encontrado a alguien ya me encuentro mejor.

—¿Qué estaban esperando?

—Ah, no se lo he dicho, es verdad. Papá conducía. No encontramos a nadie que nos trajera, pero nos dejaron un coche y papá dijo que conocía el camino. Nos perdimos, como podrá suponer, y después de quedar atrapados en la nieve no sé cuántas veces, finalmente llegamos a esta zanja.

—¿Qué hizo su padre?

La joven no respondió de inmediato. Pese a la aparente sencillez de la pregunta, se podría decir que tenía serias dificultades para dar con la respuesta adecuada.

—La verdad es que creo que no sabía qué hacer, al igual que yo —dijo—. Él... no ha estado bien últimamente y me temo que todo lo ocurrido lo ha dejado muy confundido.

David supo que la joven ocultaba algo y se preguntó cómo podría sonsacárselo.

—¿Entonces bajó del coche?

—No. Papá solo... eso es precisamente lo que me preocupó. No sé... no sé si sabré explicarme.

—No lo intente si le resulta doloroso.

Ella lo miró. David adoró sus ojos en ese instante y descubrió que estaba intentando no amarla en su totalidad. «¡Porque eso es una auténtica ridiculez!», se dijo.

—Creo que soy una mujer con suerte —respondió ella—. Es usted un hombre comprensivo. —Su voz ganó en firmeza, como si la comprensión de David hubiera disipado la tensión que la embargaba hasta ese momento—. Intentaré explicarme. Nosotros... yo tengo que cuidar de él.

—«Nosotros» estaba bien —dijo David con una sonrisa.

La joven giró la cabeza durante un momento. Cuando volvió a mirarle, había en sus ojos un brillo de recelo.

—Sí, ahora estoy convencida de que he sido afortunada... Mi padre no es... ¿qué? Ya lo ve: he vuelto a atascarme. Él no es como las demás personas. Por favor, no me interprete mal. Lo único que intento decir es que suele ser un hombre... soñador... distraído... por eso a veces no sé si está enfermo o si solo es eso. Pero últimamente he estado preocupada por él. Yo quería ir a otro sitio a pasar la Navidad, pero él ha insistido en venir aquí... no sé por qué. —Guardó silencio, perpleja consigo misma—. ¿Por qué digo todo esto? —exclamó.

—Yo puedo responderle a eso, si me lo permite —respondió David.

—Adelante.

—Es porque lleva callándose demasiado tiempo y por fin no ha podido más... Y también porque soy un hombre con suerte y quiero oírlo.

—Sí, puede ser... Después del accidente, papá se ha quedado... como se lo he descrito: distraído y como ausente. Como si hubiera recibido un fuerte golpe que lo hubiera dejado aturdido. Pero no ha sido así. Lo único que ha dicho ha sido: «Bueno, ha ocurrido... no te preocupes... todo se arreglará», y cosas así. Hasta que ha empezado a adormilarse... no he podido impedirlo... y por fin se ha quedado dormido.

David se volvió de nuevo hacia el coche y metió la cabeza por la ventanilla. El ocupante seguía en la misma postura. Su respiración era tranquila y todo parecía indicar que dormía cómodamente. En su rostro redondo y liso se dibujaba una vaga sonrisa. David tuvo la extraña sensación de que era un hombre que no había madurado del todo.

—No creo que deba preocuparse por él por ahora —dijo volviéndose hacia la joven—. Seguro que está bien, aunque por supuesto tenemos que llevarlo a algún sitio, y a usted también. ¿Cuál es el nombre de la casa que buscan?

—Valley House —respondió la joven.

—¿Les esperan allí?

—Oh, sí.

—Quizá han mandado a alguien a buscarles y están intentando dar con ustedes.

—No me parece muy probable.

—Pero ha mencionado algo sobre que les esperaban...

—Sí, eso no se lo he contado. Hace un rato ha pasado por aquí un hombre y le he llamado. Si no, habría pasado de largo. Ha prometido traer ayuda, pero no lo ha hecho... ¿Qué ocurre?

—¡Nada! —se apresuró a responder David—. ¿Cuándo ha sido eso? ¿Cuánto rato hace?

—No lo sé —respondió ella—. Se me ha parado el reloj y he perdido la cuenta.

—¿Diez minutos?

—Oh, no. Mucho más.

—¿Una hora?

—Es posible, más o menos.

—¿Qué clase de hombre era? —Al ver que ella empezaba a mostrarse sorprendida, añadió—: He pasado junto a un hombre y me preguntaba si no sería el mismo.

—Creo que era un obrero —respondió ella—. No he podido verlo demasiado bien.

—¿Pero ha oído su voz?

—Sí.

—¿Y era la de un obrero?

—Sí. Vulgar.

Mientras David pensaba «¡Era Smith!», el siguiente comentario de la joven no hizo sino confirmarlo.

—No me ha gustado demasiado. Parecía tener mucha prisa. Precisamente, en parte es por eso por lo que me daba miedo alejarme del coche. No quería dejar solo a papá.

—Y no la culpo —asintió David—. ¡Una situación realmente desgraciada, y hasta ahora yo no he hecho mucho por aliviarla! Por cierto, ¿ha visto a alguien más? ¿Después de Smith? —Ella lo miró, perpleja, y él se maldijo por su desliz—. Es una costumbre mía —explicó sin demasiada convicción—. En nuestra familia siempre llamamos «Smith» a la gente común. ¿Ha visto a alguien más después de él?

—Solo a usted.

«Eso significa que la persona a la que yo seguía no ha pasado por aquí, sino que tomó el desvío del camino», reflexionó David.

—No le molesta que no me crea eso de Smith, ¿verdad? —dijo la joven.

—En absoluto —respondió David—, siempre y cuando eso no la preocupe. Porque, en ese caso, a mí también me preocuparía. Hablando de nombres, ¿podríamos darnos el nuestro? El mío es David Carrington.

—El mío es Nora Strange.

—Gracias. Ahora el siguiente paso, señorita Strange, es...

Pero el siguiente paso fue propuesto con sorprendente brusquedad por el padre de Nora desde el coche. El anciano abrió de pronto los ojos y gritó:

—¿Con quién hablas, Nora? ¿Es Shaw?

¡David fue presa de un mareo cuando se acordó de que Shaw era el nombre del criado desaparecido!



## XIX

### Nuevas incorporaciones a la fiesta

Durante unos instantes, lo único que pudo hacer David fue limitarse a seguir de pie donde estaba. Había pasado de una situación a otra esforzándose por dominar cada nuevo acontecimiento sin abandonar el anterior, pero había ocurrido algo que estaba más allá de su lógica o de su capacidad de reacción. El mundo parecía haberse vuelto del revés y no le habría sorprendido si los copos de nieve hubieran empezado a caer de abajo arriba.

El hombre que estaba en el interior del coche se había referido a «Shaw». Eso quería decir que el destino de aquellas dos personas perdidas, es decir, Valley House, era la casa de la que David había salido; que si las chimeneas estaban encendidas, las habitaciones a punto y las alacenas llenas, era por ellos; y que los dos visitantes que Shaw esperaba esa tarde no eran su señor y la hija de este, cuya visita se había pospuesto a causa del mal tiempo, sino otros dos individuos totalmente distintos. Quería decir que la reconstrucción del señor Maltby se derrumbaba por completo.

Y quería decir también algo más, algo cuya repercusión era más inmediata. Si ayudaba al señor Strange y a Nora a llegar a su destino, David estaría llevándolos a una casa en la que tanto él como cinco personas más se habían instalado sin permiso. ¿Cómo, dejando a un lado el resto de consideraciones, recibirían los dos visitantes la noticia? ¿Y cómo podría explicarlo, así, de repente?

—¡Señor Carrington! —Era la voz de Nora. Lo había estado mirando atentamente, aunque no era necesario un minucioso escrutinio para percatarse de su perplejidad—. ¿Ocurre algo?

—Sí... ocurre algo, en efecto —tartamudeó David.

—¿Quién es, Nora? —quiso saber el señor Strange—. No es Shaw, ¿verdad? ¿Quién es?

—Es solo alguien que va a ayudarnos —respondió la joven—. No te preocupes, papá. Quédate un momento donde estás. —Luego se volvió de nuevo hacia David y, bajando la voz, preguntó—: ¿Qué?

—Vengo precisamente de Valley House —respondió David, tras decidir que la verdad era la única opción posible—, aunque desconocía el nombre de la casa hasta ahora.

—¿Y cómo es que ahora lo sabe?

—Por Shaw... el nombre del criado.

—Entiendo. Claro, él está allí.

—No. No está.

—¡Pero tiene que estar! ¿O quiere usted decir que ha salido a buscarnos?

—Ni siquiera eso. La casa estaba vacía cuando llegamos...

—¿Llegamos?

—Sí. Somos varios. El tren en el que viajábamos quedó atrapado a causa de la tormenta de nieve, intentamos llegar andando a Hemmersby, pero nos perdimos (como les ha ocurrido a ustedes), y por fin llegamos a su casa y nos refugiamos allí.

—¿Quiere decir que ellos están allí ahora? —exclamó la joven.

—No pueden salir —respondió David.

—¿Y usted lo estaba intentando?

—Algo así. Entiendo que nuestro comportamiento le resultará imperdonable...

—¡Oh, no! —lo interrumpió Nora—. ¡Por supuesto que no! ¿Cree que esta noche tendría la menor vacilación si encontrara un sitio donde pudiéramos refugiarnos mi padre y yo, fuera de quien fuese? ¡Pero lo que no entiendo es por qué la casa estaba vacía! Shaw tendría que haber estado allí.

—Pues no estaba.

Nora se detuvo a pensar durante un instante, se volvió a mirar al coche en cuyo interior su padre había vuelto a reclinarsse en su asiento, esperando y dando muestras de una asombrosa paciencia, y dijo:

—Hay otra cosa que no alcanzo a comprender, señor Carrington. Si nuestro criado no estaba en la casa y ustedes no lo han visto, ¿cómo han sabido que su nombre es Shaw?

—Señorita Strange —respondió David—, no solo es usted una persona encantadora, sino que también es inteligente y esa ha sido una pregunta inteligente. ¿Puede seguir mostrándose así, si es tan amable, y dejar en espera todas esas cuestiones hasta que les lleve a su casa? Es lo que más apremia, ¿no le parece? Tiene el abrigo empapado y su padre necesita el calor de un buen fuego tanto como usted. Debo confesar que hemos tenido la desvergüenza de mantener encendidas las chimeneas de la casa y, como entre los intrusos que la ocupan está mi hermana, que no ve la hora de devolver de algún modo lo que hemos recibido, puede estar segura de que les ofrecerá toda la ayuda que tanto usted como su padre necesiten. ¿Puede hasta entonces confiar en mí y nos ponemos en camino?

—Por supuesto que confío en usted —respondió ella de inmediato—. Y además tiene razón. ¿Conoce el camino?

—Eso espero. En cualquier caso, debemos intentarlo.

Con todas las dificultades que se anunciaban en el futuro más inmediato, fue un alivio descubrir que el señor Strange no añadió ninguna más. De hecho, aunque había algo extraño, su actitud resultó ser de lo más obediente y, después de que Nora le susurrara unas palabras por la ventanilla —David se mantuvo discretamente apartado mientras tenía lugar la susurrada conversación—, dejó que lo ayudaran a bajar del coche para convertirse en el miembro más dócil del grupo.

«Espero que no se haya quedado así a causa del golpe», caviló David.

El señor Strange no mostraba signos de haber sufrido daño alguno y, según Nora, las secuelas físicas del accidente se limitaban a una conmoción. Aunque en ese momento no parecía uno de esos hombres tercos que toman una decisión y se niegan después a cambiarla, a David no le sorprendió que Nora estuviera preocupada por el estado de su padre, y supuso que debía de haber algún motivo de peso para ello y no el que había admitido hasta el momento.

—Es usted muy amable —fueron las primeras palabras que el señor Strange le dirigió a David cuando se plantó en el camino y se levantó el cuello del abrigo—. Sabía que antes o después vendría alguien.

—Yo también soy optimista por naturaleza, señor —respondió David—. Hasta le he dicho a su hija que voy a dar con el camino de vuelta a su casa.

—¿De vuelta? Ah, claro. Nora ha mencionado algo sobre...

Su voz se apagó y David y Nora se miraron. La expresión de Nora implicaba: «Ahora me entiende».

—¿Se ve capaz de andar? —preguntó David.

—Ya lo creo —respondió el señor Strange—. Nada puede interferir en el viaje. Ni siquiera, como no tardará en comprobar, un accidente de coche. —Se volvió hacia su hija con una leve sonrisa en los labios—. Cuando estábamos en el hostel ya te dije que llegaríamos.

—Todavía no hemos llegado, papá —replicó Nora.

—No, pero lo haremos. Por suerte hemos dejado casi todo el equipaje en la estación y solo cargamos con nuestras bolsas más ligeras. De hecho, señor Carrington... ¿es ese su nombre?... no había alternativa, porque debido a la confusión que se ha producido en la estación nos hemos olvidado allí las maletas. En otra época culpábamos a la guerra de todo, lo recuerdo muy bien. Yo viví la guerra. Esta noche culpamos a la nieve. Aunque personalmente, en lo que se refiere al equipaje, soy más proclive a creer... en fin.

—Vamos —exclamó Nora, visiblemente nerviosa.

—Sí, vamos —respondió David—. Y voy a sugerir que vayamos los tres del brazo. Es fácil perderse.

—Buena idea —asintió el señor Strange—. Al otro lado de la cima estaremos en tierra de nadie, ¿eh? ¿Queda lejos?

Ansioso por aclarar tantos puntos como le fuera posible antes de volver a lidiar con más complicaciones, David decidió atacar uno al que llevaba un buen rato dándole vueltas.

—Valley House es su casa, ¿verdad, señor? —preguntó.

—Por supuesto —concedió el señor Strange—. Y nadie podrá quitármela.

—En ese caso, debería ser usted y no yo quien guíe al grupo —comentó David.

—Podría hacerlo a plena luz del día —respondió el señor Strange—, aunque hace mucho tiempo, muchos años, que no vengo. Pero esta noche me he perdido y la

verdad es que no tengo ni idea de dónde estamos. ¿Cuánto rato cree usted que tardaremos en llegar si vamos caminando?

—Bueno, si mantengo el optimismo, diría que entre unos veinte minutos y media hora. Probablemente más cerca de la media hora. Pero he perdido la noción del tiempo, como le ha ocurrido a usted, señorita Strange, de modo que no es más que un cálculo a ciegas.

—Espero que sea acertado —respondió ella—, o no llegaremos antes de Navidad.

—Navidad —repitió pensativo el señor Strange—. Sí... Navidad.

Habían echado a andar de nuevo y David notó que el brazo de Nora se tensaba levemente contra el suyo.

Al llegar al lugar donde los caminos se bifurcaban, David se detuvo un momento para contemplar el desvío que no había tomado y confirmó que las huellas que había estado siguiendo, y que para entonces la nieve ya casi había borrado, se alejaban en esa dirección. Eso reafirmó lo que ya sabía gracias a Nora: que Smith había tomado el camino de la derecha mientras que la otra persona había seguido por el de la izquierda. En cuanto a la posible identidad de esa otra persona y a por qué él —o ella— no iba acompañado —o acompañada—, David no tenía la menor idea.

Estaban por fin en el estrecho camino por el que había llegado él y volvieron las curvas y los giros. Acordaron postergar la conversación en cuanto, con la cabeza gacha, tuvieron que enfrentarse a la difícil tarea de hacer frente a la ventisca. A pesar de su optimismo, que era más fingido que real, David resultó ser un mal guía y en tres ocasiones se desviaron de la ruta y se encontraron de pronto en un blanco laberinto de árboles inmensos y enmarañado follaje. La tercera vez, tras más de diez minutos intentando a ciegas volver al camino envueltos en el gélido silencio del bosque, David a punto estuvo de darse por vencido y entonces fue plenamente consciente de que Nora también estaba intentando no ser presa del pánico. El señor Strange, por su parte, había aceptado la situación con una tranquilidad casi irritante, alentado por alguna filosofía secreta que se negó a compartir con los demás, o quizá inmune a la emoción a causa de su confusión mental. O quizá su estado se debiera a ambas causas. Caminaba muy tieso y sus pies congelados tropezaban a menudo.

Cuando por fin regresaron al camino, se enfrentaron una vez más a la fuerza de los copos mientras que una corriente que soplabla a una temperatura por debajo de cero se levantaba de la nada y tocaba una lúgubre música a su espalda. Nora sintió de pronto que la agarraban del brazo y a punto estuvo de caer encima de su guía cuando él la apartó del borde del camino, tirando de ella hacia el centro.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó.

—Lo siento —murmuró David a modo de respuesta—. Me pareció que iba a tropezar con ese montículo... Ya casi hemos llegado.

¡Había reconocido el hito!

Salieron del bosque a cielo abierto. La nieve volvía a caer con furia renovada, y David tuvo la extraña sensación de que durante un rato la tormenta había remitido por

obra del Destino para que ahora pudiera desplegar todo su repertorio. Jamás habría podido emprender ese viaje, como tampoco podrían haberlo hecho los demás, si la ventisca hubiera mantenido la virulencia que mostraba en ese momento.

—¿Falta mucho? —preguntó la joven entre dientes.

—No —respondió, entrecerrando los ojos llenos de nieve—. Probablemente veremos las luces dentro de un minuto. Agárrese a mí.

Mientras él hablaba fue apareciendo una luz. Como los faros de un autobús en la espesa niebla de Londres, esta no se reveló del todo hasta que casi la tuvieron encima. Era la luz del pasillo trasero que brillaba por la ventana todavía abierta.

—¡Por fin en casa! —murmuró David, casi mareado de puro alivio.

## XX

### Los recién llegados

En el curso del tortuoso viaje, el señor Strange apenas había mostrado signo alguno de estar angustiado, pero cuando por fin le ayudaron a subir por la pendiente de nieve acumulada debajo de la ventana trasera, y desde allí lo empujaron y tiraron de él para introducirlo en el pasillo, se desplomó sin más. El señor Maltby, el señor Hopkins y Lydia habían acudido de inmediato para facilitarle el acceso al interior de la casa, y a su sorprendente aparición siguió la de Nora y la de David, que parecían también al borde del colapso, lo que dio lugar a un momento de absoluta perplejidad. Fue precisamente en ese instante cuando el señor Strange cerró los ojos y se desmayó sin hacer ruido.

—Otro paciente, y esta vez se trata de nuestro anfitrión —anunció David.

—¿Cómo dice? —exclamó el señor Maltby.

—El señor Strange y su hija... recién llegados. —David añadió con tono cómplice las dos últimas palabras, dirigidas al señor Maltby, a quien el peso de las mismas no pasó desapercibido—. Tenemos que llevarlos a sus habitaciones. Las explicaciones después.

Entonces ocurrió algo realmente sorprendente. Cuando David se acercó a la figura inerte, el señor Hopkins dio un salto y lo empujó hacia atrás.

—¡No, no, ya ha hecho usted bastante! —gritó—. ¡Déjeme a mí!

Aparentemente imbuido de un sincero arrebató cooperativo, el señor Hopkins se agachó y empezó a forcejear con más celo que habilidad con las piernas del señor Strange.

—Gracias, pero creo que serán necesarias dos personas —dijo David—. ¿Y quizá podrías ocuparte tú de la señorita Strange, Lydia? Ha pasado por una situación terrible.

Pero Lydia no necesitó la sugerencia. Ya había rodeado a Nora con el brazo y había empezado a prodigar los buenos oficios que su hermano había predicho.

La Navidad llegó casi inadvertida. Solo Jessie Noyes, que meditaba en el sofá que estaba delante de la chimenea del *hall*, fue consciente de que el reloj daba la medianoche. Los demás, con excepción de Thomson, que seguía dormido en el salón, estaban ocupados arriba en diversas tareas, demasiado absortos para prestar atención al Adviento del día 25. Jessie escribiría en su diario:

He dicho: «Feliz Navidad», pero nadie me ha oído, a menos que contemos el retrato de la pared. De hecho, parecía que me oía, que lo oyera todo, aunque no me ha felicitado la Navidad, a Dios gracias. De todos

modos, después de lo que he pasado, no me habría sorprendido demasiado, ¡aunque si lo hubiera hecho me da algo!

El señor Hopkins fue el primero en bajar al *hall*, que gracias a su confort y a su amplitud, sus espléndidos muebles y su gran chimenea de ladrillo, se había convertido en la sala común. Jessie lo miró con un recelo más que evidente, pues era la primera vez que volvían a estar a solas desde que él había entrado en su cuarto. Pero, por su actitud, el señor Hopkins parecía haber escarmentado. Las emociones y los acontecimientos recientes habían surtido efecto en él, confiriéndole un espíritu de equipo.

—¡Hecho! —exclamó, alzando quizá demasiado la voz. A los fantasmas no les gustan las voces que gritan y por eso lo hizo—. Hemos llevado arriba al señor Strange (un peso nada desdeñable, entre usted y yo) y ahora duerme entre las sábanas.

—¿Qué sábanas? —preguntó Jessie.

—¿Eh? Pues está en la habitación que usted ocupaba. Personalmente, debo decir que... bueno, no estaba seguro de cuál era la mejor habitación donde alojarlo, pero... en fin.

—Espero que se encuentre bien.

—Yo también. Maltby ha dicho que era solo porque... que...

Guardó silencio. Cuando estaba a punto de sentarse en el borde del sofá, cambió de opinión y se instaló en una butaca.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Bueno, no creo que quiera usted hablar de ello.

—¿Se refiere a... cómo me he sentido?

—Sí. Debe de haber sido terrible.

—¡Mucho!

—No solo en la cama, sino también en la silla del comedor. Un caso extraordinario. Sí, he visto casos extraordinarios en mi vida. Aunque no estoy seguro de que el suyo se lleve la palma, la verdad. ¿Cómo interpreta usted lo ocurrido?

Estaba claro que el señor Hopkins sí quería hablar de ello. Lo cierto era que necesitaba desesperadamente mantener una conversación con alguien que no espoleara su complejo de inferioridad y, aunque las cosas no habían empezado bien con Jessie, seguía creyendo que ella era la única persona de la casa que hablaba su mismo lenguaje.

—No sé cómo interpretarlo —respondió Jessie.

—Naturalmente, el martillo ha sido el remate final —exclamó—. Pero debo decir que he vivido un caso similar. En Sudamérica. Tocaron la frente de una anciana con un trozo de madera, el pequeño resto de un avión que se había estrellado, ¿no se lo había contado? No, usted no estaba aquí. Y la mujer... ¿Qué le ocurre?

—¡No sé de qué me habla! —dijo Jessie, mirándolo fijamente.

—¿Eh?

—¿Qué martillo?

El rostro del señor Hopkins se tiñó repentinamente de rosa.

—Ah, bueno, no se preocupe —murmuró—. Olvídelo.

—¡No! Por favor, dígamelo.

—De acuerdo. Supongo que ahora no me queda más remedio. A fin de cuentas, ¿por qué no? Pero, eso sí, no les diga que se lo he contado. Creo que tiene que saberlo... pero ellos dirán que he metido la pata. Es este maldito secretismo... En fin, allá voy. Ha sido cuando usted estaba en trance...

—¿En trance?

—Quiero decir dormida. Cuando dormía. Habló en sueños... eso es, sí. Y dijo que la había golpeado el martillo. Bueno, ya sabíamos que el martillo había golpeado a alguien, así que eso tampoco nos ayudó demasiado... Aunque yo sé lo que yo creo. Pero ¿de qué sirve hablar cuando todos saben más que uno? —Se encogió de hombros—. Un asunto extraño. Pero no se preocupe. Si ocurre algo, yo cuidaré de usted.

La miró para ver cómo había recibido ella su sugerencia. La expresión grave que encontró en el rostro de Jessie lo confundió y se quedó preocupado.

—¿Sabe lo que creo? —dijo ella—. Creo que lo mejor es que cuide de mí misma.

—Bueno, eso está muy bien, siempre que pueda.

—Creo que puedo. Siempre lo he hecho. —Y de pronto añadió—: ¡Y en cualquier caso, señor Hopkins, no quiero que lo haga usted!

—Ya veo que no me ha perdonado —replicó él, frunciendo el ceño.

Hubo algo en su expresión que hizo que Jessie se sintiera como una alimaña, como más tarde reconocería en su diario.

—¡Si hay algo que debo perdonar, por supuesto que le perdono! —exclamó—. No piense más en ello.

Al señor Hopkins se le iluminó el rostro.

Instantes después, el señor Maltby y David se reunieron con ellos, cosa que para el señor Hopkins fue una lástima, aunque no se atrevió a mostrar su disgusto por temor a volver a caer en desgracia. Su única esperanza de mantener una relación amistosa con Jessie era salvaguardar el espíritu de equipo y demostrar que ella lo había juzgado mal.

—¿Y bien? ¿Cómo van las cosas? —preguntó—. ¿Todo bien?

—Me temo que eso es sobreestimar el estado de la situación —respondió el señor Maltby.

—¡Ah! —dijo el señor Hopkins. Esperaba que Jessie se diera cuenta de lo bien que estaba encajando la acritud del anciano—. Pero ningún problema nuevo, ¿eh?

—Uno considerable, en mi opinión. Pero el señor Strange está dormido. Al menos eso sí es satisfactorio. Y la señorita Strange no tardará en bajar.



—¿Bajar? ¿Para qué? —exclamó el señor Hopkins—. ¡Creía que se había ido directamente a la cama!

—Esta noche nadie puede pensar en acostarse a menos que su estado así lo exija.

—Bajará a contarnos su historia —explicó David—. Nada desdeñable, por cierto.

—Entiendo —murmuró el señor Hopkins—. Entonces ¿no se la ha contado?

—Solo algunos fragmentos —respondió David.

—Y hasta ahora solo he oído algún que otro fragmento suelto de la suya —intervino el señor Maltby—. Este sería un buen momento para contarla con detalle.

—Sí, señor. Totalmente de acuerdo. Pero... ¿aquí? ¿En el comedor?

Jessie captó la mirada que el señor Hopkins lanzó en su dirección.

—Aquí —dijo ella, decidiendo por todos—. ¿Cuándo entenderán que no hay nada más aterrador que quedarte sola en la oscuridad? Y, de todos modos, sé más de lo que imaginan. ¡Sé lo del martillo! —El señor Hopkins empezó a acalorarse, pero Jessie acudió rápidamente a su rescate—. He obligado al señor Hopkins a que me lo contara. No saben lo que me ha costado sacárselo.

«¡Qué buena chica, la condenada!», pensó el señor Hopkins, haciendo oídos sordos a la mentirijilla. «Un día de estos haré algo por ella, ¡ya lo creo que sí!».

—En ese caso, aquí mismo —dijo el señor Maltby—. Y, por favor, no omita ningún detalle, por muy trivial que pueda parecerle. Un hilo de algodón ha ahorcado a más de un hombre en el pasado. Cuando usted se marchó... —Miró el reloj—. Ah, feliz Navidad a todos. Cuando se marchó, hace una hora y cuarenta y tres minutos, y salió por la ventana trasera...

David contó la historia. Obedeciendo a la petición del señor Maltby, describió su periplo con todo el detalle del que fue capaz, dando tanto motivos como hechos. Se extendió especialmente en las distintas huellas que había visto y seguido, describiendo su tipología, estado y dirección. La parte de la historia que narró más deprisa fue la relativa al montículo de nieve. Le alivió que el señor Maltby no insistiera en ese punto.

Cuando concluyó, el anciano se paseó por la alfombra un par de veces y por fin preguntó:

—¿Sería tan amable de repetir todo lo que me ha dicho sobre esas huellas? Quiero grabármelo en la cabeza.

David así lo hizo.

—Gracias. Entonces su teoría apunta a que las huellas menos visibles eran de Smith, y las más recientes y visibles eran de otra persona, probablemente de una de las dos a las que vi salir huyendo antes de llegar aquí...

—Sí, y de las que ahora sabemos con certeza que no eran ni el señor ni la señorita Strange.

—Exacto. Y Smith pasó junto al coche volcado de los Strange...

—Eso parece bastante cierto.

—Bastante cierto no es lo mismo que totalmente cierto, pero por el momento lo

daremos por bueno. Y la otra persona, que no era ni el señor ni la señorita Strange, no pasó junto al coche sino que tomó el desvío de la izquierda donde el camino se bifurcaba...

—Exactamente, así es.

—Sí, exactamente. He entendido que esa persona no sabía que había un coche en el camino ni que el señor y la señorita Strange estaban dentro, o que el señor y la señorita Strange están aquí. Quizá eso no tenga la menor trascendencia. Por otro lado, quizá sea de vital importancia. —Hizo una pausa antes de seguir—. Lo que no tengo tan claro es por qué esa persona, que no era ni el señor ni la señorita Strange, pero que supuestamente era una de las dos personas a las que yo vi salir huyendo y que todavía podría ser, acuérdesese, el criado Charles Shaw (o no serlo), ha permanecido en esta zona durante más de seis horas. Después de que, según suponemos, haya arrojado al suelo cierto martillo.

—Él...

—O ella —intervino de nuevo el señor Maltby—. Evite la idea fija.

—Quizá él o ella haya estado buscando el martillo.

—U otra cosa.

—También lo había pensado.

—Y es posible que todavía la esté buscando.

—Él... o ella... se ha alejado ya demasiado.

—También usted se ha alejado mucho, pero ha vuelto. Si esa persona desconocida se ha quedado por aquí durante más de seis horas porque quería recuperar algo por encima de todo y él o ella no ha recuperado lo que buscaba, quizá haya en breve más huellas en la nieve. En esa dirección. No critico nada de lo que ha hecho en su viaje, señor Carrington, pero lamento que no haya seguido el rastro de esas primeras huellas más recientes (las que rodeaban la casa) hacia su lugar de origen durante un trecho más. Me gustaría saber dónde empezaban.

—¿Quiere que salga e intente averiguarlo ahora? —preguntó David.

—Santo cielo, ¿no ha hecho ya demasiado? —murmuró Jessie.

—¿Y yo? —sugirió el señor Hopkins, rezando para que vetaran su ofrecimiento—. ¿Voy yo?

El señor Maltby negó con la cabeza y se volvió hacia la escalera.

—Creo que nos olvidaremos de eso por ahora —dijo—. Aquí llega la señorita Strange y lo siguiente que necesitamos es su historia.

## XXI

### La historia de Nora

Cuando Nora Strange bajó la escalera se produjo una movilización general y David se puso de pie para recibirla. Sin su grueso abrigo —llevaba una blusa de seda blanca y una falda beis— parecía acentuarse en ella cierto aire etéreo, aunque nada tenía que ver con aquel fantasmagórico ambiente que envolvía Valley House, como una neblina fría y húmeda. Era algo delicadamente frágil que le confería una luminosidad humana.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó David.

—Mucho mejor —respondió ella—. Gracias a su hermana.

—Lydia siempre sabe lo que hay que hacer —dijo él—. ¿Dónde está?

—En la habitación de papá. Nos avisará si él necesita algo.

—Bien. Venga, siéntese y entre en calor.

—Sí, siéntese aquí —añadió Jessie, moviendo las piernas para hacerle hueco en el sofá—. Este es el mejor sitio, no quiero acapararlo.

—Gracias.

—¿Y algo de comer? —preguntó David cuando Nora se acomodó en una esquina—. ¿Podemos traerle alguna cosa?

—No, no tengo hambre. Hemos comido mucho en el hostel antes de salir.

Los otros dos hombres la observaban en silencio. Su tipo de belleza, como la de Lydia, estaba fuera del alcance de sensualistas como el señor Hopkins, y aunque él habría otorgado tanto a Lydia como a Nora una puntuación más alta que a Jessie en un certamen de belleza, tenía predilección por la hermosura de la corista, porque su experiencia la había encontrado más accesible. El interés que el señor Maltby tenía en Nora Strange, por otro lado, era puramente académico. En ese momento, se dirigió a ella y dijo:

—En ese caso, ¿podemos hablar, señorita Strange?

—Por supuesto —respondió ella—. Para eso he bajado.

—Entonces ahorrémonos las cortesías obvias, pues tenemos cosas más importantes de las que tratar —dijo el señor Maltby—. ¿Nos disculpa usted por nuestra intrusión?

—¡Oh, sí!

—De hecho, puede que, en lo que a usted concierne, sea una intrusión afortunada. Si nosotros no hubiéramos estado aquí, el señor Carrington no les habría encontrado en el camino, e incluso si hubiera conseguido arreglárselas sin él para traer aquí a su

padre...

—¡Jamás lo habría conseguido!

—Eso no lo sabemos. Pero se habría visto en una situación muy difícil si hubiese llegado sola y hubiera tenido que descubrir ciertas cosas que ahora yo podré desvelarle. Verá, señorita Strange, también nosotros tenemos una historia que contar a cambio de la suya, y no tengo la menor duda de que muchos de los detalles de ambas encajarán. Si usted y su padre necesitan ayuda, estamos aquí para dársela.

—Ya nos han ayudado.

—Y seguiremos haciéndolo. Le ruego que, cuando nos cuente lo que vaya a contarnos, tenga en mente las circunstancias de esta visita. Esto no es, como podrá entender, simple curiosidad. Me ha dicho el señor Carrington que esta es su primera visita a esta casa. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Pero la casa pertenece a su padre...

—Sí. La heredó de su padre. —Miró el retrato que colgaba encima de la repisa de la chimenea—. Tuvo que ser... es lo que se conoce como un mayorazgo.

—Entiendo. ¿Y ese retrato es de su abuelo?

—Creo que sí.

—Entonces ¿nunca lo vio?

—No. Yo era una niña cuando... cuando murió. Pero...

—Un momento. ¿Murió aquí? ¿En esta casa?

—Sí.

—Eso debió de ocurrir hace unos veinte años...

—¿Cómo lo sabe?

—Ha dicho que usted era una niña cuando él murió. —El señor Maltby sonrió—. Le he calculado unos veinte años y he hecho una sencilla suma. Disculpe la interrupción. Probablemente la interrumpa muchas veces. ¿Alguien le ha dicho cómo me llamo? Soy Edward Maltby. Si está interesada en cuestiones de videncia y lee literatura ocultista, quizá haya oído hablar de mí, de lo contrario mi nombre no le sonará. ¿Decía usted que ha reconocido ese retrato de su abuelo, al que no llegó a conocer en vida?

—Reconozco el retrato porque se parece un poco a mi padre —respondió ella, casi sin aliento. David se dio cuenta de que, cansada como estaba, le costaba seguir el ritmo de la rápida mente del señor Maltby, quien nunca parecía cansado—. Y en una ocasión vi una vieja fotografía de él. De mi abuelo.

—¿Solo una?

—Sí.

—Ah, entonces su padre no guarda un extenso álbum familiar...

«¿Para qué querrá saber eso?», se preguntó David. Pero sabía que había un motivo detrás de cada una de las preguntas del señor Maltby.

—No, no tenemos ninguno. No creo que mi padre... —Nora hizo una pausa—.

Pero eso nada tiene que ver con esta historia.

—Se equivoca usted de medio a medio —replicó el señor Maltby—. Tiene mucho que ver. Todo lo que pueda contarme sobre su abuelo es útil para la historia. Y si solo me cuenta la mitad de la historia no podré ayudarla. Su abuelo... su muerte... su padre... el motivo que le ha traído aquí... su criado o guardés, Charles Shaw... cualquier otra persona o familiares que hayan vivido en esta casa y que hayan tenido algo que ver con ella... quiero saberlo todo. Boquiabierto me halla a la espera de cualquier cosa que quiera usted contarme, señorita Strange. ¡Me encuentra usted ávido de conocimiento!

—¿Me permiten que les interrumpa? —intervino David.

—Así es como el señor Carrington empieza sus interrupciones normalmente, señorita Strange —comentó el señor Maltby—, aunque a decir verdad interrumpe tanto si se le concede permiso como si no.

—En ese caso, no quiero que esta sea una excepción —respondió David—, y espero que esta interrupción no le parezca una grosería, señor Maltby.

—Eso no me preocupa. También yo puedo ser grosero.

—Menuda novedad —murmuró el señor Hopkins entre dientes.

David se volvió hacia Nora, que parecía sentirse un poco indefensa.

—Lo que quiero decir es lo siguiente, señorita Strange. El señor Maltby, sí, este hombre que en este preciso instante me está mirando a la espera de comprobar hasta qué punto puedo llegar a ser grosero, es un viejo fósil reseco con unos modales que a veces nos recuerdan a los que se emplean en la sala de disecciones. Pero incluso cuando es más grosero sigue teniendo un corazón de oro (hay que dorarle un poco la píldora, señor) y consigue lo que busca. Así que hágame caso y no se deje avasallar en su propia casa...

—En la de su padre —lo corrigió el sujeto de su discurso.

—... ni por sus interrupciones, por las que jamás pide perdón. No nos cuente nada que no quiera contar. ¡Pero cuente todo lo que pueda!

Nora sonrió. Sabía que David intentaba, pensando en ella, relajar aquel ambiente de sala de interrogatorios y se lo agradeció.

—No me ha parecido que nadie haya sido grosero —respondió—, y les contaré todo lo que pueda. Pero no estoy segura de por dónde empezar.

—Hay un caballero colgando de la pared —respondió el señor Maltby— que, según creo, está pidiéndole que empiece por su muerte.

—No, debo empezar un poco antes de eso... si de verdad voy a contárselo todo —dijo ella—. Mi abuelo vivía aquí con mi padre y mi tío. Mi padre no estaba casado en aquel entonces. Creo que había discusiones a veces... mi padre y mi tío no se llevaban bien y papá me dijo que estuvo encantado de poder marcharse de aquí cuando estalló la guerra. Enseguida se alistó.

—Eso fue hace veintitrés años.

—Sí.

—¿Su tío también se alistó?

—No. Creo que tenía algún problema, pero no estoy segura. En cualquier caso, no lo hizo. Se quedó aquí. Según cuenta mi padre, mi tío dijo que solo querían hombres muy jóvenes, pero mi padre tenía dos años más que tío Harvey y él sí que fue.

—¿Qué edad tenía su padre?

—Ahora tiene cincuenta y siete años. Debía de tener treinta y cuatro.

—La edad límite se elevó muy por encima de eso. Probablemente a su tío Harvey sí le ocurría algo, o... quizá encontró el modo de que lo descartaran. Había muchas formas de conseguirlo... y mucha gente intentándolo. ¿Diría que su tío Harvey era esa clase de hombre? ¿O estoy entrando demasiado en el terreno de lo personal? —añadió, dedicando una mirada seca a David.

—En absoluto. Creo que sí que era esa clase de hombre. No negaré que a papá no le gusta su hermano... del mismo modo que a tío Harvey no le gusta papá.

—¿Podría expresarse de forma más contundente?

—Supongo.

—De hecho, y para ser claros, ¿se odian?

—Sí, pero a distancia. Hace años que no se ven. Dos años después del estallido de la guerra, mi padre conoció a mi madre (ella actriz, él de permiso) y en su siguiente licencia, concretamente en Navidad, él le pidió matrimonio y la trajo aquí. Se produjo una escena desagradable. Creo que... según tengo entendido, mi abuelo debía de ser una persona bastante peculiar. Siempre tenía que salirse con la suya, y papá cree que además estaba celoso. Eso quizá tuvo algo que ver.

—¡Pero su padre ya no era un niño! —exclamó el señor Maltby—. ¡En aquel entonces tenía treinta y seis años!

—Lo sé. Es ridículo. Sea como fuere, el abuelo no dio su aprobación y amenazó con quitar a papá de su testamento si seguía adelante con sus planes de boda.

—Pero, obviamente, su padre siguió adelante, ¿no?

—Por supuesto. También él podía ser muy testarudo. Así que el abuelo los echó de la casa y cambió su testamento en favor de mi tío. Entonces...

—Espere un minuto —la interrumpió el señor Maltby—. Hay un par de cosas que me gustaría aclarar. Navidad. Eso es muy interesante. Estamos hablando de la Navidad de 1916, ¿eh? ¿Hace exactamente veintiún años?

»Qué coincidencia que vuelva a ser Navidad mientras está aquí sentada contándonos esto. ¿O quizá no? Seguro que no. Si esta casa es un mayorazgo, su abuelo no pudo quitársela a su padre.

—No, pero sí lo eliminó de todo lo demás.

—¿De todo?

—Totalmente.

—Sí, ha dicho que su abuelo era un hombre muy peculiar. Aunque la verdad es que hay muchas personas excelentes a la par que peculiares. Yo, sin ir más lejos. Y también vanidosas. Vuelvo a referirme a su abuelo, pues la vanidad no es uno de mis

defectos. Ese pelo, ¡mírelo! ¡Un hombre de más de sesenta años con un pelo liso y oscuro como ese! Debía de cuidarlo con extraordinario celo. Recordará, señor Carrington, que ese pelo fue una de las primeras cosas del cuadro en las que me fijé... Extraordinario... Y dígame, señorita Strange, ¿acaso su abuelo tenía algo en contra de su padre? Al negarle su aprobación y apartarle de su testamento, ¿le parece que estaba saldando una vieja deuda... o quizá expresando algún prejuicio?

—¡Oh, no! —exclamó Nora—. Eso es lo curioso del asunto. El abuelo siempre prefirió a papá por delante de tío Harvey.

—Entiendo. En fin, la naturaleza humana es caprichosa y a menudo funciona así. Supongo que su tío Harvey habrá estado encantado.

—No lo sé. Es muy posible.

—Extremadamente posible. Bien, continúe. No, otra cosa: Charles Shaw. El criado. ¿Era parte del servicio en aquella época?

—Sí. Lleva más de cuarenta años con la familia. Por eso mi padre lo conserva...

—Como criado cuando él está aquí y como guardés cuando no está. Y normalmente no está. ¿Entiendo que en tiempos de su abuelo era el mayordomo?

—Eso creo.

—Gracias. Bien, su padre se casó con su madre y se vio apartado del testamento por hacer lo que cualquier hombre sensato habría hecho en su lugar. Aunque yo no me he casado, si hubiera querido hacerlo, nada me habría detenido. Bien, ¿y después?

—Después —prosiguió Nora, que para entonces se estaba acostumbrando a los métodos del anciano—, mi padre volvió al frente. Yo nací en su ausencia.

—En 1917.

—Sí. Creo que mi madre escribió a mi abuelo, pero nunca lo he sabido con seguridad y no creo que papá lo sepa. Debió de ser para ellos un año muy confuso, no solo por mi llegada y por los combates, sino porque papá sufrió neurosis de guerra. Y el abuelo también enfermó... La neurosis de guerra puede durar mucho tiempo, sus secuelas, quiero decir.

—Su padre nunca se ha recuperado del todo de ellas, ¿verdad, señorita Strange? —preguntó David.

—Creo que no —respondió ella—. Él... su salud ya no ha vuelto a ser la que era desde que tengo recuerdo de él.

—Me dijo que era propenso a mostrarse distraído y ausente.

—Sí, creo que tiene algo que ver con la neurosis de guerra. Tiene... ideas fijas y piensa en ellas constantemente.

—¿Podría mencionar algunas de esas ideas fijas? —preguntó el señor Maltby.

—Bueno, una es que habrá otra guerra.

—Esa idea fija no es solo fruto de la neurosis de guerra.

—No, por supuesto que no. Y hay otra que tiene que ver con esta casa. Siempre ha estado convencido de que regresaría, aunque volveré a eso en breve. Quiero contestarle ahora a lo que me preguntaba al principio... la muerte del abuelo. Cayó

enfermo, como le he dicho. Era más o menos cuando papá regresó enfermo. En Nochebuena, papá ya se encontraba mejor y recibió una invitación para acudir con mi madre de inmediato a Valley House. La noticia los dejó perplejos. No la entendieron. Pero el abuelo dijo que tenía una sorpresa para ellos y que no debían mencionarlo hasta que él se la comunicara personalmente. Pero ellos nunca llegaron a saber lo que era. El abuelo murió... justo antes de que pudiera decírselo.

Nora se quedó de pronto callada. Nadie dijo nada durante unos segundos. Entonces el señor Maltby anunció en voz baja:

—Quizá todavía pueda decirlo.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Nora.

—Supongo que nada —respondió el anciano.

—¿Cuánto tiempo estuvo enfermo su abuelo?

—No lo sé con exactitud. Varios meses.

—¿Dos? ¿Tres? ¿Seis?

—Creo que unos tres.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—En octubre.

—¿Qué día?

—El día 3.

—¿Y cuándo regresó su padre a Inglaterra con esa neurosis?

—Creo que una semana o dos después de que yo naciera.

—¿Y no vino a Valley House entre ese día y el día de Navidad? Esto es, entre su llegada a Inglaterra en la primera mitad de octubre de 1917 y el 25 de diciembre de 1917.

—No.

—¿Qué le ocurría a su abuelo?

—El corazón.

—¿Y de eso murió? ¿De un problema cardíaco?

—Sí. Estaba en cama cuando mi padre y mi madre llegaron...

—¡Pero no murió en su cama!

—¿Cómo lo sabe?

—Puedo enseñarle la silla en la que murió. —Nora lo miró, perpleja, mientras Jessie se estremecía—. Está ahora mismo en el comedor. ¿Fue en el comedor?

—Supongo... No, no es posible que estuviera allí... debieron de traerla aquí para él...

—¡Aquí! ¡Al *hall*!

El señor Maltby se levantó de un salto del taburete en el que había estado sentado.

—¡Sí! ¡Eso es! Ha bajado de su habitación. La de la cama con dosel. Pálido... muy pálido. Pero ha bajado. ¡La tenacidad tiene su premio! Ha bajado... aquí está... acercándose a la silla... Sí, pero usted está tan pálido como él, Shaw, ¿no es cierto? La piel le preocupaba tanto como el retrato... aunque no por mucho tiempo...



Volvió a sentarse.

—¿Shaw estaba aquí? —preguntó—. ¿En el *hall*?

—¡Sí! —jadeó Nora con los ojos como platos.

—No se preocupe... ¡a veces se pone así! —masculló el señor Hopkins.

—¿Y quién más? —prosiguió el señor Maltby—. ¿Quién más estaba aquí?

—Mi padre y mi madre... tío Harvey... la enfermera y el médico.

—¿De modo que tenía una enfermera?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Martha... es todo lo que me dijo papá.

—¡Martha! Sí, ¿y el médico?

—Doctor Wick.

—¡Wick! Y todos estaban presentes cuando su abuelo murió, ¿verdad?

—Sí. Y habían hecho lo imposible para impedir que bajara. Papá y mamá no llegaron hasta muy tarde. Hicieron un largo viaje y cuando por fin llegaron ya era medianoche. Tío Harvey no había querido dejarlos pasar y a punto estuvieron de tener que entrar por la fuerza. Ni siquiera entonces los dejaron subir, y tuvieron que esperar a que bajara el abuelo. Papá me lo ha descrito todo. Resulta tan extraño que todo ocurriera aquí, donde estamos ahora sentados. El abuelo mandó que sirvieran champán, tomó un sorbo y dijo: «Feliz Navidad a todos, y brindo por...». Eso fue todo. Soltó el vaso, cayó de espaldas sobre el respaldo de la silla y al instante siguiente estaba muerto.

—Un ataque al corazón —murmuró el señor Maltby cuando ella terminó de hablar.

Nora asintió.

—¿Y el médico firmó el certificado de defunción?

—Sí.

—Ajá. Ya veo... Dos memorables Navidades, las de 1916 y 1917. Y esta es la tercera. —De pronto, giró sobre sus talones e hizo otra pregunta—: ¿A qué hora bajó su abuelo la escalera? ¿Lo sabe?

—Sí. Papá lo mencionó —respondió Nora—. El reloj acababa de dar las dos cuando el abuelo terminó de hablar.

En ese momento, todos salvo el señor Maltby se sobresaltaron. El mismo reloj dio la una. El señor Maltby se volvió hacia el retrato que colgaba encima de la chimenea.

—Dentro de una hora habrán pasado veinte años desde la segunda vez que cerró usted los labios. ¿Podemos volver a abrirlos?

## XXII

### El apagón

El señor Maltby se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Estuvo mirando fuera durante unos segundos antes de decir, sin volverse:

—Casi ha dejado de nevar.

—Gracias a Dios por sus pequeñas misericordias —masculló el señor Hopkins.

—La misericordia todavía no ha llegado —respondió el señor Maltby—, y cuando lo haga, si llega, tendremos la oportunidad de juzgar sus dimensiones.

—¿Tiene que hablar siempre con acertijos? —exclamó el señor Hopkins al sentir que algo estallaba en su interior—. Por supuesto, todos sabemos que dirige usted la función...

—Yo no dirijo la función —lo interrumpió el señor Maltby—. Yo no he decidido la hora ni la fecha, ni tampoco el momento en que debía dejar de nevar. Algo infinitamente superior a mí es quien dirige esta función. —Y, volviéndose hacia Nora—: No ha terminado de contar su historia, señorita Strange. Me gustaría oír el resto tan pronto como pueda contarla. ¿Me equivoco al pensar que su madre no vive ya?

—Murió cuatro años después que mi abuelo —respondió Nora.

—¿En 1921, cuando usted tenía cuatro años?

—Sí.

—¿Y dónde vivían ustedes? ¿No vivían en esta casa? Ha mencionado que no había estado aquí antes, aunque, claro, es difícil que lo recuerde si fue antes de los cuatro años.

Mientras el señor Maltby hacía las preguntas, sus ojos seguían mirando por la ventana.

—Me dejaron con una niñera en Londres y mi madre se fue de gira por provincias. Mi padre solía acompañarla. Es que solo tenían el dinero que ella ganaba.

—¿Y quién heredó el dinero de su abuelo?

—Mi tío Harvey.

—¿Dónde vivía?

—Vivió aquí durante un tiempo. Supuestamente tenía que pagar un pequeño alquiler, pero se atrasaba siempre y creo que al final no pagaba nada. A papá no se le dan bien los negocios.

—Desde luego. ¿Shaw se quedó aquí con su tío?

—Sí, y cuando mi tío se gastó todo su dinero y se marchó, Shaw se quedó al cuidado de la casa. Creo que la alquilaron una o dos veces...

—Pero Shaw se encargó de que no se alquilara más a menudo, ¿eh? Estaba demasiado cómodo aquí, con una prebenda. ¿Quién pagaba su sueldo?

—Después de que tío Harvey se marchara, creo que nadie. Hubo una especie de acuerdo por el que él vivía aquí gratis a cambio de cuidar de la casa.

—Y probablemente tuviera algo de dinero propio... o alguna otra fuente de ingresos —comentó el señor Maltby—. Creo que tengo bastante fichado al señor Charles Shaw. ¿Dónde está ahora su tío?

—No lo sabemos.

—¿Alguna vez pensó su padre en mudarse aquí?

—No soportaba la idea. Y además, y esto es algo que usted no entenderá, como me ocurre a mí, él siempre ha tenido la sensación de que algún día tendría que volver y ha estado esperando a que llegara esa llamada. Esa es la otra idea fija de la que le he hablado antes.

—Entiendo... Y este año, veinte años más tarde, por fin ha recibido la llamada...

—Debe de haberla recibido.

—¿Sabe usted de qué modo ha llegado?

—Creo que ha sido una carta. Papá siempre ha evitado hablar de esta casa y de todo lo que ha ocurrido aquí, y yo jamás habría sabido lo que ahora sé si él no hubiera caído enfermo hace dos años. Fue entonces cuando me lo contó... pero cuando su salud mejoró me dijo que lo olvidara. Obviamente, no lo he hecho.

—¿Qué le hace pensar que ha sido una carta lo que le ha traído aquí ahora? —preguntó el señor Maltby.

—Hace tres o cuatro días recibió una carta en la que ponía «estrictamente confidencial» y pareció alterarlo —respondió Nora—, pero no quiso desvelarme su contenido. Fue entonces cuando decidió venir y escribió a Shaw para que lo preparara todo.

—¿Dónde estaba su padre cuando recibió la carta?

—En Newcastle. Daba allí una clase. Tras la muerte de mamá, ganaba algo de dinero, no mucho, escribiendo y dando clases. Antes de irnos a Newcastle me dijo que iba a renunciar a las clases... y desde entonces está de este humor tan extraño... y eso es todo —concluyó.

—Sí, y ha dejado de nevar —dijo el señor Maltby—. Señor Carrington, ¿hemos cerrado esa ventana trasera?

—Sí —respondió David.

—Bien, pues vaya y ábrala, por favor, mientras yo apago la luz —dijo el señor Maltby.

—¿Apagar la luz, dice? ¿Para qué? —preguntó el señor Hopkins.

El señor Maltby no respondió, y mientras David cruzaba la cocina vacía para cumplir su orden, el anciano dejó el *hall* a oscuras salvo por el resplandor del fuego.

Luego pasó al comedor y apagó también la luz. A la vuelta, cruzó al salón, miró dentro y volvió a cerrar la puerta.

—¿Y bien? —preguntó cuando David volvió a aparecer.

—La he abierto —respondió David.

—¿Cómo siguen las cosas ahí fuera? ¿Todavía se puede acceder a la casa por la ventana?

—Sí.

—Oiga, ¿qué está ocurriendo aquí exactamente? —exigió saber el señor Hopkins al tiempo que la oscuridad multiplicaba por dos el volumen de su voz—. ¿Y si entra alguien?

—En algunos momentos, señor Hopkins, me niego a creer que es usted tan poco inteligente como parece —replicó el señor Maltby. Luego siguió, dirigiéndose a David—: Si no me equivoco, la única luz encendida que hay arriba es la de la habitación del señor Strange, ¿no es así? ¿Le importaría subir a confirmarlo? Podría atizar el fuego de la chimenea para que su hermana tenga así un poco de luz y pueda manejarse con comodidad.

David volvió a irse. El señor Maltby se acercó a la chimenea y cuando su figura quedó perfilada contra el resplandor del fuego, adquirió un aspecto extrañamente empequeñecido.

Nadie volvió a hablar hasta que David regresó. Tan solo Jessie fue incapaz de contener un pequeño grito cuando un leño se movió y lanzó al aire una nueva lengua de fuego. Nora, que sin embargo era la menos familiarizada con el ambiente de Valley House y con los desconcertantes métodos del anciano, dominó la sensación de irrealidad que la embargaba y siguió sentada, prácticamente inmóvil. Se preguntaba si todas aquellas cosas estaban ocurriendo de verdad, y, de ser así, si respondían a la sabiduría del anciano o, por el contrario, a su antojo.

—Todas las luces apagadas —anunció David.

—¡Bien! —respondió el señor Maltby—. En ese caso, todo indica que nos hemos marchado, o que nos hemos acostado ya. Obvio, ¿no les parece? Esperemos que así sea. ¡Y ahora escuchen! ¿Alguien oye algo?

Todos aguzaron el oído. Afuera reinaba el más absoluto silencio. Dentro, el único sonido era el tictac del reloj.

—Hace unos momentos he oído que el señor Carrington abría la ventana trasera —dijo el señor Maltby, además de oír que abría las dos puertas que hay en medio.

—Yo no —dijo el señor Hopkins.

—Probablemente nadie más que yo lo haya oído. Era la única persona que estaba atenta a lo que pudiera oír. Ahora, sin embargo, todos estaremos atentos a los ruidos. No prestaremos atención a si alguien abre la ventana, sino a si entra por ella, cae al suelo con un pequeño golpe sordo y abre después las dos puertas que hay en medio. En este absoluto silencio no nos pasarán inadvertidos esos ruidos, aunque creo, señor Carrington, que quizá debería hacer guardia junto a la puerta de la cocina para darnos la primera voz de alarma. Vaya ahora mismo y dígame si desde allí oye mi voz. La mantendré baja, como todos debemos hacerlo a partir de ahora. —David mostró de

nuevo su incondicional obediencia a las órdenes del anciano y fue hacia la puerta—. ¿Y bien?

—Perfectamente, señor —informó David, aunque el señor Maltby había bajado la voz hasta convertirla casi en un susurro.

—En ese caso, está todo a punto para lo que quizá podríamos llamar la primera escena del último acto. Eso, claro está, si finalmente tenemos función. Hágame saber si oye algo antes que nosotros, señor Carrington. En cuanto se produzca algún ruido, el señor Hopkins y yo nos reuniremos con usted.

—¿Quiere decir... para atrapar a quienquiera que sea? —preguntó el señor Hopkins con voz sepulcral.

—Mi pobre fe en su inteligencia sigue viva —respondió el señor Maltby—. Su voz, como su lógica, es ahora satisfactoria... Señorita Strange, seguiremos con nuestra conversación, pero aunque lo que estoy a punto de decirle requiere de toda su atención, me temo que solo recibiré la mitad, puesto que la otra mitad debe reservarla para ese ruido.

El señor Maltby se llevó la mano al bolsillo del pantalón y allí la dejó.

«Me gustaría saber si lleva un revólver», pensó el señor Hopkins. «Ese viejo chiflado es capaz de llevar encima cualquier cosa». En ese momento, una nueva idea que no podría habersele ocurrido a ninguna de las otras personas que estaban en la habitación se abrió paso en su mente inquieta. «A lo mejor es un loco. ¡El Señor nos proteja!». Sin embargo, tuvo el buen tino de desdeñar la teoría casi en el mismo momento en que se le ocurrió. El señor Maltby podía ser un hombre a todas luces excéntrico, pero resultaba igualmente evidente que no estaba loco.

—Ha mencionado usted dos cartas —dijo el señor Maltby—. Una, la que su padre mandó a Shaw avisándole de su llegada, la he visto. Es decir, la he visto lo suficiente como para ser conocedor de su contenido. La otra, la que iba dirigida a su padre y en la que se proporcionaba el aliciente para esta visita, espero verla. Pero hay una tercera carta cuya existencia usted desconoce y de la que aquí nadie sabe nada excepto yo. Y yo ni siquiera sabía nada hasta justo después de su llegada.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó David.

—En la habitación de Shaw. He ido allí después de dejarles, a usted y a su hermana, con el señor Strange. Quizá se acuerde de que he vuelto a encontrarme con usted en lo alto de la escalera justo en el momento en que usted bajaba. La carta estaba en el suelo. (Sonrió cuando vio que David estaba a punto de interrumpirle de nuevo). Va a preguntar: «Y si estaba en el suelo, ¿por qué no la vio antes, cuando encontré la carta en la papelera?». La respuesta es que, en ese momento, no estaba en el suelo. Debo agradecerse al señor Thomson. Incluso su delirio temporal (por cierto, todo indica que su estado va mejorando, como el tiempo) parece haber sido especialmente afortunado... Me pregunto cómo encaja Smith en todo esto... La habitación estaba en un estado caótico cuando Thomson salió a deambular por la casa: la ropa de cama estaba tirada por todas partes y había una mesita volcada. La

mesita tenía un cajón y con la caída evidentemente se rompió la cerradura, que para empezar ya estaba en mal estado. El cajón se abrió un poco y la carta cayó al suelo. —Sacó un sobre del bolsillo mientras hablaba—. Aquí está.

El señor Maltby extrajo varias hojas del sobre y las desplegó, acercándolas a la luz del fuego, pero cuando estaba a punto de empezar a leer se detuvo y miró a Nora Strange. Su actitud había perdido toda acritud y su expresión era de profunda compasión.

—Me temo que no va a gustarle lo que voy a leer, señorita Strange —dijo—. Pero tengo que hacerlo.

—Quiero que lo haga —respondió ella.

El señor Maltby asintió, miró a David y empezó a leer:

—«Querido C.». Naturalmente, C. es Charles Shaw. «Acabo de recibir la tuya y no me ha sorprendido en absoluto. Sabía que algún problema se cocía y, cuando llegó tu carta, que parte del problema me concernía a mí. Era H.». H., como descubriremos a medida que avance la carta, es su tío, Harvey Strange. «Apareció haciéndose el duro y se puso difícil. “¿Cuánto tiempo más va a seguir esto así?”, dijo. “Hasta que te mueras”, le respondí. Así es como siempre he lidiado con él y normalmente funciona, pero esta vez venía muy envalentonado, con unas copas de más, pues bebe como un cosaco, y dijo que si no lo dejábamos en paz, cantaríamos. Es la primera vez en todos estos años que ha adoptado ese tono, aunque yo ya lo esperaba. Ya sé que no te gusta hablar de estas cosas y que eres especialista en hacer oídos sordos y la vista gorda... sí, tendría que haber sido yo el hombre de la casa... porque de poco me has servido, siempre al margen o poniendo palos en las ruedas. Pero ahora tenemos que hacer frente a los hechos. Le hemos dado a H. todo lo que es capaz de soportar, y un poco más, y eso le ha vuelto peligroso. Personalmente, diría que está acabado, en fin... un desastre...». Lo siento, señorita Strange, pero a fin de cuentas esto justifica la opinión que su padre tiene de su propio hermano. «Y hace semanas que no está en condiciones de poner los pies en un club. No teníamos nada, como bien sabes, y ese es el motivo que me ha llevado a hacerlo venir, porque puedes estar seguro de que L. W. no me ha dejado nada, ¡y lo necesito!». En breve sabrán quién es L. W. «Pero, naturalmente, no esperaba que tu carta llegara al mismo tiempo. Lo hizo en mitad de nuestro encuentro y H. reconoció enseguida la letra, me la quitó de la mano y la abrió antes de que pudiera impedirselo, así que todo salió a la luz y está al corriente de la inminente visita de su hermano e insiste en acompañarme. Porque tengo que ir. Espero que entiendas que hay en esto mucho más de lo que puedas llegar a imaginar. ¿Sabías que...?».

—¡Espere un momento! —susurró de pronto David.

El señor Maltby interrumpió su lectura.

—¿Ha oído algo? —preguntó.

Todos escucharon atentamente y David negó con la cabeza.

—Lo siento, creo que me he equivocado —dijo—. Continúe, señor. A menos que

quiera que hagamos una pausa, señorita Strange —añadió.

—No creo que podamos hasta que todo esto se haya aclarado —respondió Nora.

—«¿Sabías que mi querido esposo escribió a W. S.», W. S. es su padre, William Strange, «justo antes de liberarme de su terrenal presencia?». Quien escribe no parece llorar muy amargamente la ausencia de su querido esposo. «Yo me enteré ayer, un par de horas después de haberlo enterrado, cuando revisaba sus cosas, y por eso tu carta no me sorprendió. ¡Sabe Dios lo que escribió L. W.! Lo que encontré era solo el comienzo de la carta, y puesto que intentó disimular su letra, supongo que escribió *anónemamente*, no sé si es así como se escribe. Escribió otra carta tras decidir que no mandaría la que encontré por casualidad. ¡Cómo no se le ocurrió destruirla! ¡Menudo idiota! Aunque, claro, estaba enfermo, así que quizá el motivo de su descuido fuera ese. Si vuelvo a casarme algún día, no será con un médico, y de hecho si me casé con este es solo porque había un buen motivo para ello, y al menos era un hombre apuesto hace veinte años».

»Veinte años —repitió el señor Maltby, levantando la vista de la carta. Y médico. W. de Wick, ¿no? La L. no tiene importancia. El médico que atendió a su abuelo durante su enfermedad, que estuvo presente en el momento de su muerte y que firmó su certificado de defunción. ¡Estamos avanzando! “Pero si L. W. era un idiota, también era lo suficientemente taimado como para guardar un secreto, y es evidente que el viejo J. S. le contó uno antes de palmarla así, tan de repente”. ¿Cuál era la inicial del nombre de su abuelo, señorita Strange?

—John —respondió Nora.

—Gracias. J. S., John Strange. «Y ahora se la ha devuelto al hijo de John», continuaba la carta. «Más vale tarde que nunca, ¿no? ¡Y lo mismo vale para nosotros! No puedo decirte cuál es el secreto porque el fragmento de la carta que encontré no llegaba tan lejos, pero lo que sí puedo decirte es que ¡hay dinero! ¡Y mucho! ¡En la casa! ¡Y tenemos que encontrarlo antes de que W. S. y esa preciosa ganadora del concurso de belleza semanal lo hagan!». Esa, según lo entiendo yo, es una referencia muy poco sutil a usted, señorita Strange.

»Y ahora llega la que quizá sea la parte más desagradable de esta carta ya de por sí sobradamente desagradable: “Así que prepárate para vernos, a H. y a mí. Tendría que ser mañana, siempre que la nieve no nos retrase”. Y, por desgracia, no lo hizo. “Pero aunque H. llegará conmigo, ¿queremos que se quede con nosotros? Piénsalo. Si ocurriera un accidente y W. S. llegara poco después y no hubiera nadie en la casa... ¡Y nosotros no estaremos!... En fin, acuérdate de Caín y Abel. Tuya, Martha”. Claro, Martha Wick, la enfermera.

Con semblante muy serio, el señor Maltby volvió a meter la carta en el sobre y a guardarse el sobre en el bolsillo.

—Bien, si alguno de nosotros hubiera recibido una carta como esta —dijo—, y si, con la prisa de la huida, nos la hubiéramos dejado olvidada con el peligro de que la policía diera con ella, ¿no nos arriesgaríamos a volver para quemarla?

—Quiere usted decir que... —vaciló Nora.

—Lo que quiero decir, señorita Strange —respondió el señor Maltby—, es que Charles Shaw está ausente, que Martha Wick y su tío están ausentes, que hay un martillo en el comedor con el que han matado a un hombre y también una silla en la que ha muerto otro hombre. De momento, no importa cómo sé estas cosas. Acéptelas como hechos. Y antes de que ocurra el próximo acontecimiento, queremos saber lo que había en la carta que el doctor Wick le escribió a su padre. Si duerme aún, ¿sería usted tan amable, teniendo en cuenta las excepcionales circunstancias, de intentar encontrarla?

—Subiré con usted —se ofreció David al tiempo que Nora se levantaba.

—Está usted haciendo guardia —le recordó el señor Maltby—. Pero lo liberaré de su cargo temporalmente, a menos que el señor Hopkins quiera subir en su lugar.

El señor Hopkins no dio señal alguna de haber oído la oferta.



## XXIII

### «Alguien que sabe»

Lydia despertó de su sombría vigilia cuando la puerta de la habitación se abrió con suavidad y entró David, seguido de Nora. Este tenía una cerrilla prácticamente consumida en la mano.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Todavía no —respondió David—, aparte de haber descubierto algunas cosas.

—Sí, al parecer todo el mundo está descubriendo cosas menos yo —respondió Lydia—. Algún día, David, tendrás que contarme una larga larga historia. Mientras tanto, hasta que llegue ese día, lo único que tengo es un montón de retazos que no tienen ningún sentido. Por cierto, ¿nos hemos felicitado la Navidad? Sería una lástima que se nos olvidara. —Se volvió hacia Nora—. David y yo siempre estamos así, pero en realidad nos adoramos, créame. Supongo que ha venido a que le dé el último parte, ¿verdad? Creo que lo único que necesita su padre es descansar. Duerme como un lirón.

Nora se acercó sigilosamente a la cama y contempló el rostro sereno de su padre. Parecía estar en paz con el mundo. La expresión de la propia Nora mientras lo miraba era de un alivio no exento de cierta confusión.

Tras un par de segundos se volvió hacia una pequeña bolsa marrón que estaba encima de una silla. Era la bolsa de su padre y la abrió al tiempo que Lydia lanzaba una mirada interrogante a David.

—Está buscando algo —murmuró David.

—¡No me digas! —murmuró Lydia con tono sarcástico—. Y por supuesto, no se te ocurrirá decirme lo que es, claro.

—Una carta. Estamos sobre la pista, Lydia, pero la historia que quieres oír es demasiado larga para contártela en este momento. ¿Ha habido suerte, señorita Strange?

Ella negó con la cabeza y luego se volvió de nuevo hacia el durmiente que ocupaba la cama con dosel.

—Es por una buena causa —dijo David al ver que ella vacilaba—. ¿Prefiere que lo haga yo?

—No. Yo lo haré.

Sus manos se movieron suavemente por los bolsillos de su padre. Segundos más tarde soltó una pequeña exclamación al extraer un sobre. Todavía conservaba fragmentos de un sello roto en la solapa y llevaba escrito: «Estrictamente

confidencial».

—¡Es esta! —exclamó.

—¡Buen trabajo! ¡Y ahora bajemos! —respondió David—. ¡Vamos!

Abrió la puerta, encendió otra cerilla y la sostuvo en alto mientras Nora salía de la habitación con su hallazgo. Un momento después, la puerta volvió a cerrarse.

—Muchas gracias —dijo Lydia.

David y Nora encontraron a tres personas calladas esperándoles abajo, pero al llegar al *hall* el señor Maltby rompió el silencio con un rápido:

—¿Y bien?

—La he encontrado —respondió Nora, entregándole el sobre.

El señor Maltby lo cogió y regresó junto a la chimenea mientras David volvía a ocupar su puesto de vigilancia junto a la puerta de la cocina. Tras leer las palabras «Estrictamente confidencial» en una cara del sobre y examinar el sello roto en la otra, el anciano preguntó:

—¿Desea leerla usted antes?

—No, prefiero que la lea en voz alta —respondió Nora con voz queda—. Sea cual sea su contenido, todos tenemos que conocerlo ahora.

—Cierto. El modo en que está encajando todo esto es de gran ayuda. Y aumenta nuestro deseo de ayudarla también a usted. Sí —prosiguió al tiempo que extraía la carta de su envoltorio—, esta es sin lugar a dudas la letra de un hombre enfermo, y diría que se aprecia una intención de ocultamiento. Todo encaja. —Se fijó en el final de la carta—. Hasta la firma: «Alguien que sabe». Bien, ahora nos toca saber a nosotros.

El señor Maltby volvió a la primera página y empezó a leer:

—«Querido señor Strange, el autor de esta carta desea hacerle un favor y liberarse de cierta información antes de que pase la oportunidad de poder hacerlo. Durante muchos angustiosos años ha sido poseedor de esa información y no se excusa por haberla mantenido oculta durante tanto tiempo. Si adivina usted su identidad, quizá adivinará también que carga con su propia cruz, aunque opine que ha cargado erróneamente con ella. No obstante, lo que ahora tiene que decir es de suma importancia y dejemos los juicios en otras manos.

»Sin duda recordará ciertos hechos relacionados con la muerte de su padre, John Strange. Recordará que estuvo un tiempo enfermo y que hubo que contratar a una enfermera. Recordará que, horas antes de su muerte, él mandó llamarles, a usted y a su esposa, y quizá usted entendió que su decisión había sido fruto de ese arrepentimiento en el lecho de muerte que, como bien sabe quien escribe esta carta, puede destruir los malos pensamientos y sumirnos en un extraño estado de ánimo. Recordará usted las circunstancias de la muerte de su padre. No seré yo quien vuelva a ellas. Se habrá formado ya sus propias conclusiones.

»Pero sí hay algo que no recordará, porque hasta este instante solo yo he tenido conocimiento de ello.

»La opinión general era que la fortuna de su padre había quedado reducida al considerable monto que heredó su hermano Harvey y que no tardó en dilapidar en el juego, las carreras y otros gastos que no mencionaré aquí. Pero, hacia el final de su vida, su padre había empezado a albergar otras ideas sobre su fortuna, ideas que, en su excepcional situación, quizá no llegarían a ejecutarse y que, finalmente, así fue. Por eso, debido a sus dudas y también, con toda probabilidad, a su peculiar disposición, planeó convertir en metálico una considerable parte de sus inversiones: cinco mil libras, para ser más exactos. Tan solo a mí me comunicó, en una ocasión que posteriormente él lamentaría, la existencia de esa cantidad. Pero no mencionó dónde. Y juro ante la Biblia que jamás revelé nada de lo que sabía. No me enorgullezco de ello, pues quizá habría quebrantado su juramento más adelante en mi propio beneficio. Simplemente estoy afirmando que no lo hice. Pero ahora rompo mi promesa, sabiendo que en este instante John Strange así lo desearía. Y, al fin y al cabo, de todos modos el dinero estaba destinado a usted, y si su padre hubiera vivido más tiempo, no tengo ninguna duda de que le habría informado de dónde encontrarlo».

El señor Maltby, que hasta entonces había leído sin pausa ni interrupción, dejó de hacerlo durante un instante y miró a Nora. Ella lo miraba, casi incrédula.

—Ahora entenderá, señorita Strange, por qué vino su padre y por qué dijo que iba a dejar sus clases de Newcastle —dijo el anciano.

—Pero... ¿dónde está ese dinero? —jadeó ella.

—Lo averiguaremos —respondió el señor Maltby—. Desgraciadamente, no creo que lo sepamos con la conclusión de esta carta.

Siguió leyendo:

—«Es asunto suyo lo que decida hacer después de haber recibido esta carta, pero si visita Valley House, quien escribe le advierte de que no comunique a nadie su visita ni deje que nadie esté previamente al corriente de ella». Ah, pero su padre sí le comunicó su visita a alguien con antelación, señorita Strange. Escribió (y me parece una decisión del todo razonable) a Charles Shaw. Aparentemente no sabía que este le escribiría a Martha Wick. En fin, para terminar... no hay mucho más: «Resultaría extraño que, veinte años después de la muerte de su padre se enterara usted de lo que él no le dijo en su día». Sí, también yo lo he pensado. Y sigue a continuación la firma ligeramente absurda con la que el doctor Wick intentó ocultar su identidad: «Alguien que sabe». La firma es absurda porque el doctor Wick no sabía. Solo tenía parte de la información que nosotros debemos completar. —Cuando se guardó la carta en el bolsillo, miró el lento tictac del reloj, cuyas agujas apenas eran visibles a la luz del fuego—. ¡Los veinte años muy pronto habrán pasado!

Junto a la puerta de la cocina, David se irguió de pronto.

—¿Ha oído algo? —preguntó el señor Hopkins con un hilo de voz.

—Sí, esta vez sí —asintió David.

El señor Maltby corrió a su lado y entreabrió la puerta de un empujón. Oyeron los

pasos de alguien que caminaba arrastrando los pies por el pasillo de atrás.

## XXIV

### La senda roja

—¡Adentro, vamos! —susurró el señor Maltby.

Los tres hombres entraron sigilosamente en la cocina y cerraron la puerta tras de sí sin hacer ruido. Desde el pasillo situado al otro lado del oscuro espacio en el que estaban, llegaron los vacilantes y fatigosos pasos. No habían alcanzado a la puerta que estaba en el extremo opuesto de la habitación y tampoco parecían tener prisa por hacerlo, pues se acercaban despacio. Luego siguió una pausa más prolongada de lo habitual. El autor de los ruidos estaba armándose de valor para abrir la puerta.

—¿Esperamos o huimos? —susurró el señor Hopkins.

Después se le ocurrió que quizá solo había pensado la pregunta. No había escuchado sus palabras. Aparentemente nadie más lo hizo.

Un nuevo ruido interrumpió el silencio: el de la manilla de una puerta que giraba muy despacio. Se oyó después un diminuto crujido seguido de una difusa sombra en la oscuridad que tres pares de ojos intentaron identificar. La sombra era una larga mancha vertical de color gris oscuro que apenas se distinguía contra el fondo negro y que poco a poco iba ganando en volumen. A medida que crecía se hacía más discernible. Era el hueco cada vez mayor de una puerta entreabierta.

Un largo borrón apareció entonces en la mancha y rápidamente se fundió con la negra oscuridad. La mancha siguió allí (una leve impresión de la penumbra de un pasillo), pero el borrón siguió moviéndose, invisible y silencioso. El señor Hopkins, que aguardaba muy tenso a que tuviera lugar una terrible culminación, vio en el borrón a uno de los fantasmas en los que había afirmado no creer y que a punto estaba de abatirse sobre él por su incredulidad. También él habría querido echar a correr, pero estaba inmovilizado, bien por la voluntad del anciano bien por su propio entumecimiento. Así que, en vez de mover su cuerpo, fue su mente la que huyó. Escapó durante un instante de la cocina y buscó consuelo entre los brazos de Jessie. Se aferró con todas sus fuerzas al calor material que encontró en ellos y decidió que cuando todo el temor que lo atenazaba hubiera desaparecido, de un modo u otro encontraría esos brazos. «Y seré bueno con ella», decidió. «Es una muchachita decente y conseguiré gustarle de verdad, claro que sí».

Pero el atractivo rostro que ocupaba su visión cambió de pronto. No supo cómo tuvo lugar la transición, simplemente despertó enfrentado a ella. Se encontró mirando otro rostro en el que se había fundido el de Jessie: una cara con unos ojos aterrados y demasiado brillantes que parecían haber clavado su mirada en el mismísimo infierno.

El señor Hopkins jamás había visto una expresión semejante en un rostro humano, y quizá por eso durante un instante de vacilación se preguntó si realmente lo era. Encima de los ojos el pelo era gris, y la mejilla, más abajo, de un blanco pálido. Una boca entreabierta dejaba a la vista un pequeño hueco negro donde debería haber habido un diente, cosa que no ayudaba a mejorar la alarmante visión que iluminaba la linterna del señor Maltby.

—No se mueva —dijo la voz tranquila y adusta del señor Maltby—. Está acorralado, Charles Shaw. Y pasará la Navidad en la cárcel, acusado de los asesinatos de John Strange y de su hijo, Harvey.

Entonces el hombre aterrado, por fin, encontró la voz.

—¡Yo no los he matado! —gritó, como si de repente se hubieran resquebrajado los años de control—. No he sido yo. ¡Yo no los he matado!

—En ese caso, será mejor que aproveche esta oportunidad para demostrarlo —respondió el señor Maltby—, porque no dispondrá de otra mejor.

—¿Quién es usted? —jadeó Shaw.

—Eso no importa —respondió el señor Maltby—. Dese por satisfecho con que no soy un juez a punto de ponerse el birrete negro. Pues ese es el hombre al que tendrá que enfrentarse en breve, a menos que pueda demostrar su inocencia ante mí y ante todos los que me acompañan esta noche.

David, que enseguida había entendido cuál era la situación, se había escabullido hasta la puerta más alejada y estaba plantado junto a ella para impedir la salida del hombre en caso de que este intentara una repentina huida, pero el señor Hopkins seguía inmóvil, horrorizado ante el temor de la persona que tenía ante él y humillado por el suyo propio. El señor Hopkins aprendía despacio, pero esa noche estaba sin duda aprendiendo de verdad. Que recordara o no su lección cuando saliera el sol de la mañana ya era harina de otro costal.

El hombre, que había creído estar solo y que ahora se veía sometido de golpe a una espantosa exposición, tragó saliva. Durante unos segundos, mientras los demás aguardaban, pareció que esas palabras proferidas a voz en grito lo habían vaciado de todas las demás. Entonces pasó a una nueva fase. Una impotente depresión empezó a reemplazar la agonía de un terror que no podía mantenerse indefinidamente, pero que dejó a su paso un dolor crónico y endémico. El dolor, en el caso de Shaw, lo estranguló con fuerza.

—¿Qué hago? —preguntó con una simplicidad casi patética.

Parecía como si hubiera cambiado el potro por el suelo de la cámara de tortura y acabara de darse cuenta de que estaba encerrado dentro de ella y de que los instrumentos para el castigo lo rodeaban.

—Decir la verdad —respondió el señor Maltby—. Si la verdad lo condena, lo sabremos de todos modos. Si lo exculpa... en fin, reconoceremos el hecho más rápido que un jurado. La verdad es el mayor valor del mundo... y el más infravalorado.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Qué le parece por el otoño de 1917?

—¿Sabe usted eso?

—Lo suficiente como para pedirle más información al respecto. En ausencia de más datos, debo concluir que fue usted quien asesinó a John Strange hace veinte años en esta casa.

—Jamás.

—Bien, ¡pues Pruébelo!

—No puedo.

—En ese caso, concédanos la oportunidad de formarnos nuestra propia opinión. John Strange enfermó. Empiece por ahí. ¿Cuál fue el motivo de su enfermedad?

—Tenía el corazón débil, señor.

—¡Oh, vamos! Ya sé que eso es lo que figuraba en el certificado de defunción, pero...

—Me ha preguntado qué fue lo que provocó su enfermedad, no su muerte —le interrumpió Shaw con un diminuto parpadeo de envalentonamiento.

—Cierto, acepto su argumentación, siempre que usted admita que no murió a causa de su enfermedad o, para ser más exactos, que no fue esa la causa original. El problema del corazón lo confinó al lecho. ¿Qué fue lo que lo mantuvo allí?

—Empeoró...

—Sí, sí, ¡eso ya lo sé!

—Fue su enfermera quien lo mantuvo allí.

—¿Martha Wick?

—Sí, señor.

—¿La esposa del doctor?

—Sí, señor. Pero en aquel entonces no era su mujer.

—Entiendo. ¿Se casó con él después?

—Sí.

—¿Por amor o por interés?

—¿Eh?

—En fin, volveremos a eso en un minuto. ¿Cuál era su apellido de soltera? Creía que tal vez el doctor había elegido a su esposa para que hiciese de enfermera. ¿Estaban ya prometidos?

—No. Todavía no.

—¿Cuál era su apellido?

—¿No lo sabe?

—Si lo sé, usted confirmará la información.

—Martha Shaw.

—¡Shaw! —exclamó el señor Maltby—. ¡Shaw! ¡No, no lo sabía! Aunque lo sospechaba. Eso explica muchas cosas, señor Shaw. ¿Qué parentesco tenía con usted?

—Era mi hermana, señor.

—¿Su hermana? Exacto. Entonces quizá fue usted quien sugirió que la emplearan

como enfermera...

—Sí, señor, aunque jamás soñé lo que eso provocaría.

—¿Estaba cualificada para el puesto?

—Algunos conocimientos tenía, sí.

—¿Y a usted le pareció suficiente?

—Bueno, diría que sí. —Se movió, visiblemente incómodo—. De hecho, fue ella quien lo propuso y yo... bueno, me pareció una buena idea.

—Quizá había adquirido usted la costumbre en estar de acuerdo con sus ideas...

—Cierto. Era una mujer de carácter.

—¿Por qué quería el empleo?

—Quizá se había olido algo.

—Una frase de lo más expresiva. Y ahora díganos que fue lo que se olió.

—Bueno, después de un tiempo empezó a darse cuenta de cómo funcionaban las cosas —masculló el hombre—. Me refiero a cuando el señor William regresó aquejado de la neurosis de guerra y el viejo, o sea el señor John Strange, se enteró. Y también cuando se enteró de lo del bebé... y bueno, ella vio el efecto que la noticia tuvo en él. Y cómo estaba cambiando.

—¿Su hermana vio eso?

—Sí.

—¿Vio de qué modo el señor John Strange se arrepentía de la actitud que había tenido con su hijo William, por quien siempre había mostrado predilección frente a su hermano Harvey?

—Sí.

—¿Y qué opinaba Harvey de ese cambio?

Al hombre se le contrajo el rostro y guardó silencio.

—Le agradezco su delicadeza —dijo ácidamente el señor Maltby—. El señor Harvey Strange no puede hablar ahora por sí mismo y a usted no le gusta hablar mal de los difuntos.

—Santo Dios, ¿y cree que me resulta fácil? —estalló Shaw.

—No, en absoluto —respondió el señor Maltby—, y tampoco veo motivo alguno por el que deba serlo. ¿Qué opinaba Harvey del cambio que experimentó su padre? ¿No le angustió?

—No le gustó.

—¿Cómo se enteró?

—Al principio, el señor Strange, el viejo, lo reconoció. Después no volvió a comentarlo.

—¡Exacto! ¿Acaso también él se dio cuenta de cómo iban las cosas?

—Supongo.

—Es obvio que sí. Enfermo en la cama, al principio con un problema de corazón y después con alguna otra dolencia. Sí, esa cama debe de haber sido para él un lugar muy desagradable... Ya hemos tenido algún atisbo del temor que representa esa



cama... del terror... de los dolores de estómago, cuya geografía es distinta de la del corazón. Su enfermera sabía cómo iban las cosas y su hijo Harvey lo sabía también, y no me cabe duda de que su médico estaba al corriente de igual manera. John Strange no había sido lo suficientemente listo. Como tampoco lo fueron, más adelante, sus carceleros. ¡Menuda situación debió de ser, Shaw! Y usted, por supuesto, solo miraba, ¿eh?

—Puede pensar lo que quiera —respondió el hombre—, pero así fue. No tuve nada que ver en ello.

—Precisamente. En ese momento, como hoy, se negó a hacer frente a las cosas y optó por hacer oídos sordos y la vista gorda.

Shaw se sobresaltó.

—Veo que reconoce la frase de su hermana.

—¿Quiere... quiere decir que...?

—¿Que he encontrado la carta que usted ha venido a buscar? —preguntó el señor Maltby—. Sí, he leído ese documento con sumo interés. Así que ya ve, sé muchas cosas antes de que me cuente nada. ¿Fue veneno, verdad?

El sudor aumentó en la frente del hombre.

—Baje un poco la luz, si es tan amable —masculló—. Me está deslumbrando.

—La ceguera parece ser su estado predilecto, aunque, naturalmente, más fingida que real. —El señor Maltby bajó la luz a la altura del chaleco del hombre—. ¿Qué clase de veneno? ¿Arsénico?

—¡Fue veneno, y ahora poco importa cuál! —estalló el pobre desgraciado—. Pero no tuve nada que ver en eso, como que hay Dios. ¡Ni siquiera sabía lo que ocurría!

—¿Y tampoco lo sospechaba?

—¿Qué puede hacer uno contra tres? Lo que temían era el nuevo testamento...

—¿De qué modo iba a afectar ese testamento a su hermana?

—¿Eh?

—No me obligue a repetir las preguntas.

—De acuerdo, aunque ¿a qué vienen si conoce la respuesta a la mayoría? Ella vio su oportunidad y la aprovechó. Mi hermana hizo... un trato.

—¿Con Harvey?

—¿Con quién si no? Negoció quedarse con una parte.

—¿Estaba usted incluido en el trato?

—¡No! Pero... ¡No, no lo estuve!

—Explique ese «pero».

—Bueno, el señor Harvey dijo... cuando por fin me enteré... que cuidaría de mí. Que me mantendría en mi puesto.

—¿No lo habría hecho William Strange?

—Supongo que sí. ¡Ya lo ve! ¿Qué sacaba yo de todo eso?

—¿Y qué sacó el médico?

—Ah, en aquel entonces ella lo tenía acogotado. Podría haberle destruido la consulta. Ya ve que no le oculto nada...

—Yo no me enorgullecería de eso —interrumpió con desdén el señor Maltby—. ¿De qué modo podría haber destruido su hermana la práctica de su profesión al doctor Wick?

—Lo tenía acogotado.

—Sí, ya lo ha dicho. Pero ¿cómo?

Shaw se encogió de hombros en un gesto de agotamiento.

—Esto no me es en absoluto agradable. Si quiere saberlo, mi hermana tenía sus atractivos en esa época y el doctor se enamoró de ella. ¿Le basta con eso?

—¿Nos está diciendo que tenían un romance?

—Por decirlo educadamente.

—Y entonces, y dejando ya a un lado la educación, ¿lo chantajeó para que fuera su cómplice?

—Sí, y después se casó con él para asegurarse de que no hablara. Ahora ya lo sabe todo.

—No, no exactamente —respondió el señor Maltby—. Cuando John Strange, desafiando a sus cuatro viles carceleros... ha hablado usted de uno contra tres, Shaw, pero en realidad John Strange era un inválido contra cuatro... cuando se zafó de ellos a primera hora de la mañana del día de Navidad y logró bajar al *hall* para sorprender a los presentes, ¿quién puso la dosis letal en su copa de champán, la dosis que le impidió completar su intervención? ¿Usted?

—¡Ya le he dicho que no! —gritó Shaw.

—Y yo le he dicho que debe controlarse —respondió con severidad el señor Maltby—. ¡Y eso estamos haciendo! ¿Quién puso la dosis en el champán?

—¡Mi hermana, maldita sea!

—¿Afirma usted que Martha Wick, Shaw de soltera, asesinó a John Strange?

—Es la verdad.

—¿Y que Harvey Strange, el doctor Wick y usted fueron cómplices?

—Ellos sí, ¡pero yo no! ¿Cuántas veces más voy a tener que repetirle que no tuve nada que ver en eso? ¡Y aunque lo hubiera sabido, no podría haberlo impedido! Lo supe después, cierto, pero no entonces. Dios del cielo, ¿no he soportado ya bastante esta noche? ¿Cuánto más voy a tener que aguantar?

—Eso dependerá en gran medida de usted. Supongo, y corríjame si me equivoco, que John Strange se las ingenió de un modo u otro para hacer un nuevo testamento y parte de la sorpresa consistía en mostrarlo. Sin embargo, antes de que pudiera referirse al nuevo testamento, y mucho menos enseñarlo, murió. A la vista de que no me corrija, entiendo que no estoy equivocado. ¿Dónde estaba el nuevo testamento? ¿Lo encontraron?

—Sí.

—¿Quién?

—Martha.

—Martha. Siempre Martha. Y Martha no está aquí para desmentirle. ¿Dónde lo encontró?

—Cuando John Strange murió, fue ella la encargada de preparar el cuerpo. Lo encontró en la peluca.

—¿Cómo dice? —exclamó el señor Maltby secamente.

—En la peluca. Eso es lo que he dicho. Lo había redactado en un papel muy fino y allí era donde lo tenía escondido.

—Entiendo... ¡Entiendo! ¿Qué hizo Martha con él cuando lo encontró?

—Volvió a dejarlo donde estaba y no dijo nada hasta que lo enterraron.

—¿Por qué?

—Para continuar con el chantaje. Después le dijo al señor Harvey que lo había encontrado y que si él no la protegía, revelaría su existencia. Entonces él se quedaría sin nada, porque el nuevo testamento se lo dejaba todo al señor William.

—Su hermana debe de ser un auténtico diablo, Shaw.

—No se lo negaré —respondió el hombre.

—Naturalmente, puesto que ella, el doctor y Harvey se ocuparon de disponerlo todo y actuaban con idénticas intenciones, no tenían por qué preocuparse de nadie más. ¿El doctor Wick continuó ejerciendo en su consulta?

—No. La vendió y se mudaron.

—Y sangraron a Harvey.

—Sí.

—¿Y recibió usted algo de la... sangre?

—Si se refiere a dinero, no. Es decir, recibí el sueldo por el trabajo que desempeño aquí.

—¿Qué ocurrió cuando a Harvey se le acabó el dinero?

—Aprendió otras formas de obtenerlo.

—¿Se encargó de ello su hermana?

—Supongo.

—Durante veinte años. Hasta la muerte de su marido. Y ahora Harvey está muerto. ¿Quién lo ha matado?

Shaw tragó saliva. Tenía la garganta seca y sus pequeños destellos de carácter parecían estar desvaneciéndose.

—Ella —respondió.

—¿Cómo?

—No pienso decir nada más.

—¿Con un martillo?

—Santo Dios, ¿por qué lo pregunta si lo sabe? ¿Encontró usted el martillo?

—Así es.

—De acuerdo. Con un martillo.

—¿Recuerda que me ha preguntado «¿Cuánto más?»?

—¿Eh?

—Puede usted acortar este interrogatorio contándome exactamente lo que ha ocurrido aquí esta tarde cuando han aparecido su hermana y Harvey.

—¿Ha leído usted la carta que me mandó mi hermana?

—Sí.

—Entonces sabrá que hay dinero oculto en la casa. El viejo lo tenía aquí escondido, en alguna parte, y también el testamento.

—Lo sé.

—Empezamos buscando el dinero. Yo no esperaba al señor William y a su hija hasta la tarde, y se me ocurrió además que el tiempo los retrasaría, como les había ocurrido a los demás. Pero el señor Harvey se había empeñado en dificultar las cosas. Dijo que si dábamos con el dinero todo sería para él. Los dos se enzarzaron en una buena trifulca. Mi hermana estaba furiosa y él, borracho. Finalmente él salió de la casa, justo después de que yo hubiera preparado un poco de té para intentar recuperar la calma. Harvey dijo que estaba harto y que iba a poner fin a toda la comedia. No creo que hablara en serio, pero Martha se puso furiosa. Cogió el martillo y salió detrás de él. Luego volvió a toda prisa (¡no lo olvidaré mientras viva!) y confesó lo que había hecho, y dijo que la nieve estaba cubriendo su cuerpo. ¡No esperé!

—Y huyó.

—Los dos huimos.

—Pero no llegaron lejos.

—Nos perdimos.

—¿Y qué ocurrió a continuación?

—Conseguimos entrar en el granero. Está en la parte de atrás. Prácticamente no he salido de allí desde entonces.

—¿Sabía que la casa estaba ocupada?

—Vimos las luces. Por eso nos fuimos al granero.

—¿Qué fue lo que pensaron?

—Que el señor William y su hija habían llegado.

—No habían llegado. Fuimos nosotros, que habíamos bajado de un tren detenido por la nieve. ¿Por qué han tardado tanto en salir del granero? ¿Solo por el estado del tiempo?

—No. Queríamos recuperar la carta de mi hermana. Yo sabía dónde la había dejado. Imaginamos que cuando encontrarán el cuerpo registrarían la casa y... bueno, la carta podría resultar incómoda. —Hizo una pausa y luego siguió hablando con un deprimido tono monocorde—: Queríamos ver también si habíamos olvidado algo más e intentar averiguar dónde. Decidimos esperar a que todos se hubieran ido a dormir. Pero cuando Martha creyó haber oído un grito, se puso muy nerviosa. Salió, había pasado ya un buen rato... me refiero al grito... intenté detenerla... y no regresó. Supuse que nunca tuvo intención de volver o que algo la había ahuyentado.

David entendió, presa de una repentina conmoción, que las primeras huellas que

había seguido habían sido las de Martha y que si las hubiera seguido, en vez de dar media vuelta, habría llegado al granero. Era él quien había ahuyentado a la mujer cuando se cayó al salir por la ventana.

—¿Y usted se quedó en el granero? —preguntó el señor Maltby.

—Sí, un rato —respondió Shaw.

—¿Pero no todo el rato? ¿Desde que su hermana se marchó hasta que usted ha venido a la casa?

—No, no todo el tiempo.

—De acuerdo, prosiga.

—Intenté encontrar a mi hermana. Me preocupaba que no volviera. Pensé que quizá estaría maquinando alguna treta... haciendo algo para que la culpa recayera sobre mí. Muy propio de ella.

—Quizá ella diga lo mismo de usted —le recordó el señor Maltby.

—Quizá, pero no lo hará —respondió Shaw.

—Negaré su historia de que ella mató a John Strange y a Harvey Strange.

—Le estoy diciendo que no lo hará.

—¿Por qué no?

—Porque está muerta.

Nada parecía alterar al señor Maltby, que había seguido haciendo sus preguntas con una insistente sequedad de la que no parecía haber escapatoria posible. Ni una sola vez se había interrumpido, aun estando sinceramente sorprendido, y aunque David se había percatado de que la noticia sobre la peluca de John Strange había dejado en él una profunda impresión, el interés que mostraba en el caso no era tanto por la sorpresa como por la búsqueda de confirmación. El señor Maltby se había referido con frecuencia al cabello demasiado immaculado del retrato. Pero al ser conocedor de la existencia de la peluca, no hizo nada para disimular su asombro. De hecho, levantó la linterna eléctrica de nuevo hacia el rostro del criado, como si quisiera buscar en él una evidencia de la veracidad del hombre. La evidencia estaba claramente escrita en los rasgos de Shaw.

—Muerta —repitió el señor Maltby tras una larga pausa—. Martha Wick está muerta.

—Sí —masculló el impasible hermano de la mujer.

—Y el doctor Wick está muerto, y Harvey Strange está muerto... y los tres mosqueteros no pueden negar las palabras del cuarto superviviente, que ahora los acusa del crimen.

—Ya le he dicho antes de empezar que no podía probar nada —dijo el hombre—. Ahora ya sabe por qué.

—¿Y quién ha matado a su hermana?

—Yo no.

—Le he preguntado quién ha sido.

—No lo sé.

—¿Estaba muerta cuando la encontró?

—No, estaba viva.

—¿Sola?

—No he visto a nadie más.

—Estaban solos los dos, pero usted no la ha matado.

—Eso es. Nunca he matado a nadie.

—Prosiga.

—Lo haré si me deja. La he visto, pero ella a mí no. Fue en el camino. Ella regresaba en ese momento. Al menos eso me parecía, y la estuve esperando, pero ella tomó un desvío que había entre los dos y entonces entendí que no volvería y que probablemente no me había visto, porque yo estaba debajo de unos árboles. O quizá sí que pretendía volver, hasta que vio algo al tomar el desvío. No lo sé. ¿Qué importa eso ahora?

—¿Qué ha visto su hermana al tomar el desvío?

—Un coche.

—¿Ah, sí?

—En una zanja.

—Ah, debe de haber sido... —empezó David sin darse cuenta y luego guardó silencio.

—¿Sabe usted algo de ese coche? —preguntó Shaw, obviamente sorprendido.

—Eso nada tiene que ver con lo que ahora nos ocupa —intervino el señor Maltby—. Continúe, por favor.

—¡Quizá sí que tenga algo que ver! —replicó el hombre—. En cualquier caso, terminemos con esto. El coche estaba cerrado y tenía una ventanilla bajada. Parecía abandonado, de lo contrario supongo que mi hermana lo habría evitado. Incluso a pesar de su aspecto, mi hermana se acercó con mucha cautela... por supuesto, para entonces yo me estaba aproximando ya, aunque ella todavía no me había visto... ¡Dios mío!

De pronto se echó a reír. Fue la única vez que lo oyeron reír y sin duda habrían preferido no hacerlo. La risa de Shaw contenía la burla y el frío de la muerte y conformó el momento más lúgubre de la situación, dejando a un lado ese primer instante en que la linterna había dejado a la vista su rostro aterrorizado como una cabeza colgante y sin cuello en la oscuridad... La risa concluyó tan bruscamente como había aparecido y el monocorde tono de su voz volvió a dejarse oír:

—Había alguien en el coche. Estaba escondido. No me pregunte quién ni por qué. Mi hermana tampoco lo sabía cuando se acercó de puntillas a esa ventanilla bajada. Justo cuando estaba al lado del coche echó una mirada dentro. Pensó que era yo. ¿Curioso, eh? Pensó que era yo. ¿Lo ha oído? Pensó que era yo. Y acercó la cabeza a la ventanilla y dijo: «Así que te habías escondido aquí, maldito asesino. ¡Pues quédate aquí mientras voy a llamar a la policía! Porque has sido tú, ¿verdad?».

»Y entonces una mano salió disparada del interior del coche y un cuchillo le

atravesó la garganta... Lo siguiente que recuerdo es que estaba aquí fuera.

—¡Y aquí es donde interviene Smith! —murmuró el señor Maltby bajando tanto la voz que apenas pudieron oírlo.

## XXV

### Veinte años después

—¡Señorita Strange!

La voz de Lydia cruzó la oscuridad hasta el *hall*, pero solo Jessie la oyó. Nora tenía la oreja pegada a la cerradura de la puerta de la cocina.

—Creo que la reclaman —la llamó Jessie sin alzar la voz.

Nora se dio la vuelta cuando de nuevo se escuchó la voz de Lydia.

—¡Señorita Strange! ¿Puede venir?

Nora subió la escalera todo lo rápido que pudo. Tanto su mente como su cuerpo surcaron a ciegas la oscuridad... intentando a tientas recuperar el equilibrio en un mundo sumido en la confusión. Al llegar a lo alto, sintió que una mano tomaba la suya y la apretaba fugaz y suavemente.

—Su padre se está despertando. Creo que debería verla a usted antes que a nadie, pero estaré fuera si me necesita —susurró Lydia.

—Sí... gracias —murmuró Nora antes de escabullirse al interior de la habitación.

A la luz del fuego vio que su padre levantaba la cabeza de la almohada y se colocó a su lado, en la silla en la que hasta entonces había estado sentada Lydia, antes de que él se diera cuenta de que otra persona había ocupado el lugar que le correspondía a ella. El señor Strange sonrió en cuanto la reconoció y sus ojos vagaron despacio por la habitación tenuemente iluminada.

—Ya ves, Nora... aquí estamos. Como te dije.

—¿Te encuentras mejor, papá? —preguntó Nora.

—Oh, sí. He tenido un sueño reparador. ¿Y tú?

—Estoy bien.

—Me alegro. ¿Y el joven que nos trajo?

—Está abajo con los demás. ¿Recuerdas que te dije...?

—Sí, lo recuerdo. Me acuerdo de lo que me dijiste. Vi algunas caras antes de la explosión.

—¿La explosión?

—Fue una bola de nieve. Cayó desde las líneas enemigas. Y luego me dormí, y ahora vuelvo a estar despierto y me siento considerablemente descansado. ¿Cuánto rato he dormido?

—No mucho.

—¿Cuánto? ¿Qué hora es? Enciende la lámpara. Había una... sí, está allí, en esa mesa. Así podremos ver la hora... Qué tranquilo se está aquí.



Nora vaciló. Luego, en cuanto se acordó de que ya no era necesaria la oscuridad, se acercó a la lámpara y la encendió. Apenas pudo reprimir un escalofrío cuando la habitación se iluminó y pensó en el anterior ocupante de la cama con dosel.

—Las dos menos trece minutos —dijo mirando su reloj.

—Entonces, dentro de trece minutos... Feliz Navidad, Nora. Lo será, verás como sí. Aunque no llego a entender a toda esa gente. Pero, a fin de cuentas, nadie entiende nada.

—Ya te lo he dicho: la nieve los ha inmovilizado...

—Sí, sí. En un tren. Pero no me refería a eso. ¿Dónde está Charles? —Al ver que ella no respondía enseguida, añadió—: El criado de la casa. Charles era un buen tipo. Se quedó muy afectado cuando me fui al frente. Pero era débil, ese era su problema. Y cuando me fui, no creo que tu tío Harvey... Pero no hablaremos de tu tío Harvey. ¿Charles está aquí?

—No... no lo sé —tartamudeó Nora.

—¿No lo sabes?

—Quiero decir que sí. O sea... sí, está aquí.

—Me alegro. Algo me parecía haber oído... aunque, naturalmente, tenía que estar aquí. Le escribí una carta. Y estaba aquí hace veinte años.

—Papá, ¿no crees que deberías intentar volver a dormir? —preguntó Nora.

—¿Volver a dormir? —exclamó William Strange—. ¡Por supuesto que no! Acabo de despertarme. ¿Qué hora es? ¿Menos doce? A esta hora, hace veinte años, estaba en el *hall* con tu madre. Esperando. —Se sentó en la cama muy tieso y la miró—. ¿Alguna vez te he dicho lo mucho que te pareces a tu madre, Nora? Tenía tu misma... ¿cómo expresarlo?, fragilidad. Pero también fortaleza. Más que tú. Nadie sabe lo que tuve que luchar para conseguir que se casara conmigo después de que la familia desaprobara el enlace. Solo accedió a casarse cuando se convenció de que la necesitaba... Bueno, durante esos cuatro días creo que fue feliz... ¡Nora! ¡Creo que yo no debería estar aquí! Debería estar abajo... otra persona debería estar en esta cama...

Nora le puso con delicadeza la mano en el brazo.

—Duerme, papá —suplicó.

—No, no, ¡tengo que bajar! Tengo que saber lo que él... —Puso la mano que tenía libre sobre la de Nora y la acarició—. No te preocupes, querida mía. Hay algo que quiero decirte. Por norma general, somos idiotas, pues hay una pared entre lo que sabemos y lo que podemos expresar, pero esta noche es fácil. Forcejeas y zozobras hasta que la marea te atrapa... Eso es lo que quiero decir. No somos agentes libres. A mi padre no le gustaba esta filosofía porque tenía una gran fuerza de voluntad, aunque se vio obligado a enterrarla y le gustaba pensar que le pertenecía. Esa era nuestra única diferencia realmente importante, aparte, claro está, de la de mi matrimonio, y quizá esa se debió más a otros que a él. Pero lo que ha ocurrido tenía que ocurrir, y lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. Lo que llamamos bueno y malo no es

más que el reflejo de nuestros deseos y odios personales. Es ahí donde fallan nuestras críticas. La crítica es algo que no puedo entender. En la guerra, ¡yo odiaba! Entonces una bomba hizo que todo saltara por los aires dejando tras de sí el inútil crepúsculo que tú has conocido... pero seguí... aunque esta vez en un mundo distinto... Supongo que no entiendes nada de lo que digo. ¿Es irrelevante y trivial? —Su voz vaciló de pronto, como si le hubieran asaltado las dudas—. Tenemos que bajar —masculló—. Por favor, no intentes impedírmelo. Tu madre siempre sabía lo que me convenía, aunque se enfrentaba a mí hasta estar segura de ello. Me temo que con ella no supe estar a la altura.

—Sí, claro que tenemos que bajar —respondió Nora, renunciando a sus protestas, aunque temiendo lo que quizá les aguardaba abajo—. Y te entiendo. Te ayudaré a salir de la cama... No, espera un segundo, ¿quieres? Solo un segundo. Después haré todo lo que quieras.

Salió corriendo de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Para su alivio, encontró a Lydia fuera.

—No es necesario que diga nada —susurró Lydia—. Lo he oído todo, pero ha sido por una buena causa. Vuelva dentro... yo bajaré a decírselo a los demás.

—¡Sí, se lo ruego! Algún día le daré las gracias —murmuró Nora, con más gratitud en su voz de lo que podían expresar sus palabras—. Pero debo advertirla de algo: ¡tienen a Shaw!

—Querida —replicó Lydia—, ¿cree acaso que a estas alturas me inmutaría si hubieran capturado al rey de los zulúes?

De vuelta al dormitorio, Nora encontró a su padre esperándola pacientemente y sintió que esa paciencia bebía de la fe en que ella no pondría más dificultades. Ayudó a su padre a salir de la cama y le puso las botas, lo único que le habían quitado al acostarlo. Estas estaban rígidas y caldeadas pues las habían puesto a secar frente al fuego.

Cuando salieron de la habitación eran las dos menos cuatro minutos. Aunque en el pasillo reinaba la penumbra, había algo de luz procedente del piso de abajo y oyeron voces al llegar a lo alto de la escalera, pero estas callaron cuando iniciaron su descenso. A Nora le habría gustado anticipar el final de aquel extraño y breve descenso y saber qué rara expectativa de su padre se vería satisfecha o decepcionada. Lo único que sabía a ciencia cierta era que iba a ocurrir algo, pero no sabía qué. Tampoco sabía que el señor Maltby se había estado preparando para ese instante antes de que Lydia lo pusiera sobre aviso.

Si su padre compartía su ignorancia, desde luego no dio la menor señal de ello. Su actitud no había cambiado, y aceptó la situación con la misma sorprendente obediencia que mostró ante David cuando este los encontró en el coche accidentado y se ofreció para guiarlos en la última etapa de su viaje. Nora recordó mientras lo miraba las últimas palabras que le había oído decir: «Lo que ha ocurrido tenía que ocurrir, y lo que tenga que ocurrir, ocurrirá». Vivía acorde con su filosofía.

El señor Maltby dio un paso adelante, separándose del variopinto grupo, para saludarlos.

—Buenas noches, señor Strange. Me alegra que hayan bajado a reunirse con nosotros para brindar por la Navidad, puesto que, naturalmente, habría estado incompleta sin ustedes.

—Gracias —respondió William Strange, dirigiéndose hacia un punto situado junto a la puerta de la calle.

—¿Es allí donde estaba usted? —preguntó el señor Maltby.

El señor Strange asintió con gravedad.

—Pero tenía a su esposa a su lado. ¿Me equivoco? —El señor Strange volvió a asentir—. Señorita Strange, ¿le importaría colocarse junto a su padre?

Ella ocupó su sitio rápidamente y con el corazón acelerado.

—Había otras cuatro personas presentes —prosiguió el señor Maltby—. A tres de ellas (Harvey Strange, Martha Shaw, pues ese era su apellido en aquel entonces, y el doctor Wick) no es necesario resucitarlas...

—Estaban junto a la puerta del comedor —dijo mecánicamente William Strange, como si recitara una lección.

—¿Podrían entonces los demás colocarse junto a la puerta del comedor? —preguntó el señor Maltby—. Así las cosas, me ahorraré tener que proceder con el desagradable episodio de la asignación de papeles. La cuarta persona era Charles Shaw. —Hizo una breve pausa antes de girarse hacia la cocina y gritar—: ¡Charles! ¡El champán! ¡Es hora de brindar!

Todos, salvo el anciano y William Strange, se tensaron al oír el grito. Nora sintió que el corazón le palpitaba más violentamente y David, que la observaba desde la puerta del comedor, contuvo un impulso casi irrefrenable de acercarse a ella. Sin embargo, lo que hizo fue acariciar la mano que estaba más cerca de la suya. «De no haber sido por eso, ¡me habría muerto!», escribiría después Jessie en su diario. Sin embargo, ni William Strange ni el señor Maltby mostraron ni un ápice de nerviosismo. Ambos sonreían, el primero visiblemente satisfecho y el segundo con cierta sombra de extravagante ironía.

En ese momento se abrió la puerta de la cocina y apareció Charles Shaw con una bandeja. En ella había copas y una botella de champán abierta. Más nervioso que cualquiera de los presentes, y aun así obedeciendo las extrañas instrucciones como un hombre que, a punto de ahogarse, se aferra a una brizna de paja, había tenido la previsión de colocar las copas muy separadas entre sí. De lo contrario, sus temblorosas manos habrían tocado una melodía con ellas.

—Gracias, Charles —dijo el señor Maltby—. Si es tan amable de llenarlas después de que cada uno haya cogido una...

Mientras tenía lugar la extraña ceremonia, el anciano miró el reloj, se acercó un poco al retrato de John Strange y alzó la vista hacia la lámpara que tenía junto a la mano. Su copa fue la última en llenarse. Quedó una vacía.

—Usted también, Charles —dijo.

—¿Yo, señor? —masculló el hombre.

—¿Por qué no?

Shaw llenó la copa vacía. Después todos esperaron mientras el señor Maltby volvía a mirar el reloj cuyo tictac era ya el único sonido del *hall*. Faltaba un minuto para las dos en punto. El minuto pareció una hora. Cuando por fin pasó y el reloj dejó escapar su zumbido preliminar antes de tocar, el señor Maltby levantó su copa con la mano derecha y exclamó:

—Feliz Navidad a todos, y un brindis por...

El reloj dio las dos y, mientras eso ocurría, la mano izquierda del señor Maltby se acercó a la lámpara y la apagó. Inmediatamente después, un haz de luz, que surgía de la linterna que sostenía la misma mano, iluminó el rostro del cuadro, transformándolo aparentemente en un ente vivo. Incluso la voz que siguió y que llenó la oscuridad pareció salir no de los labios del señor Maltby, sino del hombre del retrato.

—... mi nieta, Nora Strange —dijo la voz—. Pero antes de que beban, tengo algunas observaciones que me gustaría compartir con ustedes. Y, a fin de cuentas, puesto que llevan veinte años esperando, aguardar un minuto o dos más no supondrá ninguna diferencia.

»La primera observación guarda relación con mi nuevo testamento, que sigue a buen recaudo bajo mi peluca y que, dado que su interés es ya solo académico, quizá pueda seguir allí conmigo. Lo redacté para ti, William. Deberían haberlo transferido a tus manos para que lo salvaguardaras, puesto que, según sus términos, te lo dejaba todo a ti y nada a tu hermano Harvey. Pero ahora él está muerto, víctima de la avaricia de otros y de la suya propia. —La voz hizo una pausa para dejar que la noticia fuera asimilada, pero solo un diminuto jadeo se abrió paso en la oscuridad para dar así fe de su recepción—. Así pues, lo que queda de la propiedad vuelve en cualquier caso a ti, porque puedes estar seguro de que si Harvey hizo testamento, cosa harto dudosa, jamás terminaría en unos tribunales.

»La segunda observación está relacionada con otra propiedad. Los testamentos tienen la terrible costumbre de extraviarse o de ser pasto de los robos, las malas interpretaciones o de que los revoquen. Para revocar mi testamento podrían haber echado mano de mis excéntricas costumbres para demostrar que no estaba en mi sano juicio cuando lo redacté. Te aseguro que estaba perfectamente cuerdo. Tanto es así que cambié cinco mil libras de mi capital en billetes y mi intención era decirte en privado dónde estaban guardados, William. Quizá haya sido mejor no haberlo hecho. Quizá también te habrían estafado esos billetes. Ahora siguen intactos... donde los escondí originalmente. Y, al igual que con mi testamento, he usado la peluca para esconderlos. Pero no están debajo, sino detrás, detrás de la peluca que ahora estás mirando. La peluca pintada.

Una vez más la voz guardó silencio. Y una vez más se oyó un pequeño jadeo. Esta vez provenía de Shaw. La voz prosiguió:

—¡Qué diferente eres de tu hermano, William! Harvey no habría esperado como tú lo estás haciendo. ¡Se habría abalanzado sobre el retrato, lo habría destrozado como ayudó a hacerlo con el original, y habría arrancado el marco!

»Ya solo me queda una cuestión por mencionar: Charles Shaw.

»Tres personas, las tres ahora fallecidas, se unieron para envenenarme. ¿Fue Shaw el cuarto o tan solo un cómplice involuntario antes (o después) del hecho en sí? ¿Acaso su hermana, que me envenenó físicamente, envenenó espiritualmente a su hermano como lo hizo con su marido? Y, de ser así... si el crimen de Shaw no va más allá de una debilidad despreciable y vil... ¿podemos considerarlo merecedor del perdón ahora que sus malas influencias han desaparecido? ¿Puede un hombre como él borrar su pasado con su servicio?

»Si decides que no, William, dejarás entonces que las cosas sigan su curso. Pero si decides que sí, no habrá necesidad alguna de reabrir el caso de mi asesinato. Uno de los asesinos ha muerto de muerte natural. Los otros dos han sido a su vez asesinados: Harvey por Martha Wick y Martha Wick por obra de la Providencia. Quizá debamos aceptar esa mano... Buenas noches, William... Y feliz Navidad.

La luz se desvaneció del rostro de John Strange y el señor Maltby prendió una cerilla, volvió a encender la lámpara y alzó su copa.

## XXVI

### La versión oficial

—¡Esta es sin duda la mañana del día de Navidad más condenada de toda mi vida, muchacho! —exclamó el inspector, dejando su libreta a un lado—. ¡Cuatro asesinatos en una docena de horas! Creo que me he ganado mi ración de pavo.

—Disculpe, son tres asesinatos —replicó el sargento—. Si yo no lo hubiera arrojado al barranco, me habría acuchillado.

—Bueno, a usted no lo colgaremos por el suyo. —El inspector sonrió—. De todos modos, habría preferido que capturara a nuestro hombre con vida. ¡Se merecía la horca más que nadie!

—Personalmente, soy de los que prefieren ahorrarse molestias innecesarias —respondió el sargento, devolviéndole la sonrisa.

—Ah, y yo. Pero me habría gustado hacer hablar a ese hombre.

—¡Parlotear, querrá usted decir! ¡Parecía que estuviera poseído!

—Siempre se puede aprender algo, incluso de un chiflado.

—Pero ya ha conseguido aclararlo todo, ¿verdad, señor? —preguntó el sargento.

El inspector volvió a acercarse la libreta y la abrió.

—Sí, eso creo —dijo pasando las páginas—. Sí, supongo. Gracias a la ayuda del tal Maltby, cuya declaración ha sido más útil que la de todos los demás juntos. Un tipo con la cabeza muy clara. Me ha ayudado a trazar los movimientos de Smith de la A a la Z. Volvamos a repasarlos y así verá si consigue pillarme en falta. ¡Prefiero que lo haga usted a que lo haga otro! Veamos: Smith roba el portadocumentos de Barling en el tren. Barling lo ataca y Smith estrangula a Barling. Asesinato n.º 1.

—Bien —asintió el sargento.

—No tan bien para Barling —comentó el inspector en tono grave—. Para él es un K.O. De acuerdo. Smith huye, llega a Valley House, pierde allí el portadocumentos, juega al escondite y al gato y al ratón y Dios sabe a qué más, despierta las sospechas del grupo que, por supuesto, procede de ese mismo tren y, por último, cuando se ve acorralado, vuelve a huir. Se cruza entonces con Harvey Strange, que se dirige a Valley House...

—¿Para qué iba Harvey a la casa?

—¡Obviamente, para pasar allí la Navidad! ¿Para qué, si no? Smith tiene otra pelea...

—¿Por qué?

—¿No lo sabe?

—No más que usted, señor.

—Correcto. Ahora entiende usted por qué querría que Smith estuviera vivo, para poder hacerle hablar. Aunque no es difícil suponer qué es lo que provocó la segunda pelea. ¿En qué estado se encontraba Smith cuando se cruzó con él? Me dijo que estaba totalmente fuera de sí.

—Y así es.

—¡Ahí lo tiene! Se topa con Harvey Strange. Strange dice: «Hola, ¿a qué viene tanta prisa?» o algo así, y Smith no se detiene a explicarse. No olvide que lo habían visto marcharse con el cuchillo y el martillo, y que habían oído un grito...

—Sí, y tenemos el cuchillo, pero ¿y el martillo?

—Supongo que estará enterrado en la nieve. Lo encontraremos.

—Se me ha ocurrido otra idea, señor —dijo el sargento.

—¿Cuál?

—Smith había perdido el portadocumentos, de modo que necesitaba más dinero en metálico para su huida. Con un asesinato a sus espaldas, bien podía arriesgarse a cometer otro por un puñado de billetes. Solo se puede ahorcar a un hombre una vez.

—Una buena teoría la suya —dijo el inspector—. Tomaremos nota. Podría encajar con el asesinato n.º 2, pero no encaja con el asesinato n.º 3.

—No la necesitamos para el asesinato n.º 3, ¿no le parece?

—No, es verdad. Para entonces Smith había perdido por completo el juicio. Podemos mantener la cordura después de un asesinato, pero después dos ya es demasiado. Tras el asesinato n.º 2, huye apresuradamente. Pasa junto a William Strange y la señorita Strange en su coche sepultado bajo la nieve...

—¿Por qué no va a por ellos?

—¡Dele un respiro!

—Sí, quizá se le había cansado el brazo.

—Y además eran dos. Ahora en serio. No veo ningún error. La señorita Strange le pide ayuda y él le dice que irá a buscarla. Naturalmente, no lo hace. Y cuando volvemos a verlo, va de camino a Hemmersby, donde nos han notificado ya el asesinato de Barling (el n.º 1) y estamos tras la pista del hombre. El agente Lake lo ve, le da el alto, lo persigue y lo pierde. Smith vuelve por donde había llegado, se esconde en el coche (recuerde que después encontramos allí su gorra) y se queda dentro hasta que Martha Wick pasa por allí y se muestra demasiado inquisitiva.

—O quizá se metió en el coche cuando la vio aparecer —intervino el sargento—, y ella no tuvo el buen tino de pasar de largo.

—Sargento —dijo el inspector con tono solemne—, si no lleva usted cuidado, se volverá inteligente como yo. Eso es probablemente lo que ocurrió, aunque, la verdad, todos esos «probablemente» y «posiblemente» me están empezando a poner nervioso. Resumiendo, Smith acuchilla a la pobre mujer en un arrebato de pánico y comete el asesinato n.º 3.

—¿Qué hacía Martha Wick fuera a esas horas? —preguntó el sargento.

—Martha Wick era la hermana del guardés de Valley House —respondió el inspector—, e iba de camino a ayudar a preparar la cena de Navidad... Por último, Smith tuvo la mala suerte de encontrarse con usted en el borde mismo del barranco de Webber's Dip y usted se negó a convertirse en su cuarta víctima. Y bien que hizo. Aunque prepárese para sufrir alguna que otra molestia al respecto. —Se levantó y se despidió—. Eso es todo por ahora. Vamos a lo siguiente. Si nos ceñimos a la legalidad, sargento, no es asunto nuestro llamar a los familiares ni inventar excusas para los demás, pero como en Valley House no hay teléfono y, a Dios gracias, la Navidad se celebra una vez al año, supongo que debemos hacer una excepción, ¿verdad? ¿Dónde están esos cuatro números de teléfono?



## XXVII

### Jessie pone el punto final

A las siete y media de la noche del día de Navidad, el señor Hopkins bajó de la habitación que le había sido asignada y que compartía con David y llegó al *hall* en el preciso instante en que el señor Maltby salía del salón.

El *hall* nada tenía que ver con el que había encontrado el grupo procedente del tren inmovilizado apenas veintiocho horas antes. Después de la noche más turbadora que cualquiera de ellos había vivido hasta la fecha y tras una mañana igualmente turbadora a causa de la sucesión de agentes de policía cubiertos de nieve —aunque la gran ventisca había terminado, las secuelas de la tormenta tardarían días en desaparecer, hasta que el pacífico manto blanco se transformara en fango marrón y este comenzara a burbujear de un modo en absoluto pintoresco—, Lydia se había hecho con el control de la situación y había organizado una expedición decorativa. A pesar de que la muerte merodeaba alrededor de la casa, la vida tenía que hacerle frente, y en este caso la vida contaba con la ventaja de no verse más afectada por la muerte. Así pues, habían pasado la tarde despejando la puerta principal y haciendo pequeñas excursiones al bosque, de donde habían recogido acebo que habían liberado de su blanco envoltorio. La casa refulgía con el rojo de las bayas y con el brillo de las espinosas hojas. Las bayas de color más vivo y las mejores hojas se habían reservado para el marco del retrato de John Strange.

Después de eso, los huéspedes, que eran ya bienvenidos, se habían retirado a sus respectivas habitaciones para adecentarse en lo posible y el señor Maltby y el señor Hopkins habían sido los primeros en bajar.

—¿Todo bien? —preguntó este último cuando el anciano cerraba la puerta del salón.

—El señor Thomson pronto estará en condiciones de reemprender su viaje al encuentro de su tía —respondió el señor Maltby—, que supondrá el regreso del joven a su deprimida normalidad.

—Bueno, dicho así, todos hemos visto interrumpido nuestro viaje —comentó el señor Hopkins.

—Y seguirá ocurriéndonos, sin duda —respondió el señor Maltby—. No existe eso que se conoce como destino.

El señor Hopkins se aclaró la garganta. Qué lástima que aquel anciano no pudiera hablar de un modo racional, como un ser humano cualquiera. Tenía la mala costumbre de hacerle sentirse a uno inferior e incómodo. En cualquier caso, el señor

Hopkins no iba a verlo mucho más en el futuro y había un par de cuestiones que bien podían aclararse mientras todavía había oportunidad de hacerlo.

—¿Un cigarro? —dijo el señor Hopkins.

—Prefiero mi pipa —dijo el señor Maltby.

Encendieron el cigarro y la pipa y de pronto el señor Hopkins lanzó su primera pregunta.

—¿Cómo supo que los billetes estaban escondidos detrás del cuadro?

—No fue difícil suponerlo —respondió el señor Maltby.

—¡Nadie más lo hizo!

—No. Es el espectador quien ve mejor la partida. Los jugadores a menudo se quedan cegados por los detalles.

—¿Se refiere a que el árbol no nos deja ver el bosque?

—Exacto.

El señor Hopkins se llevó el cigarro a los labios antes de apartarlo para contemplar la ceniza.

—¿Y no hubo nada más? ¿Solo eso?

—¿Qué quiere decir?

—Pues que... en fin, ha sido todo tan condenadamente raro. Ha sido usted el que hablaba, ¿verdad? Vamos, maldita sea, ¡por supuesto que ha sido usted! ¿Verdad?

—Si le dijera que no —respondió el anciano—, si le dijera que no he pronunciado una sola palabra por iniciativa propia, sino que mis labios se han movido obedeciendo al espíritu de John Strange, ¿volvería usted a decir «bobadas»?

—Yo... no lo sé —murmuró el señor Hopkins, visiblemente incómodo.

—En ese caso, ¿por qué debería correr el riesgo de ganarme su desprecio?

—¡Oh! Sí, ya le pillo. Bueno, no... yo no lo haría.

—Entonces, ¿ahora cree en fantasmas?

—Oh, vamos, ¡yo no he dicho eso!

—¿Pero está dispuesto a creer en ellos?

—Ah, eso es distinto. Podría ser.

—Bobadas, señor Hopkins —dijo el señor Maltby con una sonrisa—. Y es para mí un placer comentarlo con alguien que ha descubierto el truco del número de la cuerda india. ¿Se acuerda de ciertas observaciones que hice en el tren? Probablemente no estuviera escuchando. Tengo respeto por quienes creen en los fantasmas, y uno de mis mejores amigos está convencido de que tiene una excelente relación con un hombre que una vez al mes busca su cabeza. Pero esa no es mi forma de explicar lo que aparentemente resulta inexplicable y, por suerte para él, es obvio que el fantasma de John Strange no ha estado esta Navidad aquí. Damos vida a fantasmas en nuestras mentes, a partir de la lógica que está más allá de nuestro control. Quizá llegue el día en que la lógica, gracias a la ciencia, vuelva a capturar los sonidos de la batalla de Hastings, aunque eso no significará en ningún caso que la batalla siga librándose. Créame, señor Hopkins, hay suficientes experiencias extrañas,

asombrosas y desquiciantes entre los confines de la mera lógica como para eliminar la necesidad de fantasmas para nuestras explicaciones o nuestras emociones. Apenas alcanzamos a rozar los flecos de esas cosas. Y no, no ha sido una mano fantasmal la que me ha guiado.

—Entonces ¿qué demonios quiso decir cuando le acusé de dirigir la función? —preguntó el señor Hopkins—. Le dije que era usted quien lo hacía, ¡pero me salió con que se trataba de... algo superior a usted!

El señor Maltby respondió con un leve encogimiento de hombros.

—En lo más íntimo, quizá haya dirigido yo la función. Quizá incluso haya disfrutado con ello. Reconozco que ha divertido a mi sentido analítico, sobre todo la escena final de anoche, o, mejor dicho, de esta madrugada, además de las entretenidas entrevistas con la policía. Probablemente disfrute fanfarroneando a mi modo como lo hace usted al suyo... Pero solo ha sido en lo más íntimo. ¿Cómo podría explicar lo que pretendo a un nivel más amplio para que lo entienda? —Hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Alguna vez se ha preguntado cómo es posible que dos mariposas que están separadas por varios campos consigan encontrarse? ¿Cómo es posible que miles de abejas que carecen de nuestra supuesta inteligencia regresen al caer la noche a la misma colmena sin un mapa ni reloj que las guíe? ¿Cómo crecen los árboles, en toda suerte de formas y siempre manteniendo el equilibrio? ¿Cómo consiguen las gotas de agua actuar unidas en comunitaria obediencia a una masa de materia muerta llamada Luna y desplazarse en una dirección durante seis horas y en la dirección contraria durante otras seis? ¿Se ha preguntado cómo se conformó lo Inevitable?... Es imposible dar explicación a esas cosas. Solo podemos, en momentos contados, ser conscientes de un Plan Infinito, y cuando así lo percibimos puede ser debido a nuestra propia percepción o a la simplicidad del mismo en ese instante. Esta percepción que acabamos de tener ha sido tan simple, tan próxima y tan ordenada, que casi hemos tenido la sensación de que el Plan Infinito estaba cansado, o de vacaciones, y deseaba disfrutar de un pequeño recreo.

—Supongo que usted entiende lo que dice.

—Está claro que usted no.

—¡No! —admitió el señor Hopkins—. ¡Pero de todos modos me arriesgaré a hacerle otra pregunta! —Guardó silencio cuando de pronto se abrió la puerta de la cocina y Charles Shaw entró con una bandeja al comedor—. ¡Él! —susurró el señor Hopkins—. ¿A qué se debe ese afán por encubrirlo?

El señor Maltby esperó a que el criado hubiera regresado a la cocina.

—Si hay algún encubrimiento de Charles Shaw, será él mismo quien tendrá que hacerlo —respondió—. Mis comentarios de anoche referentes a él se hicieron por deferencia a mi lectura del deseo de William Strange. William está ya mayor y es un sentimental. Será mucho más feliz perdonando a Shaw que encarcelándolo. Además, no hay que lavar en público tanta ropa sucia. William Strange y su hija merecen un poco de paz, ¿no le parece? Y la maldición de Shaw es su debilidad (o su cobardía),

no una maldad deliberada... ¿O cree que Shaw asesinó a John Strange?

—No, desde luego que no —respondió el señor Hopkins.

—¿O a Harvey Strange?

—No.

—¿O a su hermana Martha?

Por un instante, los ojos del señor Hopkins se abrieron como platos. Se quedó mirando al señor Maltby.

—¡No se me había ocurrido! —exclamó.

—A mí sí —respondió el señor Maltby—. Solo tenemos la versión de Shaw en lo que concierne a ese incidente. Podría haber cometido él el asesinato... con el valor necesario.

El señor Hopkins negó con la cabeza.

—Tampoco lo veo —respondió—. No, no creo que lo hiciera.

—Y yo estoy seguro de que no lo hizo. De modo que lo único que debe preocuparnos es sumar el asesinato de Harvey a la cuenta de Smith, en vez de a la de Martha. Ambos están muertos. Si me permite emplear un expresivo vulgarismo: ¡Para lo que importa ya!...

En el descansillo del primer piso, otras dos personas tampoco estaban preocupadas. David se había quedado deliberadamente en su habitación cuando el señor Hopkins se marchó y ahora estaba en el pasillo cuando Nora salía de su cuarto. Ella sonrió al verle, pero no se detuvo hasta que vio que le cerraba el paso.

—Espere un segundo antes de bajar —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque llevo aquí esperando seis minutos y medio únicamente para hablar con usted y odiaría haber perdido todo ese tiempo en vano.

—¿De qué quiere hablar?

—Lo he olvidado, pero lo he sabido durante todo el rato que he estado esperando.

—¿Quizá quería desearme una feliz Navidad?

—Ya nos la hemos deseado una docena de veces.

—Bien, lo pensará después. Ahora quiero ir a ver cómo está papá.

—Su padre está bien —replicó David—. Tiene cinco billetes de mil libras nuevecitos y una hija, de modo que ya puede dejar de preocuparse por él. Intente hacerlo por otra persona, para variar. Por supuesto, no tendrá la delicadeza de preguntarme por quién, ¿verdad?

—¡Si así lo desea! —se rio Nora—. ¿Por quién?

—¡Por la reina de Inglaterra! —respondió él, riéndose a su vez—. Ha sido usted muy afortunada de que no hayamos podido encontrar muérdago. Baje y le enseñaré unos trucos con un cordel.

—¡Es usted ridículo! ¡Tengo que ayudar a su hermana en la cocina!

—No, ¡usted es la ridícula! Primero dice que tiene que ir a ver a su padre y después que tiene que bajar a ayudar a mi hermana. Pues yo le digo que tiene que ver

mis trucos con el cordel.

—¿Son buenos?

—No lo sé. Todavía no he hecho ninguno...

Más tarde, Jessie escribiría en su diario:

He oído cómo se reían mientras bajaban y me he dicho: «Allá va tu pequeño romance, Jessie», aunque ha sido una estupidez, porque en ningún momento ha habido ningún romance. Quiero decir que solo ha existido en mi cabeza, pero si lo hubiera habido habría renunciado a él, porque sabía lo que estaba pasando.

Luego se me ha ocurrido ir a ver cómo estaba el señor Strange, porque Nora no lo había hecho. Por supuesto, no he prestado atención a la conversación, pero la he oído al salir de mi habitación, aunque he decidido esperar para no interrumpirles. He tenido una sensación curiosa cuando he llamado a la puerta del cuarto del señor Strange, porque era la misma habitación que había ocupado yo, la de la cama con dosel. El señor Strange insistió en que yo volviera, pero le dije que ni soñarlo, ¡y no lo hice!

He pasado a ver cómo estaba y él me ha pedido que entrara, así que eso he hecho, y hemos estado unos dos o tres incómodos minutos sin saber qué decir, aunque la verdad es que ha sido todo muy amigable. De todos modos, jamás me sentiría cómoda con un hombre así, porque vive en otro mundo, o eso parece. De pronto ha dicho: «Bien, ¿qué le parece si bajamos?». Y le he respondido: «Sí, cómo no». He llegado a la conclusión de que la conversación real no es ni la mitad de inteligente que la que encontramos en los libros o en las obras de teatro, o por lo menos la mía no lo es, y entonces hemos bajado.

Lydia estaba en la cocina y David y Nora no sé dónde estarían, y como los otros tres hombres no me necesitaban —y si el señor Hopkins me necesitaba, desde luego no me he parado a preguntar— he decidido ir a charlar con el pobre señor Thomson, que daba mucha pena, tan ajeno a todo, aunque ha sido una suerte para él haber estado alejado de según qué cosas.

Me he alegrado de haber ido en cuanto he llegado, porque estaba muy pálido, aunque con mejor aspecto y contento de verme.

«¿Cómo está?», le he dicho.

«Muy recuperado», ha respondido. «¿Cómo sigue su pie?».

«Ah, casi bien del todo», ha sido mi respuesta. «No parece que estuviera tan mal como creía».

«Pues yo creo que sí», ha dicho Thomson. «La gente a menudo sufre graves torceduras de tobillo, pero mejoran rápidamente. Esa es la diferencia entre una torcedura y una rotura. Tengo un primo farmacéutico». Y entonces, así, de pronto, se ha sonrojado y me ha dicho sin más: «Esto... es usted una joven absolutamente respetable, espero que no le importe que se lo diga, no significa nada, pero... ¿puedo hacerle una pregunta?».

He empezado a sentir que yo también me sonrojaba un poco. Lo único que había hecho era pasar de vez en cuando para darle ánimos, porque eso es lo que me habría gustado a mí de haber estado en su lugar.

«Sí, por supuesto», he dicho, esperando que no fuera lo que creía, aunque no entiendo cómo a alguien se le podría haber ocurrido pensarlo del señor Thomson.

«¿He hecho el ridículo?», ha preguntado.

«¡Por Dios!, ¿qué le ha hecho pensar eso?», he exclamado.

«No lo sé. Pero ¿cree que sí?».

«Por supuesto que no», le he dicho. «Ha estado enfermo, nadie puede impedir eso, pero si se hubiera encontrado bien habría ayudado como el que más. Si mal no recuerdo, empezó haciéndolo».

Había algo muy patético en él y creo que ha sido eso lo que me ha llevado a decir, casi antes de saberlo: «¿Quiere que tome aquí la cena de Navidad con usted?». A él iban a llevársela y me ha parecido muy triste que tuviera que cenar solo. Al principio no ha creído que hablara en serio, pues él es así, pero cuando ha visto que no bromeaba, a punto ha estado de no caber en sí de felicidad y he tenido que fingir que no me daba cuenta. Aunque, claro, el hombre no estaba bien.

Y entonces ha sonado el gong y eso es lo que ha ocurrido.

Me he quedado con él hasta que hemos terminado de cenar. Al pobre no le han dejado comer mucho. Y me he dado cuenta de que se estaba enamorando de mí. Es horrible, siempre me toca quien no debe. A ver, es un buen hombre, pero ¡santo cielo...! Y qué podía hacer yo, solo intentaba ser amable... como lo había sido David conmigo. Y después me he reunido con los demás, dejando abierta la puerta para que Thomson pudiera oír, y hemos brindado por el mundo entero, y como no tolero bien el vino, ¡creo que por eso he terminado proponiendo un brindis a la salud del inspector de policía! Como no tolero bien el vino... ah, ya

he escrito eso.

En fin, que hemos pasado por un infierno y era Navidad y dos de nosotros se han puesto un poco sentimentales y bueno, me parece que es perfectamente comprensible.

# Notas

[1] Juego de palabras con el original *fiddlesticks*, cuyo significado es a la vez «pamplinas» y «arco de violín». <<